
ROBEN
SS
SERVICIO SECRETO
RED HARLAND
SU ULTIMA JUGADA

RED HARLAND

SU ÚLTIMA JUGADA

1ª EDICIÓN
SEPBRE– 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

98 — Convicto de traición. 101 — Tráfico en diamantes. 140 — Muerte en el Bronx. 151 — La colina del silencio. 153 — Un hombre alto. 156 — El presidiario. 158 — El viento barre la niebla. 161 — Su última jugada.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 - Barcelona

SU ULTIMA *jugada*

por RED HARLAND



CAPÍTULO PRIMERO

Durante los tres últimos días de aquella semana de noviembre, los acontecimientos se sucedieron a una velocidad vertiginosa.

El guardia Edwin que cruzaba a las siete y media de la mañana el City Hall Park, en dirección a Centre Street, se extrañó un tanto al observar entre las últimas sombras de la noche, que la mañana no lograba concluir de ahuyentar, a un individuo tranquilamente sentado en uno de los bancos.

No era posible distinguirle bien debido a la oscuridad, pero siempre resulta sorprendente ver que hay un tipo, lo bastante loco, como para aguantar impávido el terrible aguacero que estaba cayendo.

El guardia Edwin era un guardia consciente. Así que, moderando su paso, se preguntó cuál era el deber de la autoridad en un caso como aquél.

Aquel hombre se exponía a morir de una pulmonía, pero también era verdad que nada estaba haciendo que fuera punible: indudablemente tenía, como ciudadano americano, todos los derechos del mundo para permanecer en aquel banco soñando que era una esponja.

El agua caía a torrentes sin un solo relámpago ni un trueno. El guardia Edwin se alzó mejor el cuello de su impermeable y permaneció un instante quieto, meditando.

Indudablemente su profesión exigía un gran tacto y entrañaba una grave responsabilidad; allí estaba aquel caso. ¿Qué debía hacer? ¿Despertar a tal tipo, o dejarle que siguiera empapándose?

Decidido a jugarse el todo por el todo, Edwin se acercó al individuo. Era gracioso verle así, con las piernas cruzadas como si estuviese en un cómodo sillón ante una espléndida estufa de llameantes leños. Entonces pensó: «Sólo un vagabundo tiene semejante desfachatez y es capaz de dormir a pierna suelta a pesar

de esta lluvia».

En consecuencia comprendió que todo el derecho estaba de su parte. Efectivamente: las leyes del Estado de Nueva York prohíben el vagabundaje: un hombre puede tumbarse en cualquier parque y pasarse en él la vida; pero si es un vagabundo, ya no puede hacerlo.

Aquel hombre era un vagabundo, no había duda. Así que el guardia Edwin, asumiendo toda la importancia que su cargo le confería, enronqueció la voz y carraspeó severamente:

—¡Eh, oiga, amigo!

El tipo no respondió. A la macilenta luz que precede al tardío amanecer de un viernes nublado de noviembre, casi se hubiera podido creer que aquel individuo se había reído.

El guardia Edwin era un hombre sencillo y modesto y no le importaba mucho que le gastaran bromas o se burlaban un poco de él. Pero no cuando llevaba uniforme. Entonces las cosas cambiaban: no era de él, sino de la autoridad de quien aquel hombre se estaba atreviendo a burlarse.

«Todo el derecho está de mi parte» —pensó. Y le soltó una patada.

—¡Oiga, amigo!

El tipo no contestó. Ni siquiera lanzó un «¡ay!» o una protesta. Balanceó la cabeza como un beodo, y luego, en vez de obedecer el justo requerimiento de la autoridad y ponerse de pie se ladeó graciosamente hacia un lado y se tumbó en el banco.

Aquello era excesivo. Así lo pensó el guardia Edwin. No teniendo ya la menor duda de que sus superiores le darían la razón en caso de que aquel tipo fuera algún extravagante influyente, le echó la zarpa al pecho lanzando un rugido.

—¡Levántate, gandul!

Se dio cuenta entonces de que no llevaba guantes. Pero a pesar de eso, resultaba raro el tacto con el agua que empapaba al hombre. Diríase que era reseca a pesar de que seguía lloviendo. Reseca, y al mismo tiempo pegajosa. Era como si hubiera metido los dedos en un charco de brea horas después de haber sido derramada.

El guardia Edwin no tenía mucha imaginación. Quedó silencioso meditando con los dedos de la mano muy abiertos. Luego recordó que llevaba una linterna, la sacó con la otra mano, y la encendió iluminando la que se había manchado.

No hizo ningún movimiento ni soltó la menor exclamación. Sólo giró el haz de la linterna para iluminar al hombre. El blanco reguero alumbró unos ojos abiertos que no parpadearon, y bajó luego hacia el pecho hasta el lugar por donde le había agarrado.

Sólo entonces tuvo la completa certidumbre de no haberse equivocado al mirar su propia mano, del mismo color que el traje empapado de aquel hombre. Apagó la linterna, y resumió sus difíciles conclusiones con una sola palabra:

—Sangre…

Eso fue el viernes por la mañana, antes de que la cotidiana nube de empleados invadiera la parte sur de Manhattan.

Cuando el capitán Allam Kray fue avisado y se personó en City Hall Park, pensó que la estrella de uno de sus «amigos» empezaba por fin a nublarse.

No se molestó en mirar los escasos papeles que encontraron al hombre encima, ni esperó su traslado o el informe del forense para extraer sus conclusiones. La cosa parecía tan sencilla, que el más reciente novato lo hubiera comprendido todo.

Al lado del banco, sobre el suelo, como si lo hubieran colocado de manera que fuera fácilmente encontrado, había un cuchillo enrojecido.

Allam Kray lo recogió con cuidado, aunque sabía que ninguna luz arrojaría, ya que no encontrarían ninguna huella.

—Gibey —dijo solamente—. Llévenselo.

En su despacho, Allam Kray estaba de buen humor. Tenía la seguridad de que había llegado su vez. Si un hombre de Bram Gasen era asesinado, no tardaría él mucho en tener en su mano a los de Gasen… y a los de Vendell.

El informe del forense fue el que él esperaba: Gibey había sido golpeado y llevado inconsciente en un coche hasta City Hall Park. Allí lo habían apuñalado a mansalva. El arma utilizada era el cuchillo hallado a sus pies.

Allam Kray habló con el inspector Garren y se hizo cargo del asunto.

El cuchillo era nuevo. Hizo preguntar en un almacén de ferretería, y se enteró de que, sólo allí, solían vender cientos iguales cada día.

Hizo llamar a Maxi Vendell y se encontró con el hombre más

ingenuo e inocente del mundo.

¿Sus muchachos…? Ya lo sabía el capitán… Buenos chicos que no pensaban más que en divertirse inofensivamente. Bueno, tal vez, no iba a discutir eso, jugasen al *póker*… Nada de particular. Todos podían presentar una coartada para el gusto más exigente.

El capitán Kray no insistió demasiado. Se limitó a tomar en el dictáfono las declaraciones de Maxi y le dejó marchar dando pruebas de una benevolencia que a Maxi Vendell sorprendió bastante.

—Entonces, ¿no me detienes?

—No, Maxi. Puedes irte.

Maxi se puso de pie sonriendo con su extraordinaria afabilidad.

—Cada día eres más inteligente, Kray. Sí, más inteligente cada día…

Desde la ventana de su despacho, Kray le vio salir. Les dos hombres que aguardaban ante el negro sedán le abrieron paso al interior. Kray los reconoció. Era fácilmente discernible, incluso a aquella distancia, el fornido aspecto de antiguo boxeador de Joe y la apariencia de raposo con dolor de estómago de Siner. Su color amarillo bilioso era más opaco bajo la lluvia.

Kray sabía que todos ellos llevaban armas. Sabía que después del asesinato de Gibey no tenían más remedio que llevarlas. Pero no quería detenerlos por ese motivo.

Se retiró de la ventana, y sentóse ante su mesa fumando lentamente. Trataba de reunir todos los hilos. Estaba seguro de que se le presentaba por fin la oportunidad de acabar con las dos bandas mejor organizadas que habían operado en la ciudad durante muchos años, y no deseaba que le escapara la más pequeña ocasión.

Menos de media hora más tarde, recibió una llamada telefónica. Reconoció la voz del agente Baxter:

—¿Capitán…? Los pájaros están en sus nidos. Quedamos aquí vigilando hasta ver qué ocurre.

Kray confirmó su orden y colgó. Sabía que algo tenía que tramarse contra Maxi y sus pistoleros. Bram Gasen no dejaría de castigar la muerte de su asalariado. Todo consistía en esperar.

A media tarde dejó de llover, y una brisa fuerte del noroeste barrió las nubes hacia el Océano, dejando un cielo despejado. Nada había ocurrido hasta entonces. Los agentes que vigilaban a Maxi

Vendell y los suyos, habían sido relevados, y otros dos continuaban su guardia.

Allam Kray abandonó entonces su despacho, donde se había hecho subir un refrigerio para comer, y salió acompañado de Jimmy y de Pet en un coche de la policía.

Al volante, Pet condujo directamente a pasar el East por el túnel de Brooklyn. Sólo cuarenta y tres minutos tardaron en alcanzar Coney Island y detenerse en Stillwell Beach.

Era demasiado temprano y el *cabaret* de Bram Gasen aún estaba cerrado. Pet lo pasó de largo, dobló la esquina y se detuvo pocas yardas más lejos.

Estaba todo muy desierto. Coney Island presentaba un aspecto inhospitalario, muy distinto de las noches de verano, cuando medio Nueva York se vuelca en la popular playa buscando un poco de fresco… y encontrando solo una abominable aglomeración humana sudorosa y cansada.

Ahora el viento azotaba las arenas y la mar llegaba pizarrosa y salpicaba de espuma. Sin embargo, el *cabaret* de Bram Gasen seguía efectuando pingües negocios.

Las grandes vigas de la «montaña rusa» y la enorme rueda de la «noria» que destacaban con sus enormes estructuras del resto de las atracciones diseminadas por el inmenso parque, permanecían quietas como gigantescos esqueletos congelados.

Kray se bajó del coche, seguido por los dos agentes, y caminó algunas zancadas echando un vistazo a la parte trasera del *cabaret*.

Era una construcción adosada, cubierta por una especie de terraza plana de cemento. Aunque daba a un solar, éste era tan llano y limpio que constituía una verdadera prolongación de la carretera.

Aunque Kray nunca había dispuesto del permiso judicial que le permitiera entrar allí, sabía que la plana construcción era un moderno garaje y que de dentro de ella podía salir un coche ya disparado.

No parecía que nadie estuviese por allí vigilando, ni que persona alguna habitara el moderno y sólido edificio. Todo estaba callado y desierto, salvo por la arena que el viento levantaba y el silbido que producía en los hilos del telégrafo.

Pero Kray no creía en aquel abandono. Siguió a pie rodeando la

casa hasta que dio la vuelta completa. Entonces se detuvo a la puerta y pulsó el timbre.

Tardó un rato en obtener respuesta, y tuvo la seguridad de que era examinado desde alguna parte. La puerta al fin se entreabrió.

—¿Usted por aquí? —dijo una voz a guisa de saludo—. No vendrá a echar un trago.

—Hola, Noses. Dile a Bram que quiero hablarle. Tengo que hacerle unas preguntas —contestó empujando la puerta.

Noses obedeció. No parecía nada preocupado. Al contrario, diríase que algo le divertía. Su espléndido apéndice nasal se contraía y estiraba como la trompa de un oso hormiguero.

La puerta se cerró tras Kray, dejando fuera a sus dos agentes, y avanzó siguiendo a Noses.

Dejaron a un lado el salón de fiestas, ahora silencioso y vacío, como si estuviese cubierto con una mortaja, y rodearon el bar hasta unas escaleras.

En el primer piso se detuvieron ante una sólida puerta, y Noses llamó.

—Oiga, jefe, aquí está Kray. Quiere hablarle.

A Kray le sorprendió que no empujara la puerta dejándose de ceremonias. Pero el ruido que siguió de un cerrojo al descorrerse, le hizo comprender la causa: Bram Gasen estaba encerrado por dentro.

—Hola, Gasen —saludó Kray—. ¿Qué sabes de Gibey?

—Que lo han matado.

—¿Sabes quién ha sido?

—Ni idea. Gibey era muy pendenciero.

—Era un hombre tuyo.

—Era.

Kray le examinó tratando de penetrar en sus ideas. No era fácil. Siempre tenía el mismo aspecto: aquella figura rechoncha y aquellos morros de cerdo. Viéndole, se podría pensar que lo único que le importaba fuera hozar en un buen plato de remolachas. Pero eso era lo que menos había importado nunca a Bram Gasen.

Bajo la inmensa ala del sombrero que el individuo usaba, Kray no descubrió el menor signo de temor. Aquel hombre estaba seguro de sí mismo y de su fuerza. Era indudable que preparaba algo.

Conociendo de antemano la respuesta, preguntó, sin embargo:

—¿Quieres protección?

Gasen le miró con ojos burlones. Luego alcanzó una caja de fósforos y empezó a lijarse las uñas. Rió apagadamente.

—Nada me amenaza, Kray.

La lija producía un ruido hiriente y ordinario en la lujosa habitación. Era como si aquel sonido se hubiera propuesto ser primer actor en aquella escena.

—¿Tienes aquí a tus hombres?

—Claro, Kray. ¿Dónde van a estar? Están cenando y preparándose para esta noche, ¿por qué no te quedas y bailas un poco?

—Está bien, Bram. Sólo quería saber eso.

Kray salió de la casa y subió en el coche con sus dos hombres. Poco después paraba. Sus hombres bajaron, y él siguió solo.

Durante toda la noche estuvo en su despacho de la Jefatura esperando una llamada telefónica. Ésta se produjo a las once y cincuenta y cinco de la noche. Era Baxter que había vuelto a tomar la vigilancia de Maxi Vendell y comunicaba que éste, junto con Joe y Siner, continuaban encerrados en su casa con la luz encendida.

Pocos segundos después, Jimmy comunicó a su vez: el *cabaret* de Bram Gasen empezaba a animarse llenándose de gente elegante.

Kray dejó el teléfono y se recostó en la butaca dispuesto a pasar allí la noche en espera de acontecimientos. Poco después el cansancio le hacía cerrar los ojos y se quedaba dormido.

Y así acabó aquel viernes de noviembre.

Al día siguiente por la mañana, antes de que amaneciera, volvió a recibir comunicación. Al principio, medio dormido, no comprendió bien el significado y le pareció que todo iba perfectamente por el momento.

El *cabaret* de Bram Gasen se había vaciado y cerraban las puertas. La luz en la casa de Maxi y Vendell seguía encendida y nadie había entrado ni salido.

Colgó el teléfono. La cosa parecía que no se complicaba por el momento. Probablemente, Bram prefería aguardar un instante más propicio.

Pero de repente algo en aquella información le extrañó: «Nadie había salido de casa de Maxi… y la luz de la ventana había estado encendida toda la noche».

¿Para qué? ¿Por qué aquellos hombres habían decidido no salir

ni dormir?

Alargó la mano para descolgar el teléfono, pero el aparato repicó en aquel instante.

—¡Diga!

—Un momento, señor. Le pongo con el agente White. Parece que ha ocurrido algo.

Oyó en seguida la voz del guardia:

—Estamos en East River Drive, señor. Hay cuatro hombres muertos. Parece que los han liquidado con un tiro en la nuca a cada uno. Hace diez minutos no estaban.

Kray se puso en movimiento en el acto. Ordenó entrar en casa de Maxi Vendell a los agentes que lo vigilaban, y en el *cabaret* de Bram a Pet y Jimmy. Él se fue en el acto a East River Drive.

El resultado fue aplastante para sus esperanzas de detener a ambas bandas: Baxter comunicó que Maxi junto con Joe y Siner estaban en la casa.

Bram Gasen también estaba en su casa, pero se había negado a abrir.

Los cuatro hombres asesinados no ofrecieron ninguna dificultad para su identificación: les habían dejado todos sus documentos de identidad: Noses fue el primero que Kray reconoció. Los otros tres eran Like, Down y Ger, todos pertenecientes a la banda de Bram Gasen.

Los cuatro llevaban armas cargadas y sin seguro. Era indudable que habían salido con alguna misión. Una hora más tarde se halló en el «Packard» abandonado y en su interior una metralleta. Nunca se presentó nadie a reclamar aquel coche, y no se halló su dueño.

Allam Kray trabajó aquel sábado como no había trabajado en su vida. Interrogó a Maxi y a los otros dos, pero la coartada que presentaban era demasiado perfecta. Registró la casa, y pudo comprobar que la salida por la escalera de incendios no era posible. No encontró nada anormal. En la pequeña cocina, tan limpia que indudablemente nunca había sido usada, halló un finísimo polvo de cenizas. Era insignificante y si lo advirtió fue solo por el contraste con lo inmaculado del resto.

Maxi sonrió al verle inclinarse para tomarlo en una hoja de papel.

—Un pedazo de cuerda, amigo Kray. Recibí un paquete y quemé

la cuerda para deshacerlo.

Kray se lo guardó en el bolsillo del chaleco y se volvió parsimoniosamente a Maxi.

—Quiero saber dónde está Johnny.

—¡Oh, Johnny! Cualquiera sabe… Hace días que no le veo. A ése búscale donde se juegue.

Allam Kray detuvo a los tres hombres y se los llevó a la Jefatura. Al llegar le entregaron un paquete cerrado. Iba expedido por correo y había sido depositado en el buzón de East River Drive. Contenía una «Mauser» de cuyo cargador faltaban cuatro cápsulas.

Los tres hombres prestaron declaración, y hubo que dejarlos en libertad en vista que dos agentes de la misma policía podían atestiguar que no habían abandonado su domicilio en toda la noche.

Bram Gasen no fue hallado. Cuando provistos de un mandamiento se penetró a la fuerza en el *cabaret* de Coney Island, el edificio estaba desierto. Bram había escapado.

En una de las habitaciones se encontraron los restos calcinados de una gran hoguera, y en el garaje dos coches con hombres que no pudieron ser identificados.

Pero el domingo por la mañana hubo nuevos acontecimientos.

En Riverdale Road, cercano al cruce de la carretera con el New York City Railroad en Westchester County, fue encontrado un potente «Lincoln» ametrallado. Una metralleta «Thompson» había sido arrojada junto a las ruedas. Dentro había un individuo rechoncho, de abultados morros que recordaban los de un cerdo. Estaba acribillado a balazos, y en el asiento, junto a él, yacía un sombrero de alas inverosímilmente anchas.

La banda de Bram Gasen había sido borrada de la tierra.

Y el capitán Allam Kray, que esperaba obtener de aquella lucha, empezada dos días antes entre Bram y Maxi, las pruebas suficientes para mandarlos a todos a la silla eléctrica, se encontraba con seis asesinatos y todas las puertas cerradas.

Ordenó entonces la busca y detención de Johnny Molnar. Y dos días después, un elegante individuo de menos de treinta años, bajaba del avión en el aeropuerto de Newark y se presentaba en la Jefatura.

—Hola, Johnny. ¿Dónde has estado?

—Lejos, Kray, lejos —contestó Johnny, sonriendo alegremente

—. Y creo que nunca he sido más oportuno para emprender un viaje. Estuve en Saratoga jugando a los caballos. Aquí te traigo un montón de comprobantes, pero puedes comprobarlo tú mismo. No quiero líos. Oye, ¿tú crees que esto ha sido cosa de Maxi?

El semblante de Kray se ensombreció más. Era aquélla la única posibilidad que le quedaba. Y ahora también se desvanecía.

—Tú puedes informarme a mi mejor que yo a ti.

Johnny se echó a reír. Poseía una dentadura fuerte y blanca, y su rostro se iluminaba cuando se reía. No hubiera sido posible tomarle por un delincuente.

—Pregunta capciosa, Kray. Yo no sé nada. Estaba en Saratoga. ¿Cómo quieres que sepa nada?

El color bronceado de su tez era prueba suficiente de la verdad de sus palabras, y Kray le conocía lo suficiente para saber que nada era más improbable que aquel hombre se lanzase a cometer asesinatos como los preparados. Sin embargo, ¡alguien tenía que haberlo hecho!

—Todos sabemos que ha sido Maxi. Que ha sido Maxi el director de todo, aunque no sabemos quién ha sido la mano ejecutora.

—Y pensaste que he sido yo, ¿eh? —rió Johnny—. Ya he leído que tenías vigilado a Maxi mientras cometían ese cuádruple asesinato. Pero ¿estás seguro de que no salió de su casa?

—¿Insinúas algo?

Sentado contra el brazo del sillón, el cuerpo atlético y elegante de Johnny revelaba al asiduo deportista. A su pesar, aun sabiendo que se las había con uno de los peores pillos de toda la nación, Kray no pudo dejar de admirar la soltura de aquel hombre, en el que no había la menor afectación.

Johnny sonrió burlonamente.

—Yo no insinúo nada. Digo que un hombre puede salir de su casa por una ventana con sólo que disponga de…, por ejemplo, de una cuerda.

Kray estuvo a punto de pegar un salto. ¡Era posible! ¡Una cuerda! Lo había tenido delante de las narices y lo había dejado pasar. Las cenizas… Pero tendría que ser una cuerda larga y gruesa, no aquella motita que él había recogido. ¿Dónde podían haber echado el resto?

—Márchate, Johnny, pero deja tu dirección y no te alejes. Oye:

no diré a nadie que me has sugerido esta idea.

Johnny le miró de hito en hito y soltó una carcajada.

—No me importa que lo digas, Kray. Maxi no se atreverá conmigo por una cosa así, además de que no te va a servir de nada.

Efectivamente, de nada le sirvió. Hizo barrer el patio de la casa de Maxi, y reunió algunas cenizas. Eran de igual composición a las halladas por él en el piso, pero la cantidad era tan irrisoria que bastó a Maxi con afirmar, armado de toda su infinita inocencia, que sí, que pertenecía al mismo cordel que ataba el paquete, para cerrar toda posibilidad de investigación.

Kray comprendió que había tenido una oportunidad, de habérsele ocurrido aquello el mismo día del asesinato, y que la había dejado pasar dando tiempo a Maxi para barrer el patio.

Su humor se ensombreció. Siguió investigando inútilmente. La Prensa armó un escándalo ante la impotencia de la policía. Semanas después el que fue *cabaret* de Bram, era vendido, y se abría con el nombre de «The Gay Madness». Las salas de la planta baja seguían siendo *cabaret*, pero el primer piso estaba reformado y convertido en sala de juego.

Joe abría la puerta, y Siner paseaba por los salones su rostro de zorro amargado: y Steady y Bater, antiguos «empleados» de Bram Gasen, pasaban al servicio del nuevo amo.

Desde la lujosa *suite* del segundo piso, Maxi Vendell gobernaba aquella fortaleza.

Las airadas furias de la Prensa empezaron a aflojar. El inspector Garren rechazó la dimisión del capitán Allam Kray, y todo pareció que pasaba a ser uno de tantos casos que nunca se resuelven.

De vez en cuando, un periodista menos olvidadizo sacaba de nuevo el asunto a colación.

Todo el Estado sabía quién era el culpable de aquellos asesinatos. El hecho de que Maxi Vendell hubiera adquirido por una decena de miles lo que valía medio millón, lo probaba y daba el móvil bien claro. Pero… ¿pruebas?

El reportaje sacaba a relucir otra docena de asaltos a mano armada y homicidios cometidos sin duda alguna por la misma banda, y exigía que la policía buscase esas pruebas. Pero nada se consiguió.

Maxi Vendell sonreía tranquilamente leyendo esos arrebatados

comentarios. Sonreía tranquilamente sentado en el cómodo sillón de su despacho.

Empezaba a realizar sus sueños de convertirse en un verdadero personaje. Aún no contaba cuarenta años, y ya había dado un paso gigantesco. Unos pocos más, y… ¡reinaría en Nueva York!

Todo esto ocurrió antes de que en Nueva York cayera la primera nevada aquel año.

Maxi Vendell la vio desde las ventanas del «The Gay Madness» y no le dio ninguna importancia.

Pero precisamente en aquellos momentos, una maestra de escuela, encantada por el renovado espectáculo de la blancura anual, tuvo el deseo de dar una caminata. Cruzó corriendo alegremente Van Cortland Park, y llegó a la Hudson Parkway.

Entonces, en el crítico momento en que iba a atravesar la carretera, resbaló en la nieve y se torció un tobillo.

CAPÍTULO II

El azul «Nash» que avanzaba raudo por la carretera, contrastaba con el palmo de nieve que la cubría, como un dibujo hecho a pluma.

El hombre que lo conducía iba a cuerpo. Junto a él, tirado al desgaire sobre el respaldo del asiento, el amplio gabán castaño revelaba en sus anchos pliegues la perfección de su corte.

Llevaba el sombrero ligeramente echado hacia atrás, pero sin la menor chulería, y sus manos enguantadas descansaban casi indiferentes sobre el volante.

Había poca visibilidad. A través del parabrisas que el isócrono batir de la varilla limpiaba de nieve, los blancos copos tendían una espesa cortina.

Acaso fuera hiciera frío, pero el interior del moderno y aerodinámico «Nash» era lujoso y confortable.

De vez en cuando, al cruzarse con otro vehículo, una ráfaga de viento lanzaba su violento «¡aahh!». Eso, y la aguja del cuentamillas marcando las cincuenta horarias, era lo único que denotaba la temeraria marcha a que el coche iba lanzado.

A pesar de que en el enérgico rostro del hombre no se movía un músculo, había algo que hacía pensar en la sonrisa. Era esa indefinible expresión lo único que demostraba el placer que el conductor extraía del momento.

El asfalto cubierto de nieve estaba resbaladizo, y de vez en cuando las ruedas traseras del auto iniciaban un coletazo amenazando con el derrape.

Hubiera bastado una distracción de un segundo o la más leve maniobra mal hecha, para que el coche perdiera la conducción y saltara contra la cuneta. A aquella velocidad, eso hubiera significado una muerte segura; pero a juzgar por la expresión del hombre, no era aquella contingencia nada que le alarmara.

Pegado a la parte derecha, inició la subida de la rampa pisando el acelerador. El auto dio un patinazo como si su ser mecánico se rebelara contra la audacia del hombre; quedó dominado en el acto y zumbó potentemente aumentando su velocidad.

La nieve chocaba persistente contra los vidrios del parabrisas; delante, apenas se veía a diez yardas de distancia; de vez en cuando, el coche intentaba irse de costado.

Pero cuánto mayores eran las señales del riesgo, más se aclaraba el semblante del hombre. Era indudable que aquella especie de desafío a la muerte, le estaba proporcionando un intenso placer.

A ambos lados de la carretera se extendía ancho e ilimitado el Van Cortland Park. La nieve había convertido en purísimo blanco el verde húmedo de su césped, y colgaba de las ramas de los árboles fingiendo fantasías femeninas.

El hombre iba sonriendo cuando el coche coronó la rampa. Era agradable volar así.

Todo ocurrió de repente. Fue una fracción de segundo. Una de esas infinitesimales fracciones de tiempo, que luego uno recuerda asombrado de haber hecho tantas cosas en tan breve espacio. Una de esas milésimas en que la vida depende de la perfecta coordinación de los músculos y los nervios al obedecer la orden de los reflejos.

A veinte pies del parabrisas, envuelto por la nieve, surgió como por arte de magia un bulto oscuro.

Y los nervios del hombre respondieron: simultáneamente, como obedeciendo a una descarga eléctrica, su cuerpo se irguió, su sonrisa desapareció contrayéndose sus mandíbulas, sus manos se engarfiaron al volante y lo giraron con fulminante rapidez, su pie soltó el acelerador y se clavó en el freno.

Y el coche dio un violento frenazo, las gomas de las ruedas resbalaron sobre la nieve lanzando un aullido feroz, y el potente «Nash», cruzándose en la carretera, se fue de costado sobre el bulto oscuro con incontenible fuerza.

Fue entonces cuando de nuevo se puso de manifiesto la asombrosa rapidez de pensamiento y obra de aquel hombre: sin un titubeo, con la celeridad del rayo, su pie abandonó el freno dejando el auto en libertad, y se clavó hasta el fondo en el acelerador.

Y el «Nash», empujado de nuevo hacia delante por los cuarenta

caballos de su motor, saltó como un ser vivo proyectándose con fuerza.

Fue aquello lo que salvó la vida de la persona caída en la carretera.

Por un momento, el auto la rozó con su violento jadeo. Luego, en ángulo recto a su primitiva marcha, se lanzó sobre la cuneta disparando nieve con las ruedas, y la saltó como un caballo de guerra.

Y el coche botó entre las desigualdades del terreno, dio un trastazo con el guardabarros, amenazó con estrellarse contra los árboles, y se detuvo al fin hundido en el terreno blando.

Todo quedó momentáneamente en silencio, mientras la nieve seguía cayendo blandamente.

La figura derribada en la carretera intentó levantarse, y se incorporó trabajosamente. Respiraba con angustia, temblando inconteniblesmente, casi próxima a un ataque de nervios.

Oyó el portazo que dio el hombre al salir del coche, y le vio entre la nieve avanzando hacia ella. Venía a grandes pasos, en actitud de resuelta violencia. Incongruentemente, se fijó que iba a cuerpo.

Ella se dejó caer sentada en el borde de la cuneta. Un dolor terrible la pinchaba en el tobillo, y sentíase próxima a marearse.

Le pareció amenazadoramente alto y colérico cuando le miró levantando los ojos. Ella era culpable, era cierto. Aquel hombre había estado a punto de matarla y matarse él mismo, y tenía derecho a estar rabioso.

Sintió un sudor frío perlándole la frente. Aún no podía creer que se había salvado.

La voz del hombre sonó ruda y violenta.

—¡Es usted!…

Pero no concluyó. La miró encogida, conteniendo a duras penas los sollozos que intentaban dominarla, caída en la cuneta como un animalillo indefenso.

Las palabras insultantes que asomaban a sus labios, no llegaron a salir. Se inclinó hacia ella y la cogió del hombro sacudiéndola con energía, pero con suavidad.

—¡Vamos, cállese ya! Todo ha pasado ahora. Venga, levántese usted.

—Lo siento… —Sonó temblorosa la voz de ella—. Lo siento…, mucho… Yo tuve la culpa.

El hombre tiraba de su brazo obligándola a ponerse en pie. De su rostro había desaparecido la ira por completo.

—Bueno, nada conseguiremos con sentirlo ni con discutir quién tuvo la culpa. No llegué a tocarla, ¿no?

—No…, no me tocó… Tuvo usted…, mucha…, seguridad…

Se había puesto de pie, sujeta firmemente por él, que sentía gravitar sobre su mano casi todo el peso de la muchacha.

—¿Qué le ocurre? ¿No puede sostenerse?

Ella se mordía los labios queriendo sobreponerse al agudo dolor que la subía desde el tobillo por la pantorrilla y el muslo, pero le era imposible.

—Resbalé en la nieve al cruzar… Por eso me caí delante de su coche. Creo… —Apretó los dientes dominando el dolor—, creo que tengo el tobillo roto.

—¡Vaya! Vamos a ver qué le pasa.

Sin pedir permiso, como cosa natural, se inclinó y la tomó en brazos. Se fue con su carga por entre los árboles en dirección al coche.

La sentía temblar y veía junto al suyo el rostro dolorido de la muchacha que continuaba haciendo esfuerzos heroicos para dominarse.

La expresión sonriente volvió al rostro del hombre: No acostumbrada a perder el tiempo cuando tenía tan cerca de los suyos unos labios bonitos de mujer…, y los de aquella fina muchacha eran una imperiosa tentación.

Pensó en la cara que ella pondría si se le ocurriera besarla, y sonrió divertido. No pesaba nada, completamente abandonada a él. Era una verdadera cría, con carita de mujer independiente y valerosa.

Contuvo sus impulsos y abriendo la portezuela la depositó en el asiento trasero del coche, entrando a su vez.

—Ahora veremos su tobillo —dijo, buscando en la bolsa de la portezuela de delante—, pero antes eche un buen trago de esto. Se le pasará el susto.

—*Whisky*… No me gusta.

—¿Quién le ha preguntado si le gusta? ¡Beba!

Le acercó el frasco destapado, y se lo puso entre los labios. Le daban ganas de reír al ver los visajes que ella hacía. La obligó a abrir la boca, y le volcó el frasco.

Tragó de prisa, forzada por la posición. Sentía que un chorro de fuego, de sabor desagradable, pero confortable, bajaba por su garganta y llegaba a todo su cuerpo. Pensó que ya había bebido bastante, y trató de que él retirara el frasco; pero lo único que logró fue que el hombre la sujetara los hombros y la apretara más el cuello de la plana botella contra los labios. Tuvo que beber hasta que él quiso.

—Bueno, dentro de un par de minutos se sentirá otra. Ahora veamos ese tobillo. ¿El izquierdo?

—Sí.

—Recuéstese contra el ángulo —le ordenó agachándose al otro lado, delante de ella. Le quitó el zapato de muchacho que usaba, y palpó el tobillo después de despojarse de los guantes.

La muchacha sintió el tacto de sus dedos acoplándose a la forma de los huesos palpando minuciosamente. Estaba expectante, temerosa de dolor, con los ojos y los labios muy apretados.

Una contracción le sacudió la pierna, y un calambre la llegó hasta la cadera.

—¡Ay! —gritó. Las manos del hombre ascendieron por la pantorrilla, y sus dedos apretaron la parte musculosa macerándola.

—¿Nota alivio?

—Sí.

Notaba como un descanso, aunque el dolor no cesaba. El hombre le soltó la pierna.

—Quítese la media.

—¿La media? Pero…

—Haga lo que le digo y no ande con gazmoñerías. No tiene nada roto. Una simple distensión, pero si lo deja ahora tendrá para un mes de cojera. Quítese la media… ¡Quítese la media o se la quito yo!

Se echó rápidamente hacia delante sujetando las manos del hombre que la había cogido el abrigo y el vestido a la altura de las rodillas, iniciando el acto de subírselos.

—¡Espere!… Me la quitaré… Pero… vuelva la cara.

El hombre la miró de hito en hito, burlonamente.

—¡Vaya con el comino este! Se imagina que nunca estuve en la playa —exclamó, obedeciéndola, y mirando hacia delante.

Estuvo a punto, después de volverse, de soltar la carcajada, porque el espejo retrovisor le devolvió nítidamente reflejadas las piernas de la muchacha.

Vio sus manos aparecer en el pequeño rectángulo y subirse las faldas. Eran unas piernas largas y bien torneadas. Los ágiles dedos de la muchacha retiraron la seda negra de la combinación que contrastó con el tono rosado de su piel, y se metieron bajo la media para desabrochar la liga.

Había desaparecido del espejo retrovisor la bella imagen que encadenaba los ojos del hombre. Éste se volvió y sentándose al lado de ella, le cogió la pierna sin contemplaciones. Destapó de nuevo el frasco de *whisky*, y le roció la pantorrilla y el tobillo.

—Y ahora no empiece a gritar —ordenó con una severidad en la que temblaba la burla. Le cogió con una mano la molla de la pantorrilla y con la otra el tobillo, y empezó a masajear con fuerza. Sabía hacerlo buscando los tendones y oprimiéndolos de forma que los obligaba a recuperar su elasticidad.

Se daba cuenta de que la muchacha rechinaba los dientes sobreponiéndose al dolor. Sabía por experiencia que aquel masaje hacía algo más desagradable que cosquillas, y admiraba el valor de aquella esbelta y espigada muchachita.

Retiró un poco la falda dejando descubiertas las rodillas, y le oprimió con fuerza los tendones de la corva.

Ella tuvo un movimiento de rebeldía al sentir sus manos demasiado arriba.

—¡No es ahí! ¡Es en el tobillo! ¡Ay!

El hombre, se echó a reír.

—No trate de darme lecciones en esto. Y no sea quejica.

Poco a poco, ella fue abandonándose. Sentía las fuertes manos de él oprimiéndole incansables y macerándole músculos y tendones desde la rodilla al tobillo; una sensación de reposo empezó a invadirla, y comprendió que lo debía al *whisky* ingerido.

Sus ojos se entreabrieron mirando a través de las negras pestañas. Ya había pasado la crisis nerviosa que la había amenazado, y su respiración era profunda y reposada.

Vio el perfil del hombre, que no se dio cuenta de su observación.

Le extrañó que estuviese tan tostado, siendo invierno. Y también le sorprendió aquel raro contraste entre la firmeza, casi dureza, del rostro y aquella especie de expresión sonriente que parecía residir en cada partícula del semblante masculino.

Con el característico don de observación de las mujeres, advirtió que vestía un traje del mejor cheviot inglés y que su camisa y corbata eran impecables. De todo él trascendía esa elegancia al mismo tiempo impecable y abandonada, propia de los hombres que unen los hábitos deportivos a una fortuna saneada y a un sentido nato de la distinción y la sencillez.

Como si al fin él se hubiera dado cuenta de la observación a que le sometían, volvió la vista hacia ella deteniendo el masaje.

—¿Mejor? —preguntó.

—Ya no me duele.

—No será nada. Dé gracias a que se ha encontrado con un masajista de primer orden. La he librado de que se le ponga la pierna como un elefante.

Por primera vez, ella se echó a reír. Reía con timidez, como temerosa de que él no encontrara adecuada su risa después de su torpeza. Y el coche… Había sufrido desperfectos. Habría que pagarlos…

Pero la mente del hombre no parecía sujeta a aquellas consideraciones.

Observó que sus dientes eran sanos y blancos, y que su risa era franca y comunicativa. Se sintió más tranquila.

—Yo…, le estoy muy agradecida. ¡Sé que le debo la vida!

—Humm…, la vida. ¿No resulta demasiado dramático eso? Ande, póngase otra vez la media —contestó saliendo del coche para ocupar su puesto ante el volante—. Voy a ver si podemos salir de aquí.

—No se burle. No comprendo cómo pudo usted dominar el coche, ni cómo tuvo valor para lanzarse así contra los árboles. Y yo…

—Póngase la media y no charle tanto —la interrumpió él, arrancando el motor.

El coche se balanceó, cuando metió marcha atrás, y las ruedas patinaron hundidas en la tierra. Echó una mirada al espejo retrovisor, pero no pudo verla: el respaldo del asiento se la

ocultaba, agachada ella para ponerse la media y calzarse. Oyó su voz saliendo detrás de él:

—Le daré mi dirección… para que me mande la cuenta.

De nuevo el coche se sacudió al cambiar de marcha y ser impulsado hacia delante bruscamente. Pero no hizo más que bambolearse sobre sus ballestas.

—¿La cuenta? ¿Por el masaje?

La voz del hombre era burlona, pero amistosa. Y de nuevo ella se rió.

—El coche… Tendrá que repararlo.

—Y sacarlo de aquí, que él no quiere —contestó, haciendo una nueva tentativa, tan inútil como las anteriores—. ¿Tiene usted mucho dinero?

La muchacha estiró la pierna comprobando que se había abrochado bien la media.

—Yo tengo…, creo que podré pagar esto… —repuso dubitativa —. Es justo que lo pague yo.

—Y usted ama la justicia. ¿Y cuánto dinero tiene? ¡Maldito coche! ¡Tendré que telefonear que manden una grúa! Se ha hundido hasta los ejes. ¿Vive usted lejos?

—No mucho. Cruzando el Van Cortland Park; un cuarto de hora.

—Pues habrá que ir caminando. Tendrá teléfono, supongo. Ande, baje. A ver si puede andar.

La ayudó a bajar y la sostuvo por el brazo. Ella se tambaleó un instante; después pareció afirmarse sobre sus pies, pero él no la soltó.

—No le vendrá mal una caminata, si puede hacerlo. Reaccionaría ese tobillo. Tiene teléfono, ¿no?

—Sí. En la escuela.

—¿En la escuela? ¿Va usted a la escuela todavía?

De nuevo ella se echó a reír, esta vez con mayor gana. Se sentía inquieta, pero había algo en aquel hombre que la inspiraba una confianza absoluta.

—Soy maestra —aclaró—. Debería usted coger su abrigo.

—Sí, mejor será —contestó él, cogiéndolo y alcanzando el sombrero derribado en el piso del auto—. Ande, vamos a ver qué tal lo hace.

Ayudada por él, la muchacha empezó a caminar sobre la nieve.

Caía cada vez más espesa, y prendía sus blancos copos en el gorro de lana de la muchacha y en los negros rizos que salían de él.

Se sintió encantado observándola con imperceptible sonrisa. Cojeando levemente, la muchacha caminaba a su lado, metiendo entre la nieve sus zapatos bajos. Su cuerpo alto y delgado se movía con flexibilidad, y en su rostro había un gesto voluntarioso y decidido, que no bastaba, sin embargo, a borrar una expresión casi infantil.

De nuevo le dieron ganas de tomarla entre sus brazos y besarla en la boca. Pero no era un impulso de pasión, sino más bien una extraña y sonriente ternura hacia aquella muchachita.

—De forma que es usted maestra. Debe ser una chica muy lista. Y qué enseña… ¿Historia… Matemáticas?

Ella agitó la cabeza riendo.

—Mucho más modesto —contestó continuando el camino—. Enseño a leer a treinta pequeños. No es necesario ser lista, sino sólo paciente. También usted es muy paciente.

—¿Yo paciente? —exclamó él. Y se rió pensando en lo que opinaban de él las personas que le conocían bien.

—Claro que sí. Le he causado un accidente grave, su coche está destrozado, y no podrá llegar al lugar donde iba con tanta urgencia. Si no fuera usted paciente, no hubiera tratado con tanta bondad a la culpable de todo este desastre.

—De manera que soy paciente y bondadoso. Veo que poseo muchas virtudes. Presumiré de ello con mis amistades, aunque posiblemente ellos tengan ya su propia opinión al respecto… ¿Falta mucho?

—Estamos llegando. Es ahí, detrás de esos árboles.

Era el pequeño pueblecito de Van Cortland, distante apenas tres millas de Manhattan, pero aislado dentro del parque. Bajo la nieve, las pequeñas y modernas casas parecían maquetas recién hechas.

Cruzaron la calle ancha y aireada, y penetraron en el porche de un bajo edificio cuadrado, cuyos ladrillos rojos ponían una amable nota de color bajo la nieve que se amontonaba en los montantes de las ventanas.

Ambos entraron en el pequeño *living*, cuyo menor detalle denunciaba la mano femenina de su propietaria.

—Ahí tiene el teléfono.

El hombre marcó un número mientras la miraba quitarse el abrigo. Le costaba trabajo apartar la vista de ella. Su cuerpo espigado, fino y flexible, tenía esa belleza inconsciente y natural que suele ser patrimonio exclusivo de los niños.

—¿Central? Con el JX-
22 13 17,
Manhattan… Sí, espero.

Ella se quitaba el gorrito de lana con un movimiento lleno de gracia, y agitaba la cabeza ahuecándose la melena. Sus ojos encontraron los del hombre, y sonrió. Movió el pie apoyado en el suelo probándolo.

—Estupendo. No me duele nada.

—Ya le dije que soy el mejor… Oiga… —Hizo un gesto disculpándose con la muchacha, y continuó por teléfono—: ¿Greexing Garaje? Mire, he tenido un percance en la Hudson Parkway y tengo el coche hundido en tierra. Necesito que manden una grúa… Sí, eso es… A la entrada de Van Cortland Park… ¡Cuánto tiempo!… ¿No puede ser antes? Bueno, está bien. Vengan a Van Cortland Village, a la escuela de… —Se volvió a la muchacha —. ¿Cómo se llama esta escuela?

—Sólo hay ésta.

—Oiga, pregunten por la «escuela». Estaré esperándoles. Pero abrevien cuanto puedan… Bien…

Cortó y volvió a marcar el número de la central.

—Va a tener usted que soportarme un par de horas. Parece que están muy ocupados con la nieve… Oiga, central. Deme Albany,
61 159.

La muchacha salió un momento y regresó con dos botellas y dos largos vasos.

—No puedo ofrecerle *whisky*… No tengo… Sólo cerveza —explicó destapando una botella y sirviendo.

—¿Vive sola?

—Sí. Mi nombre es Lida Niessen. Se lo anotaré.

El hombre sonrió burlonamente.

—¿Huntington House? —preguntó por teléfono—. Sí, soy yo. ¿Cómo estás? He sufrido un accidente y estoy detenido. No podré ir hoy…

Escuchó y se echó a reír. La muchacha, sentada en uno de los

pequeños sillones, procuraba no mirarle. Se preguntaba con quién hablaría y, de una manera incomprensible, le disgustaba no saberlo. Le parecía como si él le debiera a ella alguna explicación al respecto.

«Soy una estúpida —se dijo—. Yo no debería mirarle de esta forma».

Pero no podía evitarlo. Como las muchachas jóvenes de su edad, había permitido a menudo que su fantasía creara maravillosas aventuras en las que siempre había un hombre… Y ahora, «aquél» hombre estaba allí, delante de ella, sonriendo a través del teléfono a una persona que ella no conocía. ¿Un hombre? ¿Una mujer?

«¡Soy estúpida! ¡Estúpida!».

—No, no, no… No vengas. Es inútil… Lo siento, querida, pero no pude evitarlo… No, nada… Un derrape en la carretera…, nada peligroso… Sí, perfectamente… Otro día… ¿Eh? —volvió a reír—. No sé. Te llamaré… Que no. Por favor, no te preocupes por mí. Ya sabes que yo, aquí donde me ves… soy inmortal… ja, ja, ja… Adiós.

Aún se reía cuando colgó el teléfono y se acercó sentándose en el brazo del sillón, frente a ella.

—Lida Niessen… Ya ve que retengo los nombres y no es necesario que me lo anote. ¿Qué le pasa ahora?

—¿A mí? Nada.

—Antes estaba muy sonriente.

Lida se hubiera pegado a sí misma de buena gana. «Soy idiota, ¡idiota!», se repetía incesante en su interior. Pero sentía un nervioso desasosiego pensando que él había dicho «querida» por teléfono.

Trató de sostener la mirada del hombre, pero acabó retirando los ojos, temerosa de que se le notasen sus pensamientos.

—¿No quiere cerveza? No le gustará, si está acostumbrado al *whisky*.

La mano del hombre se cerró rodeando el alto vaso, y Lida pensó que también era morena y fuerte, como su rostro, con ese color que deja el sol y el viento.

Debía poner un freno a su desbocada fantasía y ser razonable. Ya no era una chiquilla. Era necesario…

—¿Cuándo me mandará la factura?

El hombre bebió largamente apurando la cerveza. Parecía que ninguna situación podría ponerle nervioso, y que jamás perdería

aquel aspecto de amable seguridad en sí mismo. Se puso de pie quitándose el abrigo y el sombrero que arrojó sobre una butaca, y se volvió a ella con el vaso en la mano mirándola entre risueño y divertido.

—Usted está empeñada en pagar los «trastos rotos».

—Es justo. No va a pagarlos usted, encima.

—Le pregunté si tenía mucho dinero, pero no me contestó. ¿Cuánto está usted dispuesta a gastarse?

La pregunta era demasiado directa. Se sintió inquieta y azorada. ¿Y si no tenía suficiente?

—Yo… No sé lo que puede costar eso… Yo tengo… Puedo darle… —Le miró a los ojos avergonzada, como pidiendo piedad—. Tengo trescientos dólares…, pero puedo pedir un adelanto si es más.

El hombre sentóse con los codos en las rodillas, inclinado hacia ella.

—¿Qué le parece si me paga… de otra forma?

Enmascaró su cara para no reír al apreciar la transformación que acababa de operarse en el rostro de la muchacha. Se había endurecido de repente.

—No sé lo que quiere decir.

—¿De verdad que no lo sabe?

—No. No lo sé —contestó ella con sequedad.

—Pues es muy sencillo… —Hizo una pausa para azorarla más, y añadió por fin—: Dejemos que el Seguro se encargue de pagarlo todo, ¿no le parece mejor? Y usted compénseme de esta tarde perdida…

—No creo que yo pueda compensarle de eso.

El hombre miró su reloj de muñeca.

—Son las seis de la tarde. Dentro de hora y media sacarán el coche. Podemos estar en Nueva York a las ocho. Venga conmigo.

Ella estaba más encarnada a cada momento.

—¿Con usted? ¿Dónde?

De nuevo hizo él una larga pausa mirándola a los ojos de manera intencionada. Disfrutaba aumentando la confusión de la muchacha. Por fin habló lentamente:

—Hace…, no sé, quizá hace un año que no voy al cine. ¿Le gusta el cine?

Lida sintió que la tensión se aflojaba en ella. Sus labios temblaron nerviosamente, deseosos también de reír después del temor.

—¿Me invita al cine?

—Si no teme usted que la rapte.

Se sentía feliz. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Le miró sonriente, con entera confianza.

—No temo nada… Pero usted… —añadió poniéndose seria—. Tenía un compromiso…

—Ya no lo tengo. Y creo que me gustará el cine después de tanto tiempo.

—Entonces… ¿Me visto?

—Hummm…

Saltó del sillón corriendo, sin darse cuenta de que no conviene a una muchacha manifestar demasiado claramente sus sentimientos a un hombre, y sin acordarse de su maltratado tobillo. En la puerta se volvió, parándose un instante.

—Ni siquiera sé aún cómo, se llama…

—Johnny, Johnny Molnar.

CAPÍTULO III

Maxi Vendell estaba furioso. Su rostro mostraba la expresión de un déspota contrariado, y su boca de labios finos se estiraba por una de las comisuras.

Paseando por la amplia pieza de ultramodernos muebles, acariciaba maquinalmente con la mano derecha la gardenia que lucía en la solapa de seda de su *smoking*.

Por los dos pequeños altavoces disimulados en el muro, llegaba el murmullo sordo y lejano del *cabaret* y de la sala de juego. Los tenía siempre conectados, en previsión de que pudiera armarse un alboroto por cualquier causa.

A Maxi Vendell no le agradaba dejar nada al azar y por eso precisamente, su cólera aumentaba por momentos. Veía al alcance de la mano un magnífico y fácil negocio, y se daba cuenta de que se le iba a escapar por culpa de un…

Se detuvo junto a la mesa inclinando ligeramente su tronco para pulsar la palanca del dictáfono.

Era un hombre de estatura más alta de la corriente, de rostro frío y enjuto y expresión cauta. Su rostro mostraba esa característica rigidez del hombre convencido de su gran importancia.

—¿Qué hay, jefe?

—¿No llega?

—No, jefe —habló de nuevo la voz del dictáfono—. A ver si tampoco viene hoy.

Vendell cortó la comunicación recrudeciéndose la ira de su semblante. La rabia le poseía. Se sentó en el enorme sillón que había tras la mesa, y tiró lentamente del plano del cajón central.

Por unos segundos, sus ojos brillaron con el mismo brillo oscuro del empavonado de la pistola que apareció. Sabía muy bien que estaba cargada y sin seguro, pero a pesar de ello la tomó con la mano comprobándolo de nuevo. Le gustaba estar siempre seguro de

las cosas.

Sonaron unos golpes contra la puerta, y Maxi levantó vivamente la cabeza cerrando el cajón al tiempo que la hoja se abría y aparecía Siner.

—¿Ha venido?

Siner cerró tras él penetrando en la estancia. Agitó la cabeza negativamente y se acercó al bar.

—No aparece —dijo—. Vamos a perder este asunto por su culpa. Tendrás que obligarle a que trabaje igual que los demás. ¿Por qué ha de ser él más que nosotros?

Maxi le observaba sirviéndose el *whisky*. Aguardó a que concluyera el glotear de la botella de soda.

—No seas idiota, Siner —contestó. No quiso dar explicaciones que no hubieran resultado envanecedoras para él. Le humillaba tener que confesarse que en aquel aspecto no podía dar órdenes, y aborrecía que se lo recordaran. Por eso miró aviesamente a Siner.

Éste se sentó en otro sillón. Su rostro aceitunado mostraba más bilis que de ordinario. Estaba mascullando la vejación que suponía para él que otro hombre fuera tratado por el jefe en condiciones más favorables. Aquello le sublevaba: que a él le dieran órdenes terminantes, y que al otro casi hubiera que pedirle las cosas por favor. Y las hacía o no, según le diera la gana.

El zumbido del dictáfono turbó el silencio en que se sumían los dos hombres. Maxi conectó.

—¿Qué hay? —preguntó con cierta ansiedad.

—Acaba de entrar —contestó la voz de Joe—. Viene con la Huntington y dos «pájaros». Va para la sala de juego… ¡Le hice seña de que tenía que hablarle, pero el muy cerdo siguió sin hacerme caso!

—Está bien.

Maxi cortó y se volvió a Siner al tiempo que pulsaba otra de las palancas.

—Veremos qué disculpa da… Oye, Bater, ¿ha entrado ya?

—En este momento. Viene con…

—Ya lo sé. Dile que suba inmediatamente. Oye, ten cuidado cómo se lo dices. No conviene que esos tipos que le acompañan se den cuenta de nada.

Soltó la palanca y se recostó en el sillón. Le estaba enfureciendo

más la actitud de Siner, que a todas luces decía lo que estaba pensando… y lo que estaba pensando no era agradable para la vanidad de Maxi.

Ostentosamente, Siner alargó el brazo mirando su reloj de pulsera.

—Son las doce cincuenta y tres minutos.

Maxi sabía que iba a cronometrar el tiempo que tardara en subir el hombre esperado y sabía que su orden de que subiera en el acto, no iba a ser obedecida con tanta rapidez como deseara… Pero ¡no podía impedirlo! Era una cuña que tenía clavada y que Siner remachaba a cada instante, envidioso del otro hombre y ansioso de que cayera.

Algún día llegaría el momento. Maxi Vendell no perdonaba a quien se atrevía a tratarle de aquella manera. Pero ese momento aún no había llegado: aún era necesario.

De vez en cuando, Siner volvía a mirar su reloj comprobando la marcha del tiempo. No decía una palabra, pero su gesto era suficiente. Fuera se oyeron por fin los pasos largos y elásticos de un hombre, y Siner miró de nuevo el reloj.

—Tres cuartos de hora —dijo con suavidad. Y a continuación metió la mano en la sobaquera y extrajo una automática con la que empezó a jugar distraídamente. Sonaron unos golpes, y la puerta se abrió sin esperar permiso.

—Hola, Maxi —saludó sonriente el recién llegado. Ni una flor ni un adorno interrumpía la negra severidad de su *smoking* cuya corrección tenía, sin embargo, algo de suelto y deportivo.

—Hola, Johnny. Pasa.

El permiso era tardío, porque Johnny había cerrado la puerta tras él y se dejaba caer tranquilamente en una butaca dejando enfrente a Maxi y a Siner. Sonrió mirando a este último.

—Cada día estás más amarillo, Siner —dijo con ligereza—. Tienes que cuidar ese hígado. ¿O es el estómago? —preguntó sin prestar atención al parecer a los juegos malabares de Siner con su automática—. ¿Qué es lo que querías con tanta urgencia, Maxi?

—Hace siete días que no apareces por aquí, —contestó Vendell con sequedad.

—¿Siete? Entonces, una semana.

En los ojos de Maxi Vendell brillaba al mismo tiempo la

amenaza…, y la prudencia.

—Sí estás tratando de hacer chistes…

—¿Chistes? —Había algo de auténticamente desdeñoso en el tono de Johnny—. No seas tonto, Maxi. ¿Acaso tengo que darte cuenta de si vengo o no?

El rostro del «gángster» se endureció. Observaba a Siner que, con el índice en el gatillo de su arma, fingía distraerse apuntando a diferentes lugares de la pared. Maxi sabía que no perdía una palabra.

—Te comprometiste a traer aquí a toda esa gente que conoces. Para eso te pago.

—Y lo hago —contestó Johnny, sin la menor muestra de ofenderse por las palabras de Vendell—. No tienes ninguna razón para quejarte.

—Pero durante estos siete días no has venido.

—Vengo cuando me parece. Maxi. Métete eso en la cabeza y no me fastidies. Mil dólares a la semana, y te traigo al «Gay» toda la gente que pueda. Eso es lo que hablamos. Y no vengas hablándome a mí en tono de «amo», porque no me gusta.

A pesar de que el acento de Johnny era casi voluble, Vendell se dio cuenta de que no le convenía continuar.

—Está bien, Johnny —carraspeó—. Ya sé que siempre eres muy independiente, pero esta vez me había puesto furioso porque se me escapara de entre las manos un asunto que puede resultar magnífico. Telefoneé a tu casa, pero siempre estaba comunicando.

Johnny Molnar conocía demasiado bien al hombre que tenía enfrentado, para dejarse engañar por su nuevo tono amistoso; pero aquello no le preocupaba.

—Es inútil que me telefonees. Descuelgo el aparato para que no me den la lata. ¿Qué asunto es ése?

Fue Siner quien contestó, sin dejar de jugar con la pistola:

—¿No lees los periódicos, Johnny?

Johnny se echó a reír suavemente; parecía muy lejos de allí en aquel momento.

—Hace siete días que no los leo.

—Entonces has debido estar verdaderamente ocupado todo este tiempo…

Había detenido los juegos y tenía la pistola amartillada con

firmeza en su mano derecha. Giró hacia Johnny y le encañonó como si fuera a disparar.

Johnny no modificó su gesto sonriente, aunque cambió de significado. Permaneció quieto mirando los ojos de serpiente del pistolero, clavados en los suyos.

—¿Cuánto darías por verme temblar, Siner? —rió tranquilamente—. Pero yo no puedo temblar ante ti… —volvió a reír dando a sus palabras doble intención—, porque tú… eres amigo mío.



¿Cuánto darías por verme temblar...?

Siner mostró sus dientes amarillos, al tiempo que volvía a jugar con la pistola indolentemente.

—Estaba diciendo que Johnny Molnar ha debido estar estos siete días verdaderamente muy ocupado, cuando no ha tenido tiempo de leer los «Ecos de Sociedad».

Johnny estiró las piernas perezosamente.

—Será mejor que me expliquéis lo que sea, Maxi. Están esperándome abajo.

—Berta Evermore está en Nueva York.

—No me interesa —contestó Johnny, encogiéndose de hombros —. Y te he dicho que a las mujeres que yo traiga no has de sacarlas ni un dólar.

—¿Y por qué? —barbotó Siner, revolviéndose en su sillón como una culebra—. ¡Berta Evermore es millonaria!

Maxi reventó rabioso mirándole amenazante:

—¡Cierra la boca, imbécil! ¡No es éste el momento! —rugió. Y volviéndose de nuevo a Johnny que sonreía burlonamente ante la humillación de Siner, continuó velando la voz persuasivamente—: Su prometido está con ella.

—¿Samy Kennedy?

Había recogido sus piernas, y se inclinaba hacia delante con gesto de interés.

—Samy Kennedy —confirmó Maxi—. Una «vaca» fácil para quien sepa «ordeñarla». ¿Qué dices?

—¿Cuánto habrá para mí?

—Cinco «grandes» si me lo traes por aquí.

—Y el diez por ciento de lo que pierda.

—Eso es demasiado, Johnny.

Siner lo contempló con odio sin pronunciar una palabra. Le vio mirar a Maxi con gesto burlón, esperando tranquilamente. Por fin Maxi volvió a hablar:

—Bien, Johnny. Y el diez por ciento. ¿Podrás traerlo? ¿Les conoces?

—No, no les conozco. Tendré que enterarme de quién es ella. Obraré de prisa.

—Aquí la tienes —contestó Maxi, sacando un gran recorte de periódico de una carpeta—. Es su foto. Y aquí dice algo sobre sus gustos, su casa, y todo lo demás… Toma.

Johnny cogió el recorte y lo examinó. Era una mujer joven, de aspecto aristocrático. Sonreía alegremente en el momento en que le hicieron la fotografía.

—Es bonita —dijo, levantándose y guardando el recorte en el bolsillo interior de su *smoking*—. Si es cierto lo que dice de su

prometido, creo que nos va a caer buen pellizco. Adiós, Siner, y cuida ese hígado.

Salió de la habitación cerrando tras sí, y bajó las anchas escaleras hacia las salas de juego.

También Siner se levantó, dirigiéndose hacia la puerta, ante la cual se detuvo un instante mirando significativamente a Vendell.

—¿Qué pudo ser lo que tuvo a Johnny tan ocupado? —preguntó con voz sibilina—. Sería interesante saberlo.

—Lo sabremos, Siner. De eso me ocuparé yo.

Siner salió. Cuando llegó a la sala de juego, pudo ver a Johnny cruzando entre la gente, acercarse a un grupo compuesto de una hermosa y elegante mujer y dos hombres cuyo aspecto pregonaba una gran despreocupación económica, y conversar con ellos riendo.

Apartó la vista de ellos, y atravesó el bar, dirigiéndose hacia la sala de bacarrá.

Entre el gentío que llenaba a aquellas horas las salas, también Johnny y sus tres acompañantes salieron del bar.

Las voces de los croupiers se elevaban isócronamente, graves e impersonales, entre el denso murmullo de conversaciones y exclamaciones. Desprovistas de toda emoción, más parecían producidas por algún aparato mecánico que por seres capaces de sentir.

«Hagan juego, señores…»
«Veinticinco, rojo, impar, pasa…»
«No va más, señores…»

Johnny se volvió a los otros dos hombres soltándose momentáneamente del brazo de la muchacha.

—¿Qué va a ser? ¿Ruleta o bacarrá?

El más joven de los dos enarcó las cejas con gesto de disculpa.

—Tom y yo habíamos pensado en una partida de *póker* —contestó—. Los cuatro.

—Oh, no, Robby —exclamó la muchacha, sacudiendo sus rubios cabellos—. Yo prefiero la ruleta. Es más entretenido y no hay que pensar.

Los tres hombres se echaron a reír, y también ella les coreó mostrando unos dientes pequeños y blancos, tan luminosos como el

collar de brillantes que lucía sobre la sonrosada piel de su garganta.

—¿Y usted, Johnny, por qué se inclina?

—Me es indiferente, pero si Sara prefiere la ruleta… El combate es entre ustedes.

—Deberías apoyarme más, Johnny —protestó la muchacha, asiéndose un poco despótica al brazo de él—. Ya ves que son dos contra mí.

—Oye, Sara —suplicó Tom, mirándola con arrobo—, sé complaciente y juega con nosotros.

—Sé tú complaciente, Tom. —Se echó a reír al ver la cara de víctima, propiciatoria que él ponía—. Bueno, está bien, podemos hacer otra cosa. Yo me quedo en la ruleta y vosotros jugáis al *póker*, ¿os parece?

—¡Oh, Sara!

—No te pongas tonto, Tom. Es lo más que consigues de mí. ¡No quiero jugar al *póker*! ¡Me aburro! Buscad un «cuarto» y jugáis vosotros. ¿Les has presentado a Maxi, Johnny? Es un hombre interesantísimo, y se cuentan cosas horribles de él.

—Bueno, ya veo que no hay forma de que transijas —contestó Tom—. ¿Necesitas dinero?

—Aún no me he casado contigo, Tom —respondió burlonamente —. Me quedo en esta mesa.

Johnny se adelantó con ella.

—Déjame que te cambie las fichas. Te daré suerte. Ya sabes que siempre tengo suerte.

—Sí, para los demás, porque tú siempre pierdes. Oye, Johnny, ¿sabes una cosa? Estoy aburrida con esos tontos de Robby y Tom. ¡Me fastidia más haberlos traído! Lo hubiéramos pasado muy bien los dos solos. Toma. Cámbiame quinientos…

Johnny cogió el billete acercándose al croupier, seguido por Sara que se pegaba a él. Consiguió hacerla un hueco junto al tapete, y echó el billete junto a la ruleta.

—Deme fichas de cinco y diez. Encarnadas —dijo, mirando al empleado sin ninguna expresión en el rostro.

El croupier le miró de la misma manera tomando el billete, y contando las fichas maquinalmente.

—Aquí tiene, señor.

—Encarnadas… —repitió Johnny, arrastrando las sílabas y

mirando al empleado. Luego se volvió a la muchacha—: Toma, Sara. Estoy seguro de que vas a ganar.

—Johnny. ¿Por qué no nos escapamos y les dejamos aquí? Hace más de una semana que no te veo, y ahora nos encontramos con esos dos. ¿Por qué no nos vamos tú y yo solos? No me importa qué se enfaden.

El hombre se echó a reír suavemente.

—Eres una cría llena de caprichos. Acabo de conocer a esos dos muchachos, y ya deseas que me porte mal con ellos. Tom está enamorado de ti.

—Es un pesado. Ya se lo he dicho una docena de veces, y…

—Hagan juego, señores.

—¡Eh, un momento! Al…, ¡al once! Me gusta porque es un número raro. Espera, Johnny, espera a ver si me das suerte.

—Hagan juego, señores… No va más…

Johnny observó el rostro nervioso y apasionado de ella, que trataba inútilmente de seguir con la mirada los histéricos saltos de la bolita. La ruleta giraba locamente disparada, brillantes sus radios de níquel como la hélice de un avión en marcha.

Apartando los ojos de la ajustada «cazuela» donde la ruleta giraba, Johnny los fijó distraídamente en el croupier; también éste le miró con distracción bajando las manos, que apoyó con los nudillos sobre la mesa.

Por un momento, pareció que la numerosa concurrencia que se agolpaba alrededor de la mesa luciendo sus joyas y vestidos de noche o las blancas pecheras, de sus tiesas camisas, contenía la respiración.

La ruleta disminuyó la velocidad. Johnny observa cómo Sara adelantaba el cuello queriendo ver, empezando a emocionarse por completo con el rápido y terrible juego, y la cogió del brazo oprimiéndoselo para volverla a la realidad.

—No conviene apasionarse demasiado cuando se juega, Sara —murmuró junto al oído de ella.

Sara se volvió mirándole a los ojos.

—¡Pues llévame de aquí! ¡Oh!

El croupier, impersonal y monocorde, cantaba el número:

—Once, negro, impar y falta.

—¡Johnny! ¡El once! ¡Pleno! —exclamó encantada, riendo—. Me

diste suerte. Gané. Trescientos sesenta dólares a la primera.

—Bueno, que siga así. Ahora te dejo.

Johnny se retiró de la mesa dejándola entre la gente. De su rostro se había borrado su expresión sonriente, apareciendo otra un poco preocupada. No le agradaba que la muchacha se quedara sola jugando a la ruleta; era demasiado apasionada.

Encontró a los otros dos, y se acercó a ellos.

—Ahora, si ustedes insisten en jugar al *póker*, tendremos que buscarnos otra persona. ¿O prefieren que juguemos sólo los tres?

—No. Tres sólo es poco movido. Cuatro es lo más acertado. ¿No puede encontrar a alguien? Sara habló de Maxi Vendell.

—Le avisaré si ustedes quieren —contestó Johnny con indiferencia—. Lo mismo es uno que otro, ¿no? En caso de que él no quiera, podré seguramente buscar a alguien. ¡Oiga! —llamó a un sirviente—. Vaya a buscar a Maxi Vendell y dígale si puede venir. Dese prisa.

Robby observó la marcha del criado con expresión interesada. Era indudable que estaba, intrigado.

—¿Es cierto lo que se dice de él? —preguntó.

—No sé —contestó Johnny despreocupadamente—. Se le culpa de una docena de asesinatos y atracos… Ahora le conocerán.

—Pero usted, ¿qué cree? ¿Es cierto?

—Yo no creo nada. Tal vez sea un hombre temible, pero me parece que no para mí o para las personas como nosotros. En todo caso, eso es asunto de la policía. Ahí viene. Buenas noches, Maxi. Queríamos preguntarle si puede completarnos una partida de *póker*. Estos amigos son Tom Hillegon y Robby Sharlok.

—¿Cómo están ustedes, señores? —sonrió Maxi con extrema cortesía—. Desde luego, Johnny. Ya sabe que todo en esta casa está a su disposición y a la de sus amigos. Si lo desean, yo mismo puedo completar esa partida. En realidad me hacen un favor: empezaba a aburrirme.

—Pues entonces —repuso Robby—, ¿a qué esperamos? Supongo que tendremos alguna mesa en la sala de bacarrá.

Siguiendo a Maxi, los otros tres penetraron en la sala. Efectivamente, quedaban algunas mesas de *póker* desocupadas.

—¿Brandy?

—*Whisky* mejor —prefirió Tom.

El camarero voló a cumplir la orden que no había llegado a dársele, y al momento regresaba con varios mazos de naipes y con los servicios de *whisky* que dejó en una mesita adyacente.

La partida empezó. Sentado frente a Maxi, Johnny barajó las cartas con torpeza. Robby sonrió disimuladamente al advertir lo poco experto que el otro era, y tomó otro de los mazos. Eran cartas nuevas, precintadas de fábrica.

—¿Prefiere ésas? —preguntó Johnny cortésmente, dejando en el acto las que él mismo había tomado.

—Oh, me es igual.

—Pues entonces ésas —contestó Johnny.

Y en seguida hizo apartar los demás mazos.

—¿Sale el más alto?

—Muy bien. ¿Qué les parece un «resto» de cinco mil? —preguntó mirando a Johnny al tiempo que sacaba su cartera y empezaba a separar los cinco billetes.

Los demás le imitaron, depositando los veinte mil dólares sobre la mesa. Maxi volvió a llamar entonces al mozo, y le ordenó cambiarlos por fichas.

Levantó las cartas, y sacó la dama de diamantes. Imitándole, Tom y Robby sacaron el *póker* de trébol y el diez de diamantes.

Johnny las levantó a su vez. Era el siete de pick, la más baja de todas.

—Usted da —dijo. Y empujó las cartas hacia Maxi Vendell.

A la sala de bacarrá, donde reinaba una atmósfera silenciosa y recogida, llegaba el agitado murmullo exterior de las mesas de ruleta.

—Hagan juego, señores…

—Hagan juego, señores…

Sara Huntington hizo sus «puestas». Diez al 7, pleno; treinta a «caballo» con el 8; diez al 8; doscientos a la primera columna; doscientos al encarnado.

Pasaba el tiempo sin que el azar se inclinara decididamente en contra o en favor suyo. Tan pronto estaba ganando mil dólares, como la suerte cambiaba haciéndola perder unas cuantas bazas seguidas y quedaba casi sin fichas. Pero no tenía necesidad de cambiar de nuevo: en seguida volvía a ganar.

A su alrededor, la fiebre de los jugadores crecía conforme

avanzaba la madrugada.

A veces, de alguna de las mesas vecinas, surgía la voz del croupier monótona y aburrida, insensible al estupor que provocaba:

—Cero.

Y un coro ininteligible, algo parecido a un colectivo sollozo contenido, se elevaba entre los «puntos».

La banca ganaba. La raqueta del croupier, color castaño, barnizada, se alargaba sobre el tapete verde y barría los montones de fichas de las treinta y seis cuadrículas. Rojo, negro, plenos, mayor y menor, todo pasaba a poder de la banca.

Y la ruleta, fría, acerada, silenciosa, seguía girando.

Sara Huntington estaba ganando en aquel momento y jugaba con cierta euforia. En los escasos momentos en que la pasión del juego le permitía cierta lucidez, se preguntaba con extrañada sonrisa interior, por qué le importaba tanto unos centenares o millares de dólares ganados allí, si era una cantidad que ella podía permitirse tirar en cualquier fruslería. Pero era el dinero del juego; era el desafío al azar; era algo en que su temple contendía con aquella bolita saltarina y enloquecida que parecía hacer guiños a los jugadores burlándose de ellos, de su expectación y de sus ansias.

Si Sara Huntington hubiera sido un hombre en vez de ser una mujer, habría descubierto una profunda semejanza entre sus sentimientos al mirar aquella esferita blanca, y lo que un hombre experimenta cuando se acerca por vez primera a una mujer hermosa y deseada. Era la misma interrogación, el mismo temor y la misma esperanza.

La ruleta giraba locamente; la blanca esferita de marfil botaba entre el acerado varillaje; la gente miraba ansiosa; el croupier permanecía impertérrito como una estatua de sal.

En la mesa se hizo un súbito silencio, del que se levantó flemática la voz del hombre:

—Once, negro, impar, falta.

El momentáneo silencio se turbó con una explosión. No era posible distinguir las exclamaciones de los fracasados, de las más agudas de los afortunados.

Sara enarcó las cejas mostrando un ligero desconcierto. Estaba segura de que iba a salir el 7.

—¡Por qué no jugué a «menor»! —se dijo para sí.

Era una necia: había cubierto todas las posibilidades del 7 y del 8, menos jugar a «falta». ¿Cómo no se le había ocurrido hacerlo?

La raqueta del croupier barrió las «puestas» y pagó a los ganadores. Y la voz volvió a sonar.

—Hagan juego, señores…

Sara vio cómo se llevaban sus fichas, y empezó a cubrir de nuevo los mismos números. ¡Estaba segura de que tenía que salir el 7! ¡No había salido en toda la noche!

Y otra vez se produjeron los murmullos ansiosos y excitados; y de nuevo les sucedió un silencio ominoso cuando la vez del croupier pronunció la eterna frase sacramental de «no va más»; y otra vez saltaron las válvulas contenidas de la gente.

—Cero.

Sara miró las fichas que le quedaban. Sólo una de veinte. Era bonito su color encarnado, con aquellos dos círculos concéntricos dorados.

Sus hermosos labios se plegaron burlándose de sí misma, al darse cuenta de que se dejaba llevar por el apasionamiento, y recordó las palabras de Johnny. «No conviene apasionarse demasiado cuando se juega, Sara».

Johnny… Él siempre le daba suerte… Johnny… Era maravilloso… ¿Por qué los hombres como él eran inalcanzables, y una tenía que casarse al fin con los otros, con los que eran tan terriblemente buenos y aburridos como Tom? Johnny… Nunca había sabido exactamente nada de él, nunca hacía una confidencia como no fuera en un tono de burla que la desmentía. ¿Sería cierto lo de sus pozos de petróleo? Él perdía mucho cada vez que jugaba… y jugaba siempre… Forzosamente debía ser rico para perder tanto, y sin embargo… Sara Huntington sonrió entregada a sus pensamientos, sin darse cuenta de que la ruleta iniciaba otra vez su veloz girar. Volvió a la realidad. Alargó la mano, y depositó su última ficha de veinte en el número 11.

Era el número en que él le había dado suerte al llegar. Ahora… ¡Ahora sí que estaba segura de que saldría aquel número!

Miró a otro lado, y pensó con fijeza… «Once, once, once, once…»

—Once, negro, impar, falta.

—¡Estaba segura! Casi se echó a reír sin preocuparse de la gente

que tenía alrededor. ¡El once! ¡Un pleno con veinte dólares! ¡Volvería a jugar al mismo número, y…!

Pero ¿qué hora era ya? ¡Las cuatro de la madrugada! ¡Esos tres debían estar locos, no dándose cuenta de lo tarde que era! No jugaría más. Iría a espabilarlos.

Recogió los setecientos dólares en fichas que le alargaba el croupier, y se abrió paso entre los «puntos» que se apretujaban alrededor de la mesa.

Cuando pasó a la sala de bacarrá y se acercó a ellos, que estaban embebidos en el *póker*, vio inmediatamente el gran montón de fichas que se alzaba en el lugar de Maxi Vendell.

—¿Cómo os va? Tú estás perdiendo, Johnny.

—Un poco, sí.

—¿Y tú, Tom?

—También un poco. Míster Vendell está de suerte esta noche, ¿verdad, Robby?

—Es un buen jugador, debemos reconocerlo. Pero además le están yendo unas cartas magníficas. Usted da ahora, Johnny.

—Es muy tarde —sugirió Sara—. Vámonos ya.

Johnny abandonó las cartas que acababa de coger, y las empujó haciendo intención de levantarse.

—Creo que sí, que es un poco tarde.

—Oh, espera sólo esta baza —pidió Robby—. Dé usted, Johnny. La última, Sara, y nos vamos, ¿quieres?

—Bueno, pero la última.

Johnny volvió a coger los naipes y empezó a barajarlos. Era sorprendente que un hombre con fama de jugar tanto, no fuera más experto en el manejo de una baraja, pero las manos de Johnny parecían carecer de flexibilidad. Barajaba despacio, de manera que el más torpe podría seguir con los ojos el movimiento de todos los naipes.

—Corte, Tom…

Tom obedeció, y Johnny empezó a repartir las cartas sirviéndose por fin él mismo. Esperó el descarte.

A su derecha, Robby pidió una carta. Maxi, descartándose de cuatro, se quedó con una sola. Tom se declaró servido. Johnny se descartó de dos.

—Cien dólares —dijo Robby, empujando una ficha al centro de

la mesa.

Dejando sus cartas sobre el tapete, Maxi lo «vio».

—Y cien más.

Tomando la palabra, Tom depositó dos fichas de cien y empujó todo lo que le quedaba.

—Mi resto.

Las caras de los cuatro hombres eran cuatro máscaras impenetrables. Johnny ojeó sus cinco cartas, y con elegante movimiento las arrojó al tapete.

—No voy.

No hubo ningún comentario ni una sonrisa. Tras Johnny, Sara procuraba no mirar para evitar que alguien pudiera leer en su expresión el juego del «punto».

Robby empujó su montón de fichas.

—¿Cuánto es tu resto, Tom? ¿Dos mil? —preguntó.

Y al ver el signo de asentimiento, contó sus fichas de cien y dejó veinte en el «po».

—Usted tiene la palabra, Maxi.

—Lo veo —contestó el impenetrable «gángster», sumando sus fichas a las anteriores.

Sara miró ahora. Había seis mil doscientos dólares sobre el tapete, y aquellos hombres de rostro pétreo iban a descubrir su juego. Sintió que su corazón latía con fuerza.

—Me parece, señores, que el juego es mío —dijo Robby apaciblemente al tiempo que descubría sus cinco cartas—. *Poker* de Reinas.

—¡Qué juego! —exclamó Sara—. ¿Qué tenías tú, Tom? No puedes tener nada mejor.

—Un simple trío de ases —rió Tom—. Quise asustarlos. ¿Y usted, Maxi?

El «gángster» volcó sus cartas hechas un paquete y fue separándolas una a una. El siete de pick, el siete de corazones, el siete de diamantes, el siete de trébol.

—Otro *póker*…, pero el mío es de Reinas.

Completando el movimiento de sus dedos, Maxi Vendell descubrió la quinta carta.

Un comodín.

—*Poker* Real.

—Lo siento, caballeros.

Robby, que había estado a punto de recoger las fichas, retiró sus manos echándose a reír.

—¿Qué te parece, Sara? ¡En mi vida he tenido mejor juego en mis manos, y viene Maxi… y me lo quita! Es usted un hombre de inmensa suerte, Vendell —añadió, levantándose—. Pero espero jugar una revancha otro día.

—Cuando ustedes gusten, caballeros. El «The Gay Madness» les pertenece desde hoy.

Hacía frío en la calle cuando salieron dirigiéndose a los coches. Un momento hablaron antes de entrar. Luego, Johnny se despidió de ellos dejando que Tom acompañara a Sara, y penetró en su «Nash» solo. También Robby entró sólo en su coche, y los tres automóviles se alejaron por distintas calles bajo la oscura madrugada.

Pero pocos minutos más tarde el «Nash» de Johnny volvía a detenerse por la parte de atrás, y su propietario entraba en el edificio por la puerta del garaje. Subió las escaleras privadas, y llegó al segundo piso sin pasar por el *cabaret* ni por las salas de juego. Unos segundos después entraba en el enorme despacho-sala de Maxi, y se dejaba caer en un sillón frente al «gángster».

Sin perder el tiempo en palabras, Maxi se levantó y retiró un pequeño cuadro de la pared, dejando al descubierto la redonda boca de una portezuela de acero. Abrió la caja blindada moviendo la combinación, y extrajo un fajo de billetes.

—Toma, Johnny, los cinco mil que has puesto tú.

Johnny los cogió y esperó. Maxi dio entonces señales de no encontrarse a gusto.

—¿Quieres alguna otra cosa, Johnny?

Johnny sonrió burlonamente enarcando una ceja.

—Esos necios han dejado siete mil cada uno.

El rostro de Vendell se contrajo como si le hubieran insultado.

—Sí —contestó con cierta sequedad—. Aproximadamente. Pero eso no es cosa tuya.

—¿No? A veces no sé si eres tonto, o crees que lo soy yo. ¿De veras te imaginabas que iba a dejarte para ti los catorce mil dólares?

—No te doy un sueldo semanal para que hagas esto.

Johnny se echó a reír de una manera grave, pero insultante.

La bufanda de seda contrastaba con su blancura entre el cuello negro del abrigo de etiqueta.

—No supondrás que vivo con mil a la semana, ¿eh? Eso me lo das para que te traiga gente, pero ¿no te parece que sería demasiado imbécil si después de ser yo quien ha desplumado a esos «pajaritos bobos» te dejara para ti las ganancias? No comprendo cómo se te ha podido ocurrir siquiera. Te pido poco al exigirte siete mil. Han sido mis manos las que han gobernado el juego, y si continúas regateándome las ganancias acabaré por no traerte aquí a nadie más. Me fastidia discutir sobre dinero, Maxi. Soy muy… delicado.

Maxi Vendell pareció recapacitar un instante.

Luego volvió a la caja blindada y sacó nuevos billetes. Contó siete y los echó hacia Johnny.

—No perdonas ni un centavo, ¿eh, Johnny?

Johnny cogió el dinero y lo guardó con el anterior.

—Es en lo único que tú y yo nos parecemos, Maxi —dijo levantándose y disponiéndose a salir—: En que ninguno de los dos perdonamos un centavo.

—Adiós, Maxi.

—¿No olvidas a…?

—No. No olvido a Berta Evermore. Adiós.

CAPÍTULO IV

Tenía abierto A librito de direcciones delante de la muchacha. Había un centenar de nombres de mujer seguidos por la dirección y el teléfono.

Sin ninguna prisa, pegado el oído al auricular auxiliar del teléfono, atendía a las comunicaciones que la muchacha establecía. Escuchó la respuesta del otro lado, y cortó sin dar ninguna explicación. Inmediatamente marcó el número siguiente.

—Diga… —Sonó la voz de un hombre.

—Deseo hablar con la señora Lavertress —pidió la muchacha—. Aquí, *miss* Berta Evermore.

La muchacha, vestida con modestia y de aspecto poco distinguido, miró a Johnny buscando su aprobación.

—Dígame… ¿Quién dice que es?

—Hola, Mina, soy Berta. ¿Cómo sigues, querida?

—¿Berta? ¿Qué Berta?

—¿Tan pronto me has olvidado? Berta Evermore.

—Pero… Me parece que sé ha confundido… No recuerdo…

Los dedos del hombre cortaron la comunicación, y marcaron el número siguiente. Y otra vez la muchacha, un poco nerviosa por lo sorprendente del proceder masculino, volvió a preguntar:

—¿Está *miss* Chayle? Haga el favor de avisarla de parte de *miss* Berta Evermore.

Johnny, paciente y filosófico, escuchaba tranquilamente.

—Diga… ¿Quién dice que es? —Sonó una voz femenina que Johnny conoció en el acto—. ¿Berta Evermore? Pero… Oh, desde luego que la conozco, que he oído hablar de usted, pero no recuerdo dónde.

Sin esperar a que concluyera, Johnny cortó y procedió a marcar otro número.

Siguieron así largo rato, llamando uno a uno a todos los

teléfonos de las amigas que Johnny tenía anotados.

Al parecer casi todas conocían a Berta Evermore, pero ninguna tenía relación con ella.

Los dedos del hombre discaron de nuevo, y la voz de mujer hizo la pregunta:

—¿Está *miss* Arlington? De parte de *miss* Berta Evermore.

—Un instante, *miss* Evermore. Voy a avisarla.

Tardó unos segundos en volverse a escuchar la voz al otro lado. Era una voz fresca de mujer.

—Hola, Berta, querida —saludó en seguida—. Precisamente iba a telefonearte para hablarte de la fiesta de esta noche. ¿Prefieres que…?

La muchacha no pudo seguir oyéndola, porque Johnny, que se había incorporado con interés, acababa de cortar la comunicación y se ponía de pie.

—Muchas gracias, señorita —le sonrió entregándole discretamente un billete de cincuenta dólares—. Me ha hecho usted un señalado favor. La quedo muy reconocido.

—Oh, gracias… Pero no comprendo para qué…

—No importa. No importa.

Le vio atravesar por entre las vacías mesas del interior, cruzar el bar y salir a la calle.

La muchacha se encogió de hombros apretando entre los dedos el billete de cincuenta. Los hombres… ¡Qué seres más extraños eran!

—Hola, Peter. ¿Me recuerdas todavía?

—Claro que le recuerdo, señor —sonrió el viejo y correcto mayordomo de los Arlington—. *Miss*. Anna se alegrará mucho de verle, señor.

—Pues no pierdas el tiempo, y avísala que estoy aquí… muy impaciente.

—En seguida, señor. Tenga la bondad de aguardar un instante.

Ya casi había olvidado los lujosos decorados de aquella regia casa que tanto visitara en un tiempo. Mientras esperaba, Johnny Molnar echó un fugaz vistazo dirigiéndose en derechura al señorial mueble-bar que había junto a la amplia chimenea.

Al margen del asunto que allí le llevaba, le producía una cierta satisfacción encontrarse allí. Era como si, en cierto modo, se quitara

uno o dos años de encima. No es mucho uno o dos años, pero cuando se vive de la forma que él los vivía, suponían un plazo considerable.

Por el gran espejo de la chimenea se dio cuenta de que ella había entrado y estaba en la puerta mirándole. Pero no hizo ningún movimiento, y continuó sirviéndose el *whisky* en el vaso de high-ball.

Se sabía perfectamente vestido, y no ignoraba que en aquella postura ofrecía una imagen que cualquier muchacha miraría con agrado. Era conveniente permitirla que le observase…, y darle así tiempo para recordar. Es mucho más fácil conseguir uno lo que quiere de una mujer, si le permite que su imaginación coopere trayéndole a la mente recuerdos nostálgicos.

Por fin la voz de ella sonó como él deseaba oírla. Suave, cálida, plena de lejanas reminiscencias.

—Johnny…

Se volvió fingiendo sorpresa, y se la quedó mirando con expresión a un tiempo inocente y encantada. Con calculado movimiento maquinal, olvidó el vaso sobre la mesita y avanzó hacia ella lentamente, sin pronunciar una palabra, mirándola como si se hallara preso de algún embrujo.

Así llegó hasta la muchacha, que sonreía mostrando sin fingimientos su alegría de verle.

Alargó su mano para tomar la de ella, y la saludó poniendo en su voz toda la sencillez del mundo.

—Hola, Anna.

—¡Oh, Johnny, qué alegría de verte! No has cambiado nada, nada absolutamente. Casi dos años que no te veo. Pensé que me habrías olvidado.

Johnny la tomó del brazo conduciéndola hacia el diván que había ante la chimenea, y se sentó despacio en una butaca, acercándose a ella.

—Sí, dos años… —dijo sonriendo con nostalgia—. Muchas veces he pensado venir a buscarte y me he arrepentido. Hoy he pasado cerca de aquí, y de repente, sin saber cómo, me he encontrado en tu puerta. Era una fuerza irresistible.

—Siempre has sido igual de loco e impulsivo —rió ella complacida—. Se te ocurre una cosa, y tienes que hacerla en el

acto…, de lo contrario, la olvidas.

—A ti no te he olvidado nunca… Oí que te casabas. ¿Es cierto?

Ella agitó la cabeza con los ojos ligeramente entornados. La corta melena de su pelo castaño brillaba como una copa de coñac viejo.

—Sí, Johnny. Me caso dentro de unos meses.

Johnny se dejó caer hacia atrás en su sillón, muellemente abandonado.

—Sentí una cosa extraña cuando me enteré. Aquella chiquilla caprichosa y testaruda que me entusiasmaba con sus arrebatos…

La risa de Anna sonó en el amplio salón suavemente alegre y argentina.

—Oye, Anna… ¿Y si traicionaras hoy a tu novio?

—¿Traicionarle? —rió de nuevo ella.

—Sí —contestó Johnny componiendo un gesto cómicamente dramático—, traicionarle… ¿Y si me acompañaras esta noche a cenar? Podríamos ir a Mocambo.

—Oh, Johnny, me es imposible.

—¿Por qué? Quizá tengamos ya muy pocas ocasiones de volvernos a ver. Me gustaría poder recordar esta noche aquellos días maravillosos que ya pasaron.

Anna se reía escuchándole. Las palabras de Johnny hacían surgir en su memoria episodios ya pasados, que un día la conmovieron y la hicieron sentirse feliz.

—También a mí me gustaría, Johnny —murmuró—. Pero no puedo. No es lo que supones. Oh, no…, mi prometido no es nada celoso… Pero «no me queda más remedio que asistir esta noche a una fiesta».

—Oh, ¡una fiesta! ¡Déjala!

—Si no puedo, Johnny. Di mi palabra de ir. La única solución sería…

—¿Cuál?

—Es inútil. Te aburrirías mortalmente. De sobra sé que esa clase de fiestas te resultan insoportables.

—Déjala, Anna. Ven conmigo. Cenaremos y bailaremos. Y hablaremos de ti. ¡Es el tema que prefiero!

—Imposible. He de ir a esa fiesta. ¿Por qué no me acompañas? Iré sola.

Johnny pareció desesperado.

—¡Una fiesta! —exclamó—. Un montón de hombres y mujeres fingiendo que se divierten y muriéndose de tanto bostezar interiormente. Una vecina de mesa que te fastidia con unos relatos insulsos… ¿Hay juego?

La risa de Anna sonó impulsivamente.

—¡Pero es que no has cambiado nada! ¿Todavía no te has arruinado? No, Johnny, no hay juego. Escucha: ven conmigo, estaremos allí solo el tiempo preciso, y luego, en cuanto podamos, nos escaparemos y vamos donde tú quieras. ¿Te parece bien?

—¿No hay otra solución?

—No, Johnny, no hay otra.

—Entonces…, ¡qué remedio! ¿A qué hora vengo a buscarte?

—La cena es a las once. Te espero a las diez y media. Estaré preparada y no tendrás que esperar.

Eran las doce de la mañana cuando Johnny salió de la casa de los Arlington y, subiendo a su coche, condujo hacia el norte.

Otro hombre cualquiera se hubiera dicho extrañado: «No sé lo que ocurre…», pero Johnny sí lo sabía. Lo sabía cómo él solía saber las cosas: sin reflexión, sencillamente porque era algo que le entraba por los ojos de igual manera que la luz.

Mientras conducía hacia Van Cortland iba sonriendo, pensando en la nevada que había caído ocho días atrás. Era gracioso cómo una cosa completamente exterior podía influir en la vida de un hombre. Sin la nieve, la muchacha no se hubiera caído, él no habría, estado a punto de matarse, y no se conocerían siquiera.

En cambio ahora… Se rió alegremente. ¡Qué distinto era cuando estaba con ella a como cuando estaba entre los demás! Sobre todo, le hacía gracia la terrible ingenuidad de Lida, que a sus ojos era tan transparente como la atmósfera.

Johnny sabía que era eso sobre todo lo demás lo que le había capturado desde el primer instante, desde el momento que la vio tan insignificante y desamparada caída en la cuneta; desde que la tomó en sus brazos para llevarla al coche, o desde que ella, tan dignamente, había pretendido pagar los desperfectos del coche con trescientos dólares que eran toda su fortuna.

Le encantaba estar con ella sin estar meditando incesantemente con una segunda intención; le agradaba, tomarla del brazo y,

cuando ella se ponía un poco sentimental, obligarla a callarse diciéndole: «Charlas demasiado».

Con dificultad contenía la risa al percibir el mohín de rebeldía de Lida.

Dejó Harlem atrás y pasó al continente. Poco después se internaba en Van Cortland Park y se detenía en la pequeña población de hotelitos, delante de la escuela. Aún se veían algunas pequeñas salir corriendo del jardín, con sus blancos delantales y un tremendo libróte de cinco o seis hojas, orgullosamente ostentado bajo el brazo o en la mano.

Empujó la puerta sin llamar y entró en el rectangular y claro vestíbulo de la vivienda.

No había nadie. Por la ventana de cerrados cristales que las cretonas adornaban, penetraba la matizada, y blanca luz que reflejaba la nieve exterior.

Johnny se sentó en uno de los sillones tapizados con la misma cretona de las ventanas, y se dejó estar en silencio echando la cabeza hacia atrás. Le agradaba permanecer así en aquel lugar, sabiendo que Lida debía estar en alguna de las habitaciones de dentro, muy cerca de él. Sí: era agradable quedarse así quieto, con los ojos entornados, olvidado por unos maravillosos segundos de sus habilidades y de su astucia:

Quedó tan verdaderamente abstraído, que no percibió los suaves pasos que se deslizaban sigilosos sobre la alfombra. No se dio cuenta de nada, hasta que sintió rozando los suyos unos labios suaves y cálidos.

Entonces sonrió y, sin abrir los ojos, alargó los brazos y tomó entre sus manos el cimbreño talle. La hizo sentarse sobre sus rodillas, acurrucada entre sus brazos como una pequeña muchachuela mimosa. Era una honda y grata sensación el imperceptible roce de su pelo.

—Toda la mañana estuve pensando que vendrías temprano —murmuró Lida—. Estaba segura… No me ha extrañado nada verte ahí sentado cuando entré. —Calló un instante apretando su mejilla contra la del hombre, y musitó luego—: Esta tarde no tengo trabajo. ¿Tenías ganas de verme?

—¡Terribles! —sonrió Johnny—. Cámbiate, y vámonos. Pasaremos la tarde juntos. Anda, date prisa —concluyó tomándola

en brazos al levantarse de su asiento, y dejándola de pie en el suelo.

—¿Y me llevarás a cenar?

—Cámbiate y no hagas preguntas.

Lida escapó riendo. Se sentía feliz. Era maravilloso que a ella la hubiera ocurrido una cosa así.

Se puso su mejor vestido, cambió los zapatos de chico por otros negros de alto tacón, examino críticamente la costura de sus medias levantándose la falda para verse hasta arriba en el espejo, y cogió el entallado abrigo. No se lo puso porqué la gustaba que fuera él quién se lo sostuviera mientras ella metía los brazos, porque luego él la cogía por los hombros y la besaba en el cuello bajo la oreja.

Así ocurrió, igual que los días anteriores.

Aquella tarde sería inolvidable para Lida. Pero ¿qué tarde no era inolvidable para ella desde aquélla en que se conocieran?

Luego, al regresar a su casa y despedirse de él, volvería a revivir todo lo ocurrido, cada gesto, cada palabra, cada caricia.

Con los ojos abiertos en la oscuridad de su pequeño cuarto de soltera, todo silencioso en la diminuta escuela donde vivía sola, Lida sonreía feliz saboreando cada minuto de aquella noche.

Él había preferido ir a Albany, escapando del tumultuoso ajetreo de Nueva York. Los campos estaban blancos, y los pinos se alzaban inmóviles ante la ventana del «parador» donde habían almorzado. Lida se había asustado al ver el total de la cuenta.

«Debe ser rico…», había pensado. Y ese pensamiento la había entristecido un poco.

Luego… Habían pasado la tarde como dos colegiales en vacaciones.

Lida dio una vuelta en la cama.

¿Por qué no había querido él que cenaran juntos? Parecía tener prisa aquella noche… ¿Por qué?

Suspiró profundamente, y entornó los ojos.

—Johnny… —musitó apretando la mejilla contra la almohada —. No existe nadie como tú, aunque te rías y te burles de mí cuando te lo digo. Estoy segura de que… ¡serías capaz de morir antes de cometer una acción infame! ¡Porque eres el hombre más noble del mundo!

Heridos por la luz de las arañas, los brillantes de sus pendientes lanzaron destellos azules cuando levantó la cabeza mirando a

Johnny. También sus dientes brillaban entre la reseda encarnada de sus labios.

—Y ahora no tendrás más remedio que aceptar tu suplicio hasta el fin, Johnny —rió—. Tendré que presentarte a todos estos amigos.

Johnny la ayudó a despojarse de su capa de armiños, y se quitó a su vez el abrigo y el fieltro negro entregándoselos al criado.

—Te demostraré que tengo madera de héroe —bromeó—. Me verás sonreír toda la noche aunque tenga que charlar con la anciana más pintada o con el potentado más gordo. De vez en cuando te miraré para que mis ojos se desquiten contemplando tus hombros.

Algunos invitados se inclinaban saludando al pasar ante Anna Arlington, y ella les contestaba. Rió de las palabras de Johnny tomando su brazo para entrar en el salón.

—Podrás «desquitarte» contemplando los hombros de muchas muchachas bonitas esta noche, Johnny. No todas serán ancianas ni todos gordos. Pero temo que, a pesar de eso, no te diviertas demasiado… Hola, Luckie, querida, estás guapísima… ¿Conoces a Johnny Molnar? Luckie Barfield.

—Hola, Johnny —saludó Luckie sonriendo como si le conociera desde la niñez—. ¿Anna te ha obligado a venir?

—En cierto modo —sonrió él—. Le pedí que se fugara conmigo…, y no quiso.

—¡No lo creo!

Y Anna y ella se echaron a reír al mismo tiempo. Era una muchacha muy joven, con el pelo rubio airoso y hueco, que movía la cabeza con la gracia de un pájaro nervioso. Poseía la tranquila naturalidad de las personas que han nacido y vivido siempre en medio de un firme ambiente de riquezas. Pero aquella clase de naturalidad, la poseían todos los que en aquellos momentos se encontraban en el salón.

Anna se lo llevó abandonando a Luckie. Le miraba burlonamente, de reojo.

—¿No es bonita?

—Un barquillo con «*chantilly*».

—Hola… Hola, hola… Sigue, Johnny, no te pares. Quiero presentarte a Miria Simmons. Es la dueña de la casa, pero no sé dónde se mete. He tratado de convencerla de que los buenos modales exigen que espere a sus invitados a la puerta, pero creo que

la importan poco los «buenos modales».

Avanzando junto a Anna por entre la multitud de invitados que llenaban el salón, Johnny se alegró de que no se detuviera a saludar a cada uno de sus amigos. Hubiera sido no acabar nunca.

Él miraba con indiferencia tratando de descubrir la mujer que se pareciera a aquel recorte de periódico que llevaba en el bolsillo interior de su «*smoking*».

Saludó a Miria Simmons. Una mujer de edad avanzada, tres veces viuda, que se empeñaba en seguir siendo el centro de la juventud y se gastaba su gran fortuna en obligar a sus amistades a llenar su casa.

Todo el tacto diplomático de Johnny fracasó con la anciana y coqueta señora: le era imposible despegársela.

Durante media hora tuvo que permanecer a su lado sonriendo y saludando a hombres y mujeres. Aquello era interminable e insoportable.

Consiguió por fin ver de nuevo a Anna Arlington, y la pidió socorro con los ojos. Ella se echó a reír, pero se acercó.

—¿Me dejas que baile con Johnny, Miria? Anda, Johnny, sacrifícate un poco.

Anna temblaba de risa entre los brazos de él, mientras bailaba el «blue» pasando bajo la orquesta.

—Oh, Johnny. Nunca te he visto tan perdido e indefenso. ¡Pobre Miria! Es muy capaz de empeñarse en bailar contigo y no soltarte en toda la noche. Ahora te lloverán invitaciones suyas, ya verás… Ja, ja, ja…

—Eres una mala amiga, Anna. ¿Dónde te has metido? No hacía más que mirar buscándote, pero no aparecías por parte alguna.

—¿No te lo dije? Estuve charlando un momento con Berta Evermore y Samy Kennedy. ¿No los conoces?

Johnny tuvo que dominarse para no soltar una maldición contra la oficiosidad de la dueña de la casa, que así le había privado de aquella ocasión.

—No —contestó distraídamente—, no sé quiénes son.

—¿De veras? Pues cuando la veas sentirás no haberla conocido antes. Berta es la mujer más bonita de Nueva York, y Samy… —Se echó a reír—. Samy es todavía peor que tú, Johnny. Se van a casar.

—¿Peor que yo? —se indignó Johnny burlonamente—. ¿Y qué

es lo que tengo yo de malo?

—Que sólo eres verdaderamente feliz cuando te sientas ante una mesa de juego, o cuando puedes poner mil dólares a un caballo. Pero tú al menos eres capaz de levantarte de la mesa de juego o de marcharte del «tuí» si tienes un compromiso en otra parte. Samy lo olvida todo cuando juega. Acabará arruinándose.

—Un hombre interesante. Parece que te entristece. ¿Estás enamorada de él?

—Soy amiga de Berta. Verdadera amiga. Y ella lo quiere. Temo que la va a hacer desgraciada. Mira: ahí están. ¿Quieres conocerlos?

¿Que si quería? Pero Johnny no se precipitaba nunca. Le gustaba jugar sus cartas en el momento oportuno y de la forma más magistral.

—¡Oh, no, no me presentes a nadie! Esta noche sólo quiero estar contigo, sólo deseo poder rodear tu talle y mirar tus ojos, Anna.

La muchacha le miró con las pestañas levemente entornadas y un ligero temblor en los labios. Suspiró.

—Eres como un vino traicionero, Johnny: te subes a la cabeza sin que una se dé cuenta… Prefiero… no correr riesgos… Ven. Voy a presentarte a Berta.

—Por favor, Anna.

Anna se echó a reír. Era una risa burlona y frívola, en la que temblaba una reminiscencia pasada; era como si en el cristal de su risa palpitara un recuerdo.

—Ven, Johnny.

Johnny se encontró de pronto ante la mujer que deseaba conocer. «Berta Evermore…», pensó, mirándola. Sí: era hermosa. Una belleza distinta a la mayoría de las muchachas allí reunidas. A pesar de que no podía contar más de veinte, o veintidós años, había en ella un sosiego y una serenidad que hacían pensar en una mujer madura.

—¿Te he hablado alguna vez de Johnny Melnar, Berta? —preguntó Anna—. A él acabo de hablarle de ti. Y también de ti, Samy.

—Sí —dijo Johnny sin extender su mano—: Me decía que se casan ustedes y que son muy amigos.

Berta sonrió y su rostro ligeramente grave se tornó luminoso. Instintivamente, Johnny comprendió que no debía extremar su

galantería con aquella mujer. Vio su pelo de color cobre peinado con naturalidad, el cutis de sus hombres redondos y sus brazos desnudos que se movían con gracia.

Pero más que la indiscutible belleza de la muchacha, era su expresión, la expresión de todo su cuerpo, lo que la hacía destacarse en el acto entre las demás. Vagamente, Johnny pensó que si todas las otras jóvenes que en el salón se reunían parecían princesas, Berta Evermore parecía la reina.

—Anna me dijo antes que la había acompañado usted —dijo sin emplear el tuteo tan normal entre las personas de su edad.

—Y ahora te lo dejo mientras yo bailo con Samy —interpuso Anna—. Procura que Miria no os vea y te lo quite, si no quieres que Johnny muera de tedio. ¿Vamos, Samy?

Johnny le miró mientras Samy enlazaba a Anna para bailar. No había en el rostro del hombre ni un ligero rastro de satisfacción, ni siquiera un gesto de cortesía. Tomó a Anna con la misma actitud entre aburrida, resignada y afectuosa, con que pudiera haber tomado a su propia hermana.

Le llamó la atención toda la actitud de aquel hombre. Diríase que estaba hastiado de la vida, como si todos los placeres que pudiera encontrar fueran algo monótono que no incitaran su esperanza.

Johnny volvió sus ojos a los de Berta.

—¿Qué es eso que lleva en la mano?

Berta las levantó mirándoselas.

—No, no me refiero a usted, sino a su prometido.

—Oh, ¿esa sortija? Todo el mundo se fija en ella.

—¿Una sortija? Si parece una funda de oro.

—Sí, es muy ancha. Un capricho de Samy. Es tosca y fea, pero lleva un diamante sin tallar muy grande. Creo que es muy valiosa. —Se encogió imperceptiblemente de hombros—: A mí me parece horrible, pero Samy dice que le da suerte.

—Quizá sea así —sonrió Johnny ingenuamente—: Por lo menos, la conoció a usted.

No se podía decir que fuera burla lo que brilló en los ojos de la muchacha; hubo un fugaz destello.

—A mí me conoció antes de su viaje a Africa del Sur —contestó. Y Johnny pensó que era como si le hubiera dicho: «No se moleste en

decirme tonterías».

A pesar de su aplomo, se sintió desconcertado por un instante. Aquella muchacha estaba preocupada por algún asunto que la importaba mucho, y no prestaría atención a las futilidades de una charla con un desconocido. Comprendió que si se descuidaba quedaría como un pedante y un imbécil. Johnny la miró fugazmente.

«Bueno —pensó—, ha llegado el momento de ser completamente natural».

—Le ruego que dispense, pero no trataba de galantearla. ¿Quiere que bailemos?

—Si lo desea usted…

La tomó entre sus brazos mezclándose con las parejas que ya bailaban. Notaba el esbelto cuerpo de Berta obediente a sus indicaciones, moviéndose al compás de la música sin pronunciar una palabra.

¿Qué era lo que torturaba a aquella muchacha bella y rica? ¿Qué inquietud agitaba su espíritu dándole aquella expresión de angustia que, a pesar de sus esfuerzos, se reflejaba a veces en su semblante?

—¿Desea usted que la lleve junto a su prometido?

Berta pareció despertar y le miró con sus ojos oscuros. Sus labios se estiraron en débil sonrisa.

—No trate de penetrar en mi pensamiento —murmuró con tono en que se percibía el cansancio. Y al observar el gesto de él, un poco sorprendido por su respuesta, añadió casi amistosamente—: Perdone… Quizá usted no estaba intentando eso… No: no deseo que me lleve junto a Samy. Sigamos bailando si usted no está cansado.

Johnny obedeció sin volver a hablar.

Durante largo rato siguieron bailando sin cambiar una palabra. Luego, ella hizo intención de separarse.

—¿Quiere llevarme al bar?

Johnny la soltó ofreciéndola el brazo, y juntos salieron de la sala penetrando en el pequeño saloncito donde el bar estaba montado. Allí, Berta se volvió a él sonriéndole amistosamente.

—Gracias.

—Soy yo quien debo dárselas.

La sonrisa de la muchacha se acentuó. Era entonces cuando se

advertía claramente lo joven que era.

—No —dijo—. Yo debo dárselas a usted por… no intentar aturdirme con su charla. Ha sido usted muy amable aceptando mi silencio. Ahora perdóneme.

Se alejó de él dirigiéndose a un grupo de señoras, Johnny la miró un instante, y giró lentamente.

«Me va a costar trabajo hacer amistad con ella», pensó, mientras salía de nuevo a la sala grande.

Pero entonces meditó que quizá sería necesario. Miró alrededor intentando localizar a Anna y a Samy, y dio una vuelta por el salón. Al otro lado vio a la dueña de la casa. Estaba con dos muchachos muy jóvenes. Johnny tuvo tiempo de retroceder rápidamente antes de que Miria le reconociera.

Siguió buscando, pero no veía a Anna. Se dirigió hacia los balcones y entonces reconoció a Samy. La suerte, como siempre, estaba de su lado.

Se adelantó hacia él fingiendo no verle, y al llegar a pocos pasos esperó que un grupo de dos parejas que venían en sentido opuesto llegara a la altura de Samy. Calculó perfectamente la distancia para encontrarse con el grupo en el instante en que él quedaba junto a Samy, dándole la espalda como si no le hubiera visto.

Entonces, para dejar sitio al grupo, dio un paso de espaldas.

Lo había medido exactamente: el talón de su zapato oprimió algo blando bajo él. Johnny se volvió rápidamente:

—¡Perdone! Oh, es usted… Dispénseme. Estoy completamente atontado de tedio.

Samy Kennedy apenas le concedió una mirada.

—Bailó usted con Berta, ¿no?

—Sí. Ha quedado en el bar con unas señoras. ¿Y Anna?

Samy se encogió de hombros haciendo un ademán con la mano. «En algún lado estará», pareció decir.

—Quisiera convencerla para marcharnos de aquí. Esto es superior a mi paciencia —dijo metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón. Encontró una moneda de medio dólar; y la sacó mirándola distraídamente—. Usted tampoco parece divertirse mucho.

Los ojos de Samy Kennedy siguieron el vuelo de la moneda de plata en su corto giro por el aire. Johnny la recogió sobre una mano

tapándola con la otra.

—¿Cara?

—Perdió usted —contestó Johnny con indiferencia destapándola —: Cruz.

Y de nuevo se la metió en el bolsillo.

—¿Viene con frecuencia a esta casa?

De nuevo Samy se encogió de hombros.

—Tengo que acompañar a Berta alguna vez. Nos vamos a casar…, pero usted ya lo sabe. Es lo primero que nos ha dicho. La gente habla incesantemente.

Pasó un camarero con una bandeja de high-balls, y Samy le tomó dos.

—¿Quiere?

—No. Me voy a marchar. ¿Dónde estará Anna? Ayer perdí mucho y quiero ver si me desquito. Allí está.

Iba a salirle al encuentro, pero ya ella se dirigía al sitio en que estaban.

—¿Cómo te va, Johnny? ¿Muy aburrido?

—No te veo en toda, la noche. ¿Nos vamos?

—¿Dónde, Johnny? Estoy cansada.

—Te divertirás. ¿Has oído hablar de Maxi Vendell? Tiene una casa de juego.

Anna Arlington se echó a reír.

—Estaba segura de que acabarías así la noche. Pero no tengo ganas, Johnny. Puedes ir tú si lo deseas.

—¿Y dejarte aquí? No.

—¿Por qué? Me da pena que te aburras —rió—. Perdóname, me están llamando.

La miró alejarse entre los invitados, y se recostó contra los cristales del balcón con gesto tedioso. Entonces oyó junto a él una breve risa burlona. Era Samy.

—Anna es la mujer más virtuosa del mundo desde que está prometida. Se parece a Berta. Berta aborrece el juego. Siempre reñimos por eso.

—¿Sí? —preguntó Johnny sin el menor interés—. Muy curioso.

El tono de la respuesta era tan sutilmente desdeñoso, que Samy se sintió alterado.

—Parece que no me ha entendido usted. No trato de hacerle

confidencias.

—Lo celebro: no hay cosa que me fastidie más. La gente se imagina que sus problemas han de interesar a todo el mundo. —Miró la hora en su reloj de muñeca, y volvió a meter la mano en el bolsillo—. Las mujeres se asustan en seguida, en cuanto uno arriesga un centenar de dólares…

Notó el gesto de Samy al citar la cantidad, y comprendió que le molestaba que relacionasen semejante suma con él. A pesar de que aquel hombre mostraba en su rostro joven los estragos de quien está agotando la vida rápidamente, era indudable que su vanidad seguía despierta.

—Usted juega más fuerte, ¿no?

—No mucho —repuso Johnny con moderación—. No puedo permitirme el lujo de perder demasiado.

Samy pareció crecerse.

—¿Aceptaría usted una partida mano a mano conmigo? Digamos «abrir» con cincuenta dólares antes de descartarse.

—¿Y el «resto»?

—A su elección.

Johnny sonrió demostrando que la oferta de Samy lo tentaba.

—Pero no puede ser. Aquí no han puesto mesas.

—Podemos marcharnos.

—Imposible: he de llevar a Anna a su casa.

—¿A Anna? Que la lleve Berta, si no tiene aquí su coche. No se preocupe por ellas. Saben andar solas. Usted habló antes de una casa de juego.

Johnny miró detenidamente a aquel hombre. Le desilusionaba que todo le hubiera resultado tan fácil. Pensaba… Pero Samy Kennedy no pudo nunca saber qué era lo que estaba pensando el hombre que le miraba.

No pudo saberlo, porque no tuvo tiempo suficiente.

CAPÍTULO V

Quien sí pudo saber lo que Johnny Molnar pensaba mientras miraba a Samy en la casa de Miria, fue el capitán Allam Kray; sólo que éste ignoraba que lo había pensado en aquel momento.

Empezaba a anochecer, pero aún no había suficiente oscuridad para que urgiera encender las luces. En la difusa estancia, sentado en una de las butacas tapizadas de gruesa sarga multicolor, Kray pasaba sus ojos de la figura atlética y elegante de Johnny a los muebles que decoraban el lujoso «*living*».

Sobre el pequeño y bien diseñado bar adosado a la pared, dos filas de botellas entre algunas cocteleras.

Kray lo examinaba todo mientras el dueño de la casa servía dos generosos high-balls en sendos vasos. No era la primera vez que el capitán Allam Kray visitaba el domicilio de Johnny, pero siempre le asaltaban los mismos pensamientos: aquella casa amueblada por uno de los más caros decoradores de Nueva York, había costado una fortuna.

Johnny Molnar, que no poseía la menor fortuna, que no había trabajado en su vida, sostenía aquella casa que habitaba apenas alguna temporada al año.

Aceptó el
high-ball
que Johnny le tendía, y bebió un trago. Esperó a que el otro se sentara.

—Sé que has llevado a Samy Kennedy a la casa de Maxi, Johnny —dijo suavemente.

Johnny cruzó las piernas recostándose muellemente en su sillón. Parecía el símbolo de lo pacífico.

—Te equivocas, Kray —contestó blandamente—. Yo no «llevo» a nadie a ningún sitio. Si Samy va al «The Gay Madness» será porque él quiera.

—Tú lo has llevado, Johnny. ¿Cuánto te queda por eso?

En la semipenumbra sonó tranquila la risa breve y grave de Johnny.

—No debería permitirte entrar en mi casa, Kray.

—Algunas veces he estado pensando en ti, y…

—Eso resulta agradable —interrumpió Johnny, burlonamente—. Supongo qué te dirías: «Ese buen muchacho de Johnny Molnar, tan simpático…»

—Hasta ahora te vas librando —siguió Kray sin hacer caso de la interrupción—, pero algún día te verás envuelto en algo gordo que no podrás evitar. Creo que ese día se acerca, Johnny. Tú has llevado a Kennedy al «Gay». Y yo me pregunté qué hará Maxi cuando descubra que Samy Kennedy no tiene dinero.

—¡Qué demonios estás diciendo!

—Parece que pierdes la calma, ¿eh? La gente aún no lo sabe, pero Kennedy ha perdido más de lo que puede pagar. Ya se habría hundido si no fuera porque su prometida le ha dado cantidades enormes de dinero. Pero ya no puede seguir haciéndolo. ¿Tú conoces a Berta Evermore?

Johnny recordó la extraña y ausente expresión de la muchacha, y sintió piedad por ella.

—Sí.

—Muy hermosa. Dicen… y yo creo que es verdad, que es la mujer más hermosa y distinguida de América. Antes era muy alegre. Ahora está también al borde de la ruina. Toda persona tiene alguna desgracia —siguió diciendo—, y la de ella es… que está enamorada de Samy Kennedy.

—Todo eso no tiene interés para mí.

Kray se puso en pie dejando el largo vaso sobre el brazo del sillón. Se paró ante Johnny con las piernas Abiertas.

—Llévate a ese hombre de la casa de Maxi, y no le permitas que vuelva.

—¿Yo? ¿Por qué he de hacer yo eso? —contestó Johnny con violencia, poniéndose también de pie—. ¿Qué me importa a mí ese imbécil? ¿Crees que soy una niñera? Samy Kennedy es un hombre, ¿no? ¡Pues que cuide de sí mismo! Y si es cierto lo que dices, si es verdad que no tiene dinero… que ande con cuidado con lo que hace, porque Maxi Vendell no es de los que perdonan las deudas.

—A ti no te importa nadie que no seas tú mismo, ¿eh, Johnny? —dijo Kray con desprecio—. El hecho de que se asesine a un hombre no es cosa que a ti te preocupe, ¿verdad? Porque si Kennedy no paga, Maxi lo hará matar. ¡Y tú serás el verdadero asesino!

—¡Yo no tengo nada que ver, Kray! ¡Déjate de melodramas con los que nada vas a conseguir! Además —añadió con leve encogimiento de hombros—, yo no tengo por qué andar protegiendo a los demás. Cada cual que cuide de sí mismo. Y si tú crees que lo van a matar…, cuídalo… Para eso eres policía y cobras un sueldo del Estado. Pero no vengas diciéndome que soy responsable de lo que ese imbécil haga. Samy Kennedy… —murmuró con profundo desdén—. Si fuera hermano mío le rompería la cara por idiota.

Allam Kray se inclinó para recoger su sombrero, y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo diciendo:

—Hay hombres que escalan una casa para robar —dijo pausadamente—; otros asaltan un almacén o un Banco a mano armada, y algunos te esperan a la vuelta de una esquina y te clavan a tiros por la espalda… Pero tú, Johnny Molnar, ¡eres peor que ésos! ¡Tú eres el hombre más canalla, más miserable y más cerdo que he conocido en mi vida de policía!

En la semioscuridad que había invadido el «*living*», Johnny contrajo el rostro; luego, sus ojos se arquearon imperceptiblemente, y una mueca escéptica y burlona cruzó por su semblante.

Cuando el capitán Allam Kray cerraba la puerta tras él, Johnny, de pie en medio de la alfombra sosteniendo en su mano aún el high-ball medio acabado, dio media vuelta sonriendo apagadamente.

—Vámonos, Samy.

No hizo caso a la suplicante voz que murmuraba su nombre tras él. No tenía ojos ni oídos para nada de lo que le rodeaba, excepto para aquella redonda pieza niquelada que giraba, giraba, giraba sin cesar produciendo un sonido suave y engranado, y lanzando destellos brillantes bajo las luces del salón.

El hondo y potente murmullo de las exclamaciones, el apretujarse de la gente alrededor de la alargada mesa, el contacto de aquella mano de mujer que oprimía su brazo pretendiendo

arrastrarle, todo desaparecía para él.

Fichas de diez, de cien, de mil… Redondas fichas de colores que la oscura raqueta del «croupier» barría hacia la «banca» cada vez que la ruleta detenía su giro.

—Vámonos, Samy. Por favor, vámonos.

—¡Déjame en paz!

—Veintitrés, rojo, impar, pasa.

Veintitrés…, veintitrés…, veintitrés… Toda la noche había puesto algunas fichas al veintitrés, y ahora que dejaba de jugarle, salía.

El rostro de Samy Kennedy, sombrío, taciturno, entregado, reflejaba la sorda desesperación del hombre acorralado. Tres noches perdiendo sin cesar, tres noches marchándose de allí cuando los empleados del «Gay» empezaban a recoger y nadie quedaba… Miles…, miles…, miles… ¡Si tuviera una racha de suerte…, si cambiara la fortuna!

Vio desaparecer su montón de fichas, y sus manos no encontraron más delante de sí. Nerviosamente se metió la mano en el bolsillo interior de su «*smoking*» buscando la pluma estilográfica.

—Deme diez mil en fichas —ordenó al «croupier»—. Le firmaré un pagaré.

Steady, cetrino el rostro como el de un mulato apartó los ojos mirando sobre las cabezas de la gente. Sus miradas se encontraron con las de Siner, al otro lado de la mesa. Se volvió a Kennedy.

—Lo siento, señor. Le ruego que hable con Siner. Él resolverá lo que usted desea.

Kennedy no tuvo el coraje de demostrar la ira que le poseyó. Su cabeza le quemaba como si se hubiera concentrado en ella la inmensa cantidad de *whisky* ingerido durante la noche. Respiró angustiosamente, y buscó con los ojos.

—¡No, Samy, no! No sigas. ¡Vámonos!

Alguno de los concurrentes miraron a Berta con momentánea curiosidad. Dos o tres rieron al advertir el movimiento airado y rabioso con que el hombre la sacudió empujándola entre la gente.

—¿Quieres dejarme en paz?

Había en él furia sádica, la furia del hombre que no teniendo ya valor para enfrentarse con los demás, se desahoga cobardemente con las personas que por amor aún siguen soportándole.

Así arrojada, Berta dio tres pasos atrás abriendo los brazos para no rodar por el suelo.

Quedó mirándole como aterrada de lo que acababa de ocurrir Después sintió que una ola de sangre teñía su rostro de rojo, y que su dignidad de mujer se imponía a todo otro sentimiento.

—Sólo esto te faltaba, Samy… Sólo esto… ¡Ser cobarde!

No podía más. Desesperadamente, rabiosamente, contra todo y contra todos, había intentado sostener a aquel hombre que se hundía y salvarlo con su amor de la ruina física y moral en que su cuerpo y su alma se sumergían.

Pero era imposible. Samy Kennedy se perdía irremisiblemente arrastrándola a ella en su espantoso naufragio.

Sintió que se ahogaba, y recurriendo a todas sus fuerzas se sobrepuso titánicamente para no romper en sollozos de vergüenza delante de toda aquella miserable gente.

Y bruscamente obedeciendo al único impulso de escapar de allí, dio media vuelta huyendo del salón.

Joe la vio bajar y corrió tras ella con la capa y el bolso de la muchacha, abandonados sobre la mesa del bar que habían ocupado al principio.

—¡Eh, *miss* Evermore! ¡*Miss* Evermore!

Pero ella no le oyó. No pensaba en nada. Sólo en huir de allí.

Salió a la calle sintiendo un escalofrío al recibir sobre los hombros desnudos les finos copos de nieve que empezaban a caer; pero no hizo caso. Cruzó y metiéndose en su coche, arrancó.

Durante todo el resto de la noche voló hacia el extremo norte de Long Island. Nada le importaba. Nada la llamaba. Sólo un pensamiento machacón, destructor, ponía siempre las mismas imágenes ante sus ojos abiertos.

Lo veía allí, delante del parabrisas, destacando ante la cortina de nieve que el cielo invernal descolgaba sobre la tierra.

Era Samy Kennedy. Un Samy joven y alegre, fuerte de cuerpo, sano de alma, que la buscaba, feliz de estar a su lado. Era un Samy que entonces empezaba a afeitarse.

Después, otra imagen sustituía a la primera. Ahora era «él». Rostro estragado, cuerpo rendido, ojos febriles que miraban fijos, como los de un muerto, a un círculo de metal blanco que daba vueltas, vueltas, infinitas vueltas, mientras una pequeña esferita

blanca saltaba sobre sus radios bailando una danza macabra.

Berta Evermore detuvo el coche junto a la cuneta.

Sus brazos se desmayaron sobre el volante, y su cuerpo se derrumbó sobre los brazos.

Berta Evermore libraba sacudida por los sollozos, estremecida por la desesperación.

Lloraba por ella misma, lloraba por su amor de muchacha, y lloraba también por Samy Kennedy.

Cuando al fin consiguió sobreponerse, la nieve se amontonaba sobre el motor. Nuevamente puso el coche en marcha y se dirigió hacia Manhattan.

En el mar empezaba a amanecer.

Nunca fue más indescifrable y cauta la expresión de Maxi Vendell que cuando Joe le mostró la blanca capa de armiño y el bolso de noche abandonado por Berta.

—Salió corriendo y ni me oyó cuando la llamé para entregárselos —explicó Joe dejando ambas prendas sobre la mesa de Vendell—. No sé qué le ocurriría.

Su rostro obtuso de boxeador «sonado» era incapaz de mostrar el menor signo de inteligencia. Parecía que todas sus potencias anímicas se habían confabulado para darle una sola expresión: la de bestialidad.

—Ha discutido con Kennedy —explicó Siner con la vil satisfacción de su naturaleza de culebra—. Kennedy le ha pegado.

—¿Le ha pe… ga… do? —preguntó Vendell.

Siner rió con sus sucios dientes.

—¿Qué imaginas, que estos aristócratas son seres distintos? Le ha pegado. Le dio un empujón que por poco rueda entre las patas de la gente.

Vendell lanzó un silbido.

—¿Y qué es lo que ahora quiere Kennedy?

—Otro préstamo.

—Lleva trescientos mil perdidos. Ya es bastante. ¿Y Johnny? ¿No ha venido aún?

Siner dejó de sonreír.

—Yo creo que Johnny tiene algún asunto entre manos y no nos dice nada. Si nosotros repartimos con él, él debe repartir con nosotros.

—Soy yo quien tiene que decir lo que se hace, Siner. No lo olvides. Además… —sonrió cínicamente—, el amigo Johnny no puede «repartir» su asunto.

—Johnny… está enamorado…, ja, ja, ja.

Joe y Siner reaccionaron de la misma manera. El hecho de que se asociara a Johnny con una nueva mujer, les parecía una ofensa personal. Aborrecían pensar que a él le era tan fácil «enamorarse».

—Otra aventura, ¿no? ¿Y tú te lo crees, jefe? Johnny no pierde la ocasión de ganarse unos miles por acudir a ver a una mujer. Si ha sido él quien te ha dicho que es ésa la razón de no venir, te ha mentido.

—No me lo ha dicho él, Siner. Lo he averiguado yo mismo. Lo que pasa es que tú tienes un espíritu muy rudimentario y no comprendes a los hombres como Johnny —se burló—. Está enamorado, ¿comprendes? No es una aventura. Ni siquiera ha tocado a la chica…, ja, ja, ja… Johnny se porta con ella como un «caballero» y la respeta, ja, ja, ja…

De nuevo soltó la carcajada al tiempo que cogía el tapado de armiño y el bolso, y lo dejaba sobre un sillón.

—Lárgate, Joe. Y tú, Siner, dile a ese imbécil de Kennedy que suba a hablar conmigo. Ya es hora de que pague. Anda, díselo.

Pero antes de que los dos giraran para cumplir las órdenes de Vendell, se oyeron fuera unos pasos de hombre, unos breves golpes sonaron en la puerta, y la hoja de madera barnizada giró en el acto.

—Hola, Maxi —saludó Johnny entrando y cerrando tras él—. Me alegro de encontraros aquí a los tres. Vengo a hablaros de Samy Kennedy.

—Hola, Johnny —contestó Maxi arrastrando las palabras—. Te haces desear mucho esta temporada. ¿Y qué es lo que quieres de Kennedy? Si es tu comisión, te advierto que aún no hemos conseguido que nos pague un solo dólar. Ahora estábamos hablando de eso.

Johnny se dejó caer tranquilamente en un sillón dando la cara a los tres pistoleros. Les miró de hito en hito, entre divertido y burlón. Parecía el espectador de una película aguardando la llegada de una escena cómica.

—Samy Kennedy —dijo lentamente— no os pagará nunca: no tiene dinero.

Una bomba que hubiera estallado en medio del despacho no hubiera causado más efecto. Por un instante, los tres hombres quedaron como paralizados. Después, en sus rostros se reflejó la misma ira, aunque de distintas maneras.

—¡Lleva perdidos trescientos mil!

—¿Ha perdido? —rió Johnny—. Qué casualidad, ¿no? Pues no pagará. Todo lo que tiene está empeñado y no puede disponer de ello. En efectivo hace tiempo que no le descuentan un solo cheque.

—Me gustaría saber cómo te has enterado.

—Phsss… Me lo ha dicho un pajarito… Y yo he pensado: «¿Qué hará ahora mi amigo Maxi?». ¿Eh, Maxi? ¿Qué piensas hacer?

Pero no obtuvo respuesta. El rostro frío y enjuto de Maxi Vendell se tornó más inexpresivo que nunca, mientras el de Joe se hacía más brutal y el de Siner más amarillo. El silencio pendió pesado sobre el gran despacho.

—Yo en tu lugar abandonaría el asunto, Maxi —continuó Johnny—. En todos los negocios se presenta alguna vez un cliente insolvente.

Calló unos segundos, y añadió despacio:

—La policía anda tras de ti, Maxi.

—¡Cállate!

—Y no me gustaría que me metieras en esto. Kray sabe que fui yo quien lo trajo aquí.

—Tú y Kray sois muy amigos, ¿verdad? —preguntó incisivamente Siner.

—No de la forma que tú supones, zorro hepático —contestó Johnny con indiferente menosprecio—. Pero sí lo suficiente para saber que está esperando el momento en que os descuidéis.

—Métete en tus asuntos, Johnny —aconsejó Maxi con tono lúgubre mientras Siner cambiaba de color ante las palabras de Johnny—. Más vale que te vayas a pasar la noche con tu maestra.

Si alguien hubiera hecho restallar una bofetada contra su rostro inesperadamente, no hubiera conseguido mayor efecto.

El semblante de Johnny, tranquilo hasta ese momento, se tornó lívido y descompuesto. Fue como si súbitamente toda la sangre abandonara su faz, dejando solo la forma encajada y rígida de sus huesos y tendones.

Y de repente, antes de que tuviera tiempo de decir una palabra,

la carcajada brutal de Joe explotó en sus oídos.

—Sí, Johnny, y si me la prestas…

No tuvo tiempo de continuar. La sorpresa que por un segundo había paralizado a Johnny dejó paso a una furia vesánica. Y de un salto, el cuerpo atlético de aquel hombre se proyectó hacia el brutal mastodonte con incontenible fuerza.

Con la potencia de un zarpazo, con la destructora contundencia de la garra, su puño derecho fulminó en el aire estrellándose contra el rostro del boxeador con sordo ruido de cartílagos destrozados.

Y el bestial individuo, alzado en el aire por la terrible violencia del gancho, salió despedido hacia atrás entre el estrépito de la mesa derribada.

Del rostro de Johnny Molnar había desaparecido la sonrisa. Sus labios tan propensos a abrirse permanecieron en línea recta, y sus ojos estaban casi entornados.

Retrocediendo dos pasos de un salto, había doblado los codos dejando las manos rozándose a la altura del pecho. Permanecía quieto, con los músculos relajados, dando la cara a los tres hombres.

—¡Has de pagarme esto, Johnny! ¡Te mataré por esto! —maldijo Joe desde el suelo, mientras la sangre que brotaba de su boca le corría por la barba.

Johnny no le contestó. Se volvió apenas para mirar mejor a Maxi y habló con voz monocorde, de la que parecía ausente toda emoción:

—Ten cuidado, Maxi. No vuelvas a mencionar a esa mujer… ¡en toda tu vida!

Maxi permaneció sin un gesto; luego sonrió con inocencia, amistosamente. Acabó riendo.

—Es la primera vez que te veo furioso, Johnny. Pero no vamos a reñir por una tontería así, ¿no? Tú, idiota, levántate ya. Y tú, Siner, deja en paz tu sobaquera. No imaginaba que te ofendiera lo que he dicho, Johnny, de lo contrario no habría hablado.

Johnny vio a los tres hombres separar sus manos de las solapas y bajarlas. Se preguntó qué hubieran hecho de saber que él no llevaba armas.

—Está bien, Maxi. Pero no olvides lo que te he dicho de esa mujer.

Sin volver la espalda, salió del despacho cerrando la puerta.

Atravesó de prisa el corto y ancho pasillo, y bajó a la sala de juego. Allí cruzó entre la gente buscando. Por fin lo vio y se fue derecho a él.

—Hola, Kennedy. ¿No juega esta noche?

El hombre volvió a él su rostro ensombrecido y amargado. Le miró secamente, sin contestar.

Johnny le cogió por el brazo y le empujó hacia el bar.

—Venga, tomaremos algo.

—Estoy esperando —dijo al fin Kennedy—. Estoy esperando que me reciba ese cerdo de Maxi Vendell. El imbécil de su guardaespaldas se ha negado a aceptar un pagaré mío. Tengo que hablar con Maxi.

—Está bien, pero puede hacerlo otro día. Había pensado que viniera conmigo a casa. Podíamos jugar allí una partida de *póker*.

—No. Voy a hablar con Maxi. Quiero desquitarme —contestó Kennedy con la tozudez de los borrachos—. No quiero jugar al *póker*, sino a la ruleta.

Johnny comprendió que no lograría llevárselo. Lo condujo a un ángulo, y le inmovilizó obligándole a mirarle fijamente a los ojos:

—¡Escuche! ¿Está, lo bastante sereno para entenderme?

—Diga lo que sea. ¿Qué demonios quiere?

—¡Oiga bien! Yo tengo que salir ahora. Tengo que marcharme, ¿comprende? Pero voy a volver. Tardaré cuarenta minutos en volver. ¡No se mueva de aquí hasta que yo venga! ¿Me comprende?

—¿Y por qué tengo yo que esperarle?

Johnny comprendió que nada conseguiría con dar explicaciones. Aquel hombre no estaba en disposición de entenderlas. Dijo solamente:

—Maxi Vendell no aceptará el pagaré. Pero yo sí. Voy a traer dinero. Si quiere seguir jugando a la ruleta, espéreme. ¡Espéreme aunque Maxi no le descuente ese pagaré! ¡No se mueva de aquí mientras yo no venga! ¡Traeré dinero!

Kennedy le miró con desconfianza.

—¿Me… prestará el dinero?

—Sí. Si me espera.

—Bueno. Le esperaré.

Johnny le contempló un instante preguntándose si podría confiar en aquel ser desintegrado. Creyó que sí. La esperanza de

dinero le haría aguardarle.

—Vuelvo en pocos minutes. No lo olvide: ¡espéreme!

Le dejó y cruzó hacia la salida. Entonces vio a Siner y comprendió que le había estado observando mientras hablaba con Kennedy. No le importó. Los ojos viperinos del pistolero clavaron en él sus córneas amarillas y luego, cuando Johnny traspuso la entrada de los salones, Siner avanzó hacia Kennedy.

Johnny bajó de prisa. Tenía que llegar a su casa y volver lo más rápidamente posible. No podía arriesgarse a quedarse allí sin tener un arma en el bolsillo. Por eso se metió en su coche, y arrancó pisando el acelerador hasta el fondo.

Acercándose a Kennedy, Siner sonrió lo más amistosamente que podía hacerlo con su rostro de pasa.

—Maxi le está esperando, señor. Él le aceptará el pagaré. Venga conmigo.

La puerta se cerró tras él.

En aquel segundo, a pesar de que los vapores del alcohol le impedían pensar, tuvo la sensación de encontrarse en una cámara de ejecución.

Pero se encontraba en realidad en un lugar mucho mejor amueblado. Estaba en el gran despacho de Maxi Vendell.

Era extraño. Era como una de esas pesadillas en las que ocurren cosas inexplicables, que, sin embargo, parecen tan lógicas. ¿Por qué estaba allí, sobre aquel sillón, la capa de armiño y el bolso de lentejuelas de Berta Evermore?

Los tres hombres le miraban en silencio con ojos inmóviles. ¿Por qué le miraban así? ¿Por qué estaban tan quietos?

—Tu criado me ha faltado al respeto, Maxi —dijo tuteándole fanfarronamente—: Le he pedido diez mil en fichas, y no ha querido aceptar mi pagaré. Por eso quería verte. Dile tú cómo tiene que tratarme a mí.

No obtuvo respuesta. Maxi permaneció silencioso e inmóvil como una estatua.

—Anda, Maxi —volvió a decir Samy—. Dile a tu criado que me entregue esos diez mil. Quiero seguir jugando. La suerte va a cambiar ahora.

Aquella impasible estatua, de rostro oscurecido, abrió por fin los pegajosos labios.

—Me debes trescientos mil. Quiero que me los pagues, Kennedy.

—No te preocupes por tu puerco dinero. Ya te lo pagaré. Ahora quiero diez mil.

—Tengo cuatro pagarés tuyos, Kennedy —sonó opaca la voz de Maxi—. Quiero que me los pagues… ahora.

Por el rostro de borracho de Samy Kennedy pasó una sombra de miedo. Se engalló pavoneándose.

—Ahora todo está cerrado, Maxi. Tendrás que esperar. No sé a qué viene tanta prisa de repente.

—No importa eso, Kennedy. Tú tienes muchas propiedades… ¿verdad? Vas a extenderme una escritura de venta de esa casa que tienes en la calle Cuarenta y dos. Te daré tus pagarés a cambio.

De nuevo la ola de pavor ensombreció su rostro, pero esta vez ya no pudo sobreponerse ni gallear. De repente sintió un pánico terrible. Acababa de darse cuenta de que aquellos tres hombres eran al mismo tiempo jueces y verdugos suyos.

—Eso… eso no puede ser —tartamudeó—. No puede ser. Pero te pagaré mañana, Maxi.

—¿Mañana? No, Kennedy. Vas a pagarme ahora. Tú eres un hombre rico, ¿no? O no lo eres…

—Todo el mundo sabe que yo… soy rico…

—Por eso, porque eres muy rico, trescientos mil no son nada para ti. ¿Qué supone una casa más o menos para la gran fortuna de Samy Kennedy? Vas a firmarme esa escritura de venta.

Miró alrededor. La brutal corpulencia de Joe se concentraba en su abotargado rostro; Siner le miraba con los ojos fijos como los de una serpiente.

—No puedo hacer… Esa casa…

—¿Qué ocurre con esa casa?

Tenía que contestar, había de dar una explicación, pero no se atrevía. En el cuerpo agitado de Samy Kennedy no había en aquel instante más que miedo.

—No puedo disponer de ella. Está tomada como garantía por… Los abogados se hicieron cargo de todas mis propiedades. Yo… debía… algo… Ahora… se necesita el permiso de los abogados de mis acreedores para vender.

Los segundos que siguieron pesaron como cargas de plomo suspendidas en el techo. Luego Maxi Vendell habló con extraña

sonrisa.

—Quieres decir que has venido a jugar a mi casa sin tener con qué responder…, pensabas ganar y largarte con el dinero.

—No… Pensaba… Pensaba jugar sólo lo que llevaba en el bolsillo. Sólo quería jugar eso, Maxi. Te pagaré. Te pagaré mañana. Dame ese plazo. ¡Te pagaré!

Vendell rió sordamente.

—¿Con qué dinero, Kennedy? ¿Asesinarás a algún pariente rico?

—¡Pediré a Berta Evermore! ¡Ella siempre paga mis deudas! ¡Me dará los trescientos mil! ¡Te pagaré mañana, Maxi! Déjame… Déjame… que me vaya.

—Esta noche reñiste con Berta Evermore. Le pegaste. No creo que te dé dinero.

—Eso no importa. No le pegué. La empujé solo. Pero no importa. Le pediré dinero y me lo dará.

Vendell le contempló despaciosamente, acentuándose en su rostro la enigmática sonrisa.

—Está bien, Kennedy. Puedes irte.

Samy le miró con asombrada incredulidad. Luego, bruscamente, como si temiera que el «gángster» cambiara de parecer, giró sobre sus talones lanzándose hacia la puerta. Joe se adelantó y se la abrió. Cerró de nuevo volviéndose hacia Maxi, esperando órdenes.

Acercándose al sillón, Maxi tomó entre sus manos, la capa y el bolso de Berta.

—¿Quién ha visto esto, Joe?

—Nadie.

—¿Había testigos cuando Kennedy pegó a Berta, Siner?

—Mucha gente lo vio.

Maxi Vendell sonrió satisfecho. Cogiendo entre les dedos el suave pelo de los armiños, tiró con fuerza arrancando un mechón.

Se lo tendió a Siner, junto con la cartera de Berta.

—¿Has visto la sortija que lleva Kennedy? Esa sortija rara…

—Sí, ya me he fijado.

—Me gusta… Toma esto. Anda.

Siner cogió el mechón de blancos pelos de armiño y la cartera de Berta. En las viperinas rendijas de sus ojos había una luz de entendimiento. Sonreía, como una hiena cuando puede sonreír ante un cadáver encontrado en el desierto.

—¿Solo?

—No. Vete con él, Joe. Marchaos ya.

Esperó que salieran. Cuando sus pasos dejaron de oírse en el pasillo, pulsó la pequeña palanquita del dictáfono.

—Sube, Bater.

Aguardó tranquilamente hasta que el pistolero llamó y entró en el despacho.

—¿Ha salido ya Samy Kennedy?

—Sí, jefe.

—¿Ves esa capa de armiño? Cógela, vas a hacer una cosa sin equivocarte. La lías en un papel y sales con ella por la puerta del garaje, sin que nadie pueda verla. Vas a la casa de Berta Evermore, y aguardas la ocasión de que su coche quede solo. Entonces echas la capa dentro y te vienes. —Le miró heladamente a los ojos—. Nadie ha de verlo ni sospechar lo que haces. Y tú… ¡olvídalo en cuanto lo hagas, Bater! ¿Has comprendido?

—Perfectamente, jefe, comprendido.

—Esperas el tiempo que sea necesario, pero eso tiene que quedar hecho esta misma noche.

Bater envolvió la capa en unos periódicos, y se dirigió hacia la puerta con su paquete.

—Esos periódicos… No vayas a dejarlos cerca del coche. Los tiras en cualquier alcantarilla.

—Descuida, Maxi…, no soy tonto —contestó Bater. Y salió.

No sabía por qué hacía aquello. Lo había decidido en el último momento, sin que en él influyeran para nada las palabras dichas por Allam Kray aquella tarde.

Jchnny atravesó el «*living*» de su casa sin encender la luz, y tiró de la larga y plana repisa de roble donde tenía las botellas. La barnizada repisa se movió, y dejó descubierto un pequeño hueco. Johnny hundió en él la mano, y la retiró sujetando algo.

Eran unas tiras de cuero pertenecientes a una funda. Tomándola entre sus manos enguantadas, el hombre tiró de la parte que sobresalía, y en su mano apareció amartillada una «*Parabellum*» de corto canon.

La repisa volvió a su lugar. Johnny se retiró hacia una pequeña mesa, y movió el conmutador de la pantalla que arrojó su cono de luz sobre el arma que sostenía.

No le molestaba la gamuza de sus guantes para que sus dedos se movieran con igual rapidez y seguridad, que si los llevara desnudos. Velozmente comprobó que el cargador estaba lleno, y montó el arma. Estaba perfectamente engrasada. Aunque rehuía siempre que le era posible llevar armas encima no dejaba enmohecerse nunca aquella magnífica arma. Sabía que cuando un hombre decide vivir en un medio como el que él había elegido, su existencia pende muchas veces del pequeño átomo de grasa que un día puso entre las piezas de acero de una automática.

Quitándose la trinchera y la chaqueta del «*smoking*», se enfundó la sobaquera. Volvió a vestirse rápidamente, y salió de su casa a toda prisa.

El potente «Nash» voló hundiéndose entre la espesa, cortina de nieve que caía, en busca de la Tercera Avenida, y allí torció hacia el sur a toda velocidad.

—Con tal de que ese imbécil me haya hecho caso y me esté esperando.

Empezaba a darse cuenta del móvil de sus actos. Nunca había sido carne y uña con Maxi, pero tampoco se había enfrentado directamente con él. Ahora sería distinto. Sería gracioso ver la cara que el «gángster» pondría cuando comprobara que él, Johnny, le robaba una víctima en sus propias narices.

Las herrumbrosas columnas del «elevado» pasaban al lado del «Nash» como si una mano invisible y poderosa las fuera arrojando hacia atrás. Johnny conducía a lo largo de la Avenida sin atender a una sola señal de tráfico. Tenía que llegar. Se le había metido en la cabeza salvar la vida de aquel idiota alcoholizado.

Cruzó a toda marcha por el puente de Brooklyn, y enfiló la carretera de Coney Island. Unos minutos, sólo unos minutos, y llegaría a tiempo.

Dobló al llegar a la oscura y desierta playa de Coney Island, que la nieve cubría de tétrico blancor, y vio ante sí al moderno y macizo edificio, en cuya puerta central lucía directamente la muestra luminosa: «The Gay Madness».

«La Alegre Locura», leyó en voz alta. Delante se alineaba una larga fila de coches. Había llegado.

Saltó del coche y penetró en el edificio. Observó inmediatamente que no estaba Joe. En su puesto había quedado

Steady.

—¿Y Joe? —preguntó al cetrino individuo.

—Ha salido. Tenía que hacer.

Johnny subió las escaleras de tres en tres, sin prestar atención a la música frívola de saxofones y trompetas que salía de la planta baja. Entró en las salas de juego, y miró entre la gente.

Iba quedando menos público conforme la madrugada avanzaba. Pasó entre ellos sin ver a Samy, y penetró en el bar. No estaba. Se volvió, y se encontró con unos ojos burlones.

—¿Buscas a alguien, Johnny?

Era Maxi Vendell. Johnny le contempló unos larguísimos segundos, comprendiéndolo todo. Había llegado tarde. Aquel estúpido borracho no le había esperado. Se había ido, a pesar de sus advertencias.

—A nadie, Maxi —contestó con lentitud. Luego se echó a reír apagadamente, y murmuró como si estuviese recordando algo: «¿No es un hombre? ¡Pues que cuide de sí mismo!».

Se encogió de hombros con imperceptible ademán, y se alejó hacia la salida.

El «The Gay Madness» había quedado silencioso y desierto. El público que llenaba sus salas de juego había ido marchándose, y las alargadas mesas de ruleta ocultaban su verde paño bajo las fundas de lona amarilla. En su centro, como la tapa de una tremenda coctelera, emergía acerado y frío el cubilete de metal blanco con que cubrían la loca e insensible rueda para preservarla de la humedad y del polvo.

Todo era silencio en el «The Gay Madness» cuando su propietario, el gran Maxi Vendell, ascendió las escaleras hacia sus habitaciones.

Penetró en su despacho y sentóse esperando. No tuvo necesidad de mucha paciencia. A sus expertos oídos llegó el rumor de la puerta del garaje al descorrerse con cierta violencia, y poco después reconoció los pasos de varias personas.

Unos breves golpes en la puerta precedieron a su entrada. Erar Joe y Siner. Ambos le miraron sin decir palabra, cerrando la puerta a sus espaldas.

Acercándose a la mesa, Siner extrajo un objeto del bolsillo y lo depositó sobre la ancha tabla barnizada. Brilló bajo la de la

pantalla.

Era un objeto extraño, una cosa parecida a un corto tubo de oro, del diámetro de un dedo y casi tan largo como una falange. En uno de sus lados, enorme y brillante, había un tremendo pedrusco feo, sin talla y sin arte.

Maxi lo tomó limpiándolo meticulosamente con su pañuelo. Luego lo cogió entre sus dedos, y lo examinó bajo la luz de la pantalla. Le gustaba el tacto de aquel objeto raro en las yemas de los dedos. Sentía una sensación casi sensual.

Permitió a los otros dos que lo cogieran a su vez y lo miraron. Los tres hombres sonreían satisfechos.

—Jamás había visto una sortija tan rara —dijo Joe—. Debe valer una fortuna.

Maxi volvió a cogerla, se levantó, retiró un pequeño cuadro de la pared, y abrió la combinación de la caja fuerte depositándolo dentro.

—Ha sido un buen trabajo —dijo—. Podéis marcharos. Dile a Steady que compruebe si todo queda bien, y que avise cuando llegue Bater.

Cruzó el despacho hasta la ventana cuando sus dos secuaces hubieron salido, y miró a través de los vidrios apartando la cortina.

CAPÍTULO VI

En vano había conducido hasta la casa de Samy Kennedy pasando varias veces por los alrededores en un intento de localizar su coche.

No había preguntado en la casa: estaba seguro de que Samy no había llegado.

Ahora, después de agotarse conduciendo durante todo el resto de la madrugada dando vueltas y vueltas, había abandonado la búsqueda. Tomó Broadway arriba, desierto a esas horas salvo por las brigadas de obreros que habían empezado ya a quitar la nieve de la internacional y cosmopolita vía, y dejó que sus manos manejaran llevándole donde él deseaba.

Seguía nevando ininterrumpidamente, mientras la luz de la mañana empezaba a abrirse paso entre las blancas nubes de algodón.

Johnny, vestido aún de *smoking* con la trinchera tirada a un lado del coche, subió hacia el norte cruzando Harlem en dirección al Henry Bridge.

Era un deseo que había tenido como amortiguado durante toda la noche, y que ahora despertaba convirtiéndose en necesidad.

Dejó atrás Manhattan y embocó Henry Avenue en dirección a Van Cortland. Se extrañaría de verle a aquellas horas: quizá estaría durmiendo… Pero no importaba: tenía ganas de verla, y sabía que si no lo hacía no podría estar a gusto en toda la jornada que acababa de empezar.

Dobló el recodo hundiéndose en el parque que, como aquella tarde no muy lejana, mostraba una blancura inmaculada. Unos instantes después se detenía ante la cerrada puerta de la pequeña escuela.

Había luz en una ventana a pesar de ser solamente las seis y media. Johnny se quitó la pistolera, y la metió en el pequeño cajón

del tablero, saliendo después. No quería que ella pudiera darse cuenta de que llevaba un arma encima.

Llamó, y aguardó unos instantes. Pronto escuchó los pasos ligeros de la muchacha, y en seguida el ruido del pestillo.

—Johnny.

—Hola. ¿Un poco temprano?

—Pasa. No te has acostado.

Había un dejo de reproche en la voz de Lida, mientras miraba el *smoking* de él. Johnny cerró la puerta a sus espaldas, y se la quedó mirando sonriente.

No tenía en el rostro ni la más leve mota de polvos o cosméticos. La atrajo hacia sí, y la abrazó. Sentía bajo sus manos el cuerpo armonioso y cimbreño de la muchacha, vestida solo con el salto de cama.

—Qué lisita tienes la cara —rió Johnny—. Y qué fresca.

—Y tú qué barba —contestó ella riendo—. Me acabo de bañar, por eso la tengo así de fría. Y ahora, si me dejas, iré a vestirme.

—No. No te dejo.

—Johnny.

Él puso una cara desconsolada.

—Bueno…, si no hay más remedio…

—Ven. Pasa a la cocina. Podremos hablar mientras me cambio de ropa. Estaba preparando el desayuno. Ahora me ayudarás tú, ¿sí?

Le cogió del brazo entrando. Johnny se daba cuenta de que le miraba a hurtadillas, sin atraverse a hacerle las preguntas que asomaban a sus labios.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres saber?

—Johnny… No te has acostado en toda la noche. ¡Y tienes una cara! Sonríes, pero de una forma distinta. ¿Qué te ha pasado?

—Anda, quítate ese «salto» y vístete. De lo contrario te cogeré entre mis brazos y no permitiré que vuelvas a soltarte.

Se acercó a la cocinilla de gas, contemplando las pequeñas llamas verdes y azules. Oía los suaves ruidos producir por Lida mientras se cambiaba de ropa, y su voz haciéndole preguntas que él no contestaba.

En las llamas veía dibujarse el rostro demacrado de un hombre joven, marcado ya por los estigmas de la desmoralización. Agitó la cabeza sacudiendo sus pensamientos.

«Tendré que ir a ver a Kray… —musitó—. Lo primero que hará será ponerse cerco… Será mejor que me anticipe… —rió apagadamente—: vendería su alma al diablo con tal de ponerme a la “sombra” una temporada…»

—Ya estoy.

Se volvió a mirarla. Vestía un sencillo traje de hilo sin mangas que, sin ceñirla, dejaba adivinar su fina y esbelta silueta. No se había pintado, y su rostro lucía limpio y terso como el de un niño.

—Luego me pongo encima el uniforme blanco para dar clase… —dijo mostrando los dientes al reír—. Te advierto que infundo un gran respeto a los niños, Johnny…, ¿qué te pasa?

—Tenía ganas de verte. No te enfades, porque no me haya acostado. Estuve con unos amigos. Tenía muchas ganas de verte.

Lida le echó los brazos al cuello, y le besó entornando los ojos. Sus largas y negras pestañas dibujaron una amorosa penumbra sobre sus tersas mejillas. Luego se separó.

—Siéntate. Me hace ilusión pensar que vamos a desayunar juntos aquí, no en un restaurante; quizá prefieras que ponga la mesa en el «*living*» en vez de tomarlo aquí en la cocina.

—Aquí estaremos bien.

—¿Huevos?

—Y una taza de café cargado, Lida. ¿No te comprometerá que me vean aquí contigo?

—Tienen de mí una opinión tan excelente, que puedo permitírmelo todo. Si cometiera un crimen, no lo creerían —rió Lida sentándose frente a él—. Anda, come. Y si no quieres explicarme nada, no hables.

—Sólo te explicaré una cosa, Lida.

—¿Qué?

—Que te quiero.

El capitán Allam Kray, de pie ante la mesa de su despacho, miraba seriamente a la hermosa muchacha que estaba ante él. Veía en sus ojos el asombro, el terror y una inmensa y triste amargura.

—Esta capa ha sido encontrada en su coche, *miss* Evermore. ¿Es suya?

Berta tomó en sus manos la rica capa de armiños.

—Sí, desde luego que es mía. ¿Qué tiene que ver? Pero… ¡es abominable lo que usted dice!

Samy Kennedy fue asesinado anoche. En su mano estaban estos pelos blancos, que pertenecen a su capa. Mire usted: aquí está el desgarrón, ¿lo ve? También se halló su bolso de noche sepultado entre la nieve. Usted acaba de identificarlo como suyo, aparte de llevar dentro suficientes objetos que prueban su personalidad.



«Summy Kennedy fué asesinado anoche...»

—Pero… Pero… ¿Está usted loco? —sollozó la muchacha—. ¿Pretende culparme de su muerte? ¿No le estoy diciendo que yo me marché dejándole solo en el «The Gay Madness»? ¿Por qué habría yo de desear su muerte?

—En el lugar que ha citado, usted riñó con Kennedy. Hay muchos testigos. Él la golpeó. Le debía mucho dinero, ¿verdad?

Berta se dejó caer sobre el sillón, sollozando nerviosamente, sin poder contenerse. No lloraba porque sospechaban de ella. Lloraba porque en su alma acababa ya de romperse todo lo que más había amado, y también por ese temor animal que somos incapaces de contener cuando algo amenaza nuestra seguridad física.

—¡Yo no lo he matado! ¡No he sido yo!

Kray la contempló silenciosamente. Luego, poniéndolé una mano amistosamente sobre el hombro, trató de tranquilizarla.

—No se desespere. Si es usted inocente, nada podrá ocurrirle. Venga. —La hizo acercarse a la mesa, y le puso el teléfono en la mano—: Llame usted a su abogado, *miss* Evermore. Tendrá usted que quedarse aquí detenida. La trataremos lo mejor posible.

Allam Kray dio un suspiro de satisfacción cuando la muchacha salió de su despacho custodiada entre dos policías. Pero no se entregó al descanso. Otro policía entró entonces.

—Señor, Johnny Molnar está esperando que lo reciba.

—Que pase.

Sentóse tras su mesa y extendió sobre el tablero los objetos encontrados en los bolsillos y sobre el cuerpo de Kennedy. Una pitillera, una pluma, la cartera con documentos, dos pañuelos de fina batista… Nada que fuera importante.

Levantó la vista cuando Johnny entró, y le miró fríamente, con glacial expresión.

—Entra, Johnny. Me has ahorrado un trabajo.

Johnny se sentó desenfadadamente en la butaca que había frente a Kray, junto a la mesa.

—Por eso he venido. Quería ahorrarte molestias —contestó con cierto desdén—. ¿Es eso todo lo que habéis encontrado sobre el cadáver?

—Soy yo quien tiene que hacer preguntas, Johnny.

—¿Para qué te vas a molestar? Contestaré a ellas rápidamente: he leído los periódicos y sé que el bolso y restos de una capa de

Berta Evermore ha sido hallado junto al cadáver. Por tanto, no hay dudas, ¿verdad? El muerto luchó antes de ser asesinado y arrancó algunos pelos de la capa de pieles. La «asesino», asustada, no se dio cuenta de que perdía su bolso. Hay un móvil también, para que todo resulte correcto: Berta Evermore fue golpeada por su prometido ante numerosos testigos, y Kennedy le debía un montón de dinero. ¿Para qué seguir buscando? Todo está claro, ¿no? —Hizo una pausa contemplando entre burlón y compasivo al policía, y añadió con acento conciso—: Berta Evermore «no» lo mató.

—Parece que sabes mucho sobre esto.

Johnny se encogió de hombros despectivo.

—Os conozco bien, Kray. Tenéis más miedo a la Prensa que un ciervo al cazador. Tienes en tu «haber» algunos fracasos, y no dejarás escapar un «caso» tan sencillo. Por eso te digo: Berta Evermore «no» mató a ese hombre.

—¿Tú sabes entonces quién lo hizo?

—Y tú también.

—Sí, Johnny —contestó lentamente, con terrible acento, el policía—. Sé quién lo mató. ¡Fuiste tú! Lo mataste tú. Lo asesinaste el día que le conociste. Ese hombre ha muerto por tu culpa, aunque sea otro el que disparó. Te pedí que lo sacaras de allí, tú que lo habías llevado. Hubieras podido salvarle, pero no quisiste —siguió con terrible ímpetu, con furioso acento—. Puedes estar contento porque no hay pruebas contra ti, y supongo que ya te habrás preparado una coartada perfecta. ¡Pero tú eres el verdadero asesino de Samy Kennedy!

Johnny le escuchaba al principio con una arruga plegando su ceño; luego esa arruga desapareció, y su expresión se hizo curiosa, como si asistiese a una representación teatral. Cuando Kray concluyó, repuso con voz tranquila, como si diera una lección a un párvulo:

—Siempre igual de dramático y teatral. Chillas como un vencejo, y te emocionas como una vieja, Allam. Y confundes las cosas lastimosamente. No fui yo quien «lo mató» llevándolo allí. Samy Kennedy se había «matado» a sí mismo muchísimo antes. No era ya un hombre. Era una miserable piltrafa, y tenía que acabar así. Por él no me hubiera molestado en venir aquí. Pero Berta Evermore es inocente. No podías condenarla a pesar de las pruebas que han

preparado contra ella. Tú lo sabes. No tienes derecho a condenarla.

—*Miss* Evermore no es capaz de explicar qué hizo anoche desde que salió del «Gay» hasta que llegó a su casa esta mañana a las seis. Todo está contra ella. Dice que condujo sin saber por dónde, y que nadie la vio. Si se presenta ante un tribunal la condenarán a muerte.

Johnny permaneció callado. Había adivinado apenas leyó los diarios que tenía que ocurrir así. Con los ojos fijos en los objetos que se extendían sobre la mesa, pensaba en la hermosa muchacha que había bailado con él pocos días antes. Aún recordaba su forma de darle las gracias… «Gracias por no haberme obligado a conversar».

—Yo sé que es inocente —oyó decir a Kray—. Pero sé también que nada podrá salvarla. En vano será que yo afirme que no creo en su culpabilidad, y que estoy seguro de que ha sido Maxi Vendell el asesino. Todas las pruebas la acusan. ¿Te das cuenta? Esta mañana la capa de pieles estaba en su coche. ¡No habrá Jurado que resista ante prueba semejante!

Escuchaba sin apartar los ojos de aquellos objetos. No podía decir que era lo que tan irresistiblemente le atraía, pero seguía mirando como hipnotizado. De repente la luz se hizo en su cerebro.

—¿Dices que esos objetos es «todo» lo que había encima del muerto? ¿Todo?

—Sí, todo.

—¿Absolutamente? ¿No llevaba… reloj, por ejemplo?

—No. También a mí me extrañó, pero no llevaba. Esto es todo, excepto el traje y la ropa.

Por la mente de Johnny cruzó entonces una posibilidad, una posibilidad remota, pero la única. Se puso de pie poseído por una decisión, y observó la mirada sorprendida del capitán Kray.

—Escucha bien, Kray.

—¿Qué?

—¡Busca una sortija!

Y sin darle tiempo a hacerle más preguntas, salió del despacho.

Kray quedó un instante sorprendido, como paralizado por lo absurdo de la exclamación de Johnny. Cuando quiso darse cuenta, ya el otro había salido. Apretó la palanca del dictáfono dominado por repentina fiebre de actividad.

—¡Súbame a la detenida! ¡Inmediatamente!

Aguardó paseando nerviosamente por el despacho. Cuando entraron los dos policías llevando de nuevo a Berta, les indicó con un gesto que le dejaran solo. Miró a la muchacha. Estaba pálida, completamente desfallecida.

—*Miss* Evermore, le he llamado para algo muy importante. Acérquese a esta mesa, y mire esos objetos. ¿Los reconoce usted?

La muchacha contuvo un gemido, afirmando con el gesto.

—Dígame qué nota en ellos. ¿No la sorprende nada? Es todo lo que se encontró encima de Kennedy. «Todo» absolutamente. No había nada, «nada» más.

Berta clavaba los ojos torturados en las pequeñas cosas que había sobre la mesa. De repente lanzó una exclamación, y miró asombrada al policía.

—¡La sortija!

—¿Qué sortija?

—¡La sortija! Una sortija. Una… como una venda, como una cinta ancha, muy ancha, de más de una pulgada de ancha, que le rodeaba el dedo. Con un diamante enorme, muy grande y muy feo, sin tallar.

—Gracias, *miss* Evermore. Ahora vuelva al lugar donde estaba. Quizá pueda dejarla en libertad… pronto.

CAPÍTULO VII

Indudablemente estaba borracho. Llevaba el abrigo al brazo arrastrando por la nieve, y daba grandes bandazos al cruzar la calle y penetrar en el «The Gay Madness».

—Hola, gordo —tartamudeó familiarmente:

Joe le echó un vistazo preguntándose si debía dejarle subir. Eran los tipos así los que dejaban más dinero, si es que llevaban. Gruñó un saludo mientras el otro pasaba, y se acercó a la puerta.

Pero el borracho tenía ganas de conversación. Dio media vuelta sobre sus inseguros pies, y se acercó al imponente Joe.

—¿Dónde he visto yo antes esta cara de animal, gordo? ¡Ja, ja, ja! —rió hipando sobre la cara de Joe—. No tienes nariz… ¡Ja, ja, ja!

—¡Lárgate de aquí, maldito imbécil! —rugió Joe.

Pero el borracho tenía gana de broma. Levantó la mano y le agarró fuertemente el muñón que los puñetazos habían dejado en el lugar de la nariz. Tiró con fuerza.

—No tienes nariz, gordo. No tienes nariz.

Rugiendo de rabia, Joe asestó un terrible puñetazo al beodo. Pero éste lo esquivó con más agilidad de la que pudiera esperar. Se agachó en la nieve, hizo una pelota, y la arrojó sobre Joe, dándole en la cara.

—¡Ja, ja, ja, ja…! ¡Gordo! ¡Gordo! ¡Ja, ja, ja, ja!

Aquello acabó con la paciencia de Joe. Echando espuma de rabia, corrió tras el tipo entre los coches.

Fue en ese instante, cuando volvió la espalda a la puerta, cuando una sombra se escurrió dentro y subió las escaleras de cuatro en cuatro.

Pasó como una exhalación ante las puertas de las salas de juego, y corrió hacia el segundo piso. Allí se detuvo un segundo escuchando. Luego, sin más titubeos, cruzó el corto y ancho pasillo

deteniéndose ante una puerta. De nuevo escuchó. No oyó nada. Entonces extrajo unas herramientas del bolsillo del oscuro abrigo, y trabajó en la cerradura. Se oyó un leve chasquido, y el hombre empujó la puerta y entró cerrando de nuevo.

Estaba en el gran despacho de Maxi Vendell.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando Johnny se acercó al bar bostezando. Nadie hubiera podido advertir que mientras cruzaba por entre las mesas de ruleta hacia un recuento mental de los «empleados» y personal que allí había.

Vio que Steady gobernaba una mesa de ruleta, y Bater cortaba en el bacarrá. Siner se paseaba con aspecto triunfante entre la gente, cuidando de que todo fuera bien, y Maxi Vendell era invisible.

Como si hubiera cambiado de intención, se acercó a Siner.

—¿Has visto a Maxi?

—Fue abajo —contestó Siner rencorosamente.

—¿Ah, sí? —Y se dirigió francamente hacia la puerta de la sala.

Pero no bajó. Echó una rápida mirada atrás y abajo, y girando velozmente subió las escaleras con toda rapidez. De dos saltos llegó al segundo piso, y se detuvo escuchando. Sonrió casi divertido. Aquellas cosas le gustaban. Era un juego emocionante, un juego donde se envidaba con algo más valioso que unos billetes. Si Maxi se daba cuenta…

Avanzó con silenciosos pasos en dirección al despacho, y puso la mano en el pomo. Entonces quedó paralizado. Dentro había alguien. ¿Se habría equivocado Siner y Maxi en vez de bajar al *cabaret* había subido?

Escuchó atentamente, con el oído pegado, sin hacer el menor ruido. Era un sonido raro el que venía de dentro. Por el intersticio de la puerta y el suelo, no se filtraba ninguna luz. De nuevo oyó el extraño ruido. Era como un silbido sordo, como el ruido que pudiera hacer un fuerte chorro saliendo disparado.

Johnny permaneció quieto con la mano cerca de su solapa, esperando el instante en que pudiera actuar. No podía imaginar qué era lo que estaba pasando allí dentro, y no quería encontrarse en aquel instante con Maxi Vendell.

Fue entonces cuando a sus espaldas oyó la voz de Siner hablando rápido y bajo.

—Dijo que bajaba. Lo dio a entender.

—Pues no ha bajado —contestó airado Maxi—. Me hubiera cruzado con él. Calla.

Johnny saltó como un felino apartándose de la puerta. Quedó en el ángulo opuesto del pasillo, incrustado contra la pared, que no le ocultaba por completo. Podía ver desde allí el borde inferior de la puerta del despacho, y oír los pasos silenciosos, cautos, de los que se acercaban.

A sus oídos llegó el extraño ruido. Fue más fuerte que las veces anteriores. Y la rendija que había bajo la puerta se iluminó vivamente, como si dentro se sucedieran los relámpagos.

Notó que los que llegaban quedaban paralizados. Luego, la voz de Maxi llegó claramente a él.

—Joe… Baja. Que vengan contigo Steady y Bater. Con armas listas. Johnny, ¡está ahí dentro! ¡Rápido!

Aplastado contra la pared, cuyo ángulo le cubría precariamente, Johnny no podía verlos aún. Pero pronto aparecieron las sombras de Maxi y Siner, que se acercaron a la puerta empuñando sendas armas.

El extraño ruido volvió a sonar más furioso, mientras bajo la puerta volvía a aparecer la línea de azulados relámpagos. Luego todo quedó en silencio, y la línea luminosa se borró quedando el interior a oscuras.

Los pasos de los tres hombres que llegaban sonaron apagada y precipitadamente por el pasillo y aparecieron Junto a Maxi y Siner. Los cinco se miraron como si quisieran cerciorarse de la cuantía de sus fuerzas.

Entonces Maxi cogió el pomo de la puerta, tomó impulso y abrió de golpe.

—¡Levanta las manos! ¡Un movimiento y te abraso!

Dentro se oyó el ruido de una persona al saltar y tropezar con algún mueble. Los cinco hombres habían entrado ya, y Siner se lanzó hacia el conmutador girándolo.

La luz del neón inundó la estancia, al tiempo que las cinco voces de los «gangsters» repetían rugiendo la misma orden:

—¡Ni un paso! Estás cubierto. ¡Levanta las manos!

Hubo un segundo de silencio. Un silencio sobrecogedor, de gente aterrada.

Y entonces la voz de Maxi volvió a oírse:

—¡Allam Kray! ¡Acabas de firmar tu sentencia de muerte!

Ante los ojos de los cinco pistoleros aparecía la caja fuerte abierta y destrozada. Sobre la mesa había un potente soplete. Y en la mano del capitán Kray, a punto de ser envuelta en un pañuelo, brillaba un objeto extraño, como un trozo de tubo de oro, en uno de cuyos lados destacaba un grueso pedrusco sin tallar.

Johnny no pudo oír nada más. La puerta acababa de cerrarse, impidiendo que llegase a sus oídos la contestación de Kray.

Entonces Johnny sacó unos guantes de gamuza del bolsillo y se los puso. Salió de su escondite, y se acercó sigilosamente a la puerta hasta pegarse a ella.

Allam Kray, parado en medio del despacho con la joya en la mano enguantada, acabó de envolverla en el pañuelo con ominosa calma.

—Esto te llevará a la silla eléctrica, Maxi. A ti y a algunos más. Has sido muy listo comprometiendo a Berta Evermore, pero tu codicia te ha perdido esta vez.

—Deja eso sobre la mesa, Kray —contestó Maxi, apuntándole al pecho—. No saldrás vivo de aquí, y tú lo sabes. Has tenido mala suerte.

Kray distendió los labios. Rodeado por los cinco hombres que le apuntaban con sus automáticas, conservaba sobre sí un dominio absoluto y glacial. Tranquilamente se metió en el bolsillo el pañuelo con que envolvía la extraña sortija.

—Es peligroso matar a un policía —dijo, dirigiéndose a Bater—. Quizá alguno de vosotros pueda escapar de esto, pero… será mejor que penséis lo que hacéis en este momento.

—¿Lo que hacemos?

Siner levantó su arma avanzando hacia él. Kray entonces, con la rapidez de una centella, hundió su mano bajo la axila intentando «sacar».

Pero no tuvo tiempo. Un objeto terrible y pesado se incrustó contra su cabeza hiriéndole como un rayo.

—¡No tires! —rugió Maxi mientras Kray caía derrumbado a sus pies—. ¡Hay gente abajo!

Había sido él. En la mano tenía el pesado pisapapeles de plomo que acababa de estrellar contra el cráneo del policía.

Tirado en el suelo, Kray yacía sin sentido, completamente exánime, sangrando lentamente por la cabeza.

—Esperaremos que la gente se haya marchado —ordenó Maxi con voz lúgubre y amenazante—. Entonces lo sacaremos y acabaremos con él. Lo llevaremos a la otra punta de Long Island, y lo echaremos al agua después de darle su ración de plomo. Eso les pasa a los «curiosos».

Los cinco hombres guardaron sus ya inútiles armas, mientras Maxi se inclinaba y extraía del bolsillo de Kray el pañuelo con la sortija. Lo abrió, mirándolo unos instantes bajo la luz de neón. Sonreía enigmáticamente.

—¡Qué rara es!

—Sí. Maxi… Muy rara…

Los cinco hombres quedaron paralizados. En seguida, de repente, los cinco a un tiempo, se volvieron hacia la puerta.

Apoyado contra ella en actitud insolente, con una burlona sonrisa jugándole en los labios, estaba Johnny Molnar.

Su diestra enguantada empuñaba casi indiferente una «*Parabellum*» de cañón corto. Su único y oscuro ojo miraba bostezante a los cinco hombres.

—No es pongáis nerviosos —murmuró, echando el pestillo interior con la mano izquierda—. Sería sumamente peligroso para vosotros, porque da la casualidad de que a mí no me importa que haya gente abajo. Las manos bajas, Siner. Y tú, Joe, no hagas el payaso. Estaos quietecitos, y todo acabará bien, como en los cuentos de hadas.

—¿Qué quieres, Johnny? ¡Te has vuelto loco!

La risa de Johnny sonó sorda y burlona en el despacho. Se acercó a la mesa, y apretó la pequeña palanca que conectaba los altavoces instalados en el *cabaret* y en la sala de juego. El despacho se inundó de estrepitoso ruido de *jazz*, voces y escándalo.

—Lo primero que quiero es que os pongáis en fila, uno al lado del otro. No me gusta que os separéis demasiado, ni que os apelotonéis. Así está bien… Eso es.

Los cinco hombres se habían separado de la mesa, dejando a Kray tendido junto al sillón.

—¿Ves qué fáciles son las cosas cuando se tiene inteligencia, Maxi? Fíjate. —Y girando el volumen dio a los dos altavoces una

potencia tan terrible que hubiera sido imposible distinguir un disparo entre aquel horrísono clamor—. Ahora quiero qué me dejes ver esa sortija «tan rara». Anda, ponla sobre la mesa.

Maxi miró de refilón a los otros cuatro. Rabiaba al comprobar que ninguno de ellos tenía coraje para «sacar» un arma. Pero todos los allí reunidos conocían bien la forma de tirar, de Johnny. Sabían que el primero que moviera un dedo caería irremisiblemente atravesado, aunque diera la sensación de que Johnny estaba distraído. Respiraban furiosamente, espiando una ocasión.

—Ponla sobre la mesa y retírate, Maxi. No me importa nada matarte. Hasta creo que es lo mejor que puedo hacer, ya que hemos llegado a esta situación. Obedéceme.

El «gángster» dio un paso hacia delante y dejó el pañuelo sobre la mesa, retirándose después.

—Estás loco, Johnny. No sabes lo que estás haciendo. No tenías que meterte en esto.

Johnny recogió el pañuelo con la sortija, y lo examinó. Se reía suavemente, divertido al ver los gestos de los cinco hombres.

—Es curiosa, ¿verdad? Tan ancha… Y tiene unas hermosas huellas dactilares, Maxi. Es tan bonita que no has resistido la tentación de manosearla. ¿Qué crees que pasaría si cayera en manos de la «poli»?

Se dejó caer indolentemente sobre un sillón frente a ellos, y se metió en el bolsillo la sortija con el pañuelo.

—¡Devuélveme esa sortija, Johnny! ¡Estás loco si crees que vas a salir de aquí con ella!

—¿Loco?… Tal vez… Todo el mundo tiene ramalazos de locura, y puede que éste sea el mío —dijo irónicamente—. Voy a hacer un pacto contigo, Maxi. Me voy a quedar con esta sortija, y me voy a llevar a Kray.

—¡No saldrás de aquí!

—¿No? ¿Y cómo vas a impedirlo? —contestó, levantándose y yendo de nuevo hacia el mando de los altavoces—. No puedes impedirlo. Vais a volveros de espaldas y a soltar vuestras armas uno a uno. No quiero tonterías. Al primero que titubee lo atravieso. Tú el primero, Maxi.

El «gángster» no se movió. La negra «*Parabellum*» dejó de jugar en la mano de Johnny, y clavó su boca entre los ojos de Vendell.

—Tienes tres segundos. Uno…, dos…

Vendell se volvió de espaldas y sacó su pistola arrojándola al suelo, donde cayó con sordo ruido.

—Así está bien. Ahora vosotros.

Maxi había dejado de hablar. Sus ojos se contraían despidiendo fuego del averno, mientras Siner, rechinando los dientes de odio, arrojaba su automática al suelo. Joe le imitó, seguido por Bater y Steady.

—Echadlas debajo del armario. Con el pie. Así está bien. Y ahora, Maxi, hablemos.

Cerró los altavoces y volvió al sillón, sentándose cómodamente. De nuevo afloró a sus labios la burlona sonrisa.

—Hay muchas cosas que no me importan, Maxi; pero otras, sí. Ya sabes cuál es mi lema —rió irónico—, ante todo, caballero. A los hombres no me importa lo que se les haga. Allá ellos si nacen imbéciles. Pero a las mujeres, no. Soy muy tierno con ellas, Maxi. Las debo muchos favores —volvió a reír—. No me ha gustado lo que intentas hacerle a Berta Evermore. Cuando limpiaste a Bram Gasen y su pandilla, casi me eché a reír. No me era simpático Bram con aquellos morros de cerdito que tenía. Recuerdo que pensé: «Las balas han debido hacer plaf…, plaf…, plaf…, al hundirse en su tocinoso cuerpo». Eso pensé. Lo mismo con todos los que has sacado de penas desde que te conozco. Eran asuntos tuyos, y a mí no me importaban. Anoche, cuando vi lo que ibas a hacer con ese pobre diablo de Kennedy…, bueno, no me gustó. Yo lo había traído aquí…, pero tal vez te lo hubiera perdonado. Lo que no paso es lo que pretendes hacer con esa muchacha, Maxi. Por eso estoy aquí.

—Di lo que quieres.

—Muy sencillo. Me llevo esta sortija. Es la «silla» para ti y para esos cuatro fantoches. ¡Arréglatelas para que luzca la inocencia de Berta Evermore y sea puesta legalmente en libertad! ¡Si no lo haces, te mando a la «silla», Maxi!

Un frío sudor brotó del rostro reseco de Maxi Vendell, y un miserable temblor estremeció a Siner, a Joe y a los otros dos, que a pocos pasos de distancia carecían de coraje para desafiar la automática de Johnny.

—¡Es imposible sin comprometerme! ¡No puedo hacerlo!

—No te pregunto «si puedes». ¡Hazlo, o aquí se acaba la historia

de Maxi Vendell!

Maxi comprendió que no tenía alternativa por el momento. Era inútil discutir cuando el otro mandaba.

—¿Qué plazo me das?

—Esperaré hasta qué se reúna el jurado contra Berta Evermore. Si para entonces nos has demostrado que ella es inocente de este asesinato, presentaré la sortija.

Aquello era tiempo. Eso fue lo que pensó Maxi. Y en aquellos días él podría hacer algo. Johnny Molnar no era inmortal. Aún no conocía a ningún hombre que fuese invulnerable a una ráfaga de ametralladora. Maxi Vendell casi sonrió.

—Está bien, Johnny. Tú mandas. Haré que la chica demuestre su inocencia. Lo haré.

Johnny rió casi alegremente.

—No sé si lo harás, Maxi. Pero te advierto que… «cualquier otra cosa que intentes no me cogerá desprevenido». Y ahora me vais a ayudar a llevarme de aquí a ese estúpido que está ahí tendido.

—¡Ése no, Johnny! ¡Ese nada te importa! Ha visto la sortija, y sabe demasiado. Ese hombre es cosa mía.

—Me lo llevo.

—¡No, Johnny! ¡Ese hombre no puede seguir viviendo después de lo que ha visto! A ti nada te importa. Es un policía. Déjalo por mi cuenta.

—Vais a hacer lo que os digo. Joe lo cogerá y lo sacará, y lo sacará delante de mí por la escalera del garaje. Vosotros nos acompañaréis. Luego me lo llevaré.

—¿Qué Interés puedes tener? ¡Dámelo! ¡Es un maldito policía, y he de meterle en el vientre una libra de plomo! ¿Por qué te empeñas en llevártelo?

Johnny miró el cuerpo yacente de Kray. Empezaba a moverse, lanzando extraños sonidos inarticulados. Lentamente volvía en sí.

—Es que yo…, soy un romántico —contestó Johnny, burlándose. Se levantó y, acercándose a Kray, le asestó un golpe en la carótida con el canto de la mano. Kray se derrumbó de nuevo inconsciente —. Cógelo, Joe. ¡Cógelo, imbécil! Y vosotros, andando detrás de él. Cuidado con las tonterías.

Joe se cargó el exánime cuerpo sobre sus tremendos hombros, y salió seguido por los demás. Recorrieron el pasillo en dirección

opuesta a la llegada, y empezaron a bajar por una escalera de servicio. Poco después estaban en el garaje. Johnny retuvo a Maxi pegado a él mientras encendían la única bombilla.

—Mételo en el coche. Eso es, detrás. Tú, Maxi, sube al volante. Vosotros abrid las puertas y poneos delante de los focos, que yo os vea bien. Eso es.

Johnny se acomodó junto a Maxi, y le apoyó el cañón de la pistola en los riñones.

—Andando, Maxi.

El coche arrancó, y se perdió en la noche oscura sobre la nieve blanca.

Durante largo rato, Maxi fue conduciendo. Entonces Johnny le ordenó parar y le hizo bajar a la carretera.

—No olvides, Maxi —le dijo lentamente—. Y no intentes ninguna jugarreta contra mí. La gente suele decir que soy un buen tirador, y te advierto que no acostumbro a vivir dormido.

Lo dejó en la carretera. Miró atrás, y comprobó que Kray seguía aún bajo los efectos del «atemi» que él le había asestado en la carótida. Siguió conduciendo. Dio varias vueltas, y se acercó a Manhattan. De nuevo paró, cogió a Kray, que empezaba a recuperarse, y sacólo del coche dejándolo sobre la nieve, en la cuneta.

Pocas yardas más allá se detuvo ante la cabina telefónica de la carretera, y marcó el número de la policía.

—Oiga… —dijo, disfrazando su propia voz—. En Franklin Avenue, esquina a Myrtle, hay un hombre tendido en la nieve. Está vivo.

Colgó. Se metió de nuevo en el coche, y se dirigió hacia el norte a toda velocidad.

Eran cerca de las seis de la madrugada cuando Maxi Vendell consiguió parar un coche en la carretera y transportarse a un lugar más próximo. Cuando llegó a «The Gay Madness» iba muerto de frío y desesperado de rabia.

Miró a sus secuaces fulminándolos con la mirada, pero sin estallar. Era lo que los pistoleros más temían. Sabían que aquella especie de tempestuoso silencio precedía casi siempre a una determinación sangrienta.

Maxi Wendell clavó sus sanguinarios ojos en los obtusos de Joe.

—Johnny te pegó hace unos días.

La boca estropeada del exboxeador farfulló maldiciones y espantosas amenazas.

—Insultaste a una mujer —siguió Maxi heladamente—. Esa mujer es maestra, se llama Lida Niessen y vive en la escuela de Van Cortland.

Los ojos de Joe relucieron, mientras los otros cuatro avanzaron como perros ansiosos de sangre.

—¿La liquido?

—¡Imbécil!

—Entonces…, ¿qué quieres que haga?

Vendell paseó sus crueles ojos por los cuatro individuos. Los miró lentamente, significativamente.

—¡Traédmela!

Y con aquella única palabra, Maxi Vendell hizo depender el destino de una joven maestra de escuela, de un tobillo magullado, y de una pretérita nevada.

Aquella palabra desató la muerte sobre las arenas solitarias de Coney Island.

CAPÍTULO VIII

Tirado sobre la cama en mangas de camisa como un muñeco roto, dormía profundamente.

Después de abandonar el coche robado a Vendell y buscar el suyo propio, se había dirigido a su casa. Ya había amanecido cuando llegó, y no tenía deseos de desnudarse. Dos noches seguidas sin acostarse siquiera es mucho tiempo, y Johnny se había limitado a quitarse la americana y los zapatos, dejando la pistolera al alcance de la mano.

Inerte sobre la cama, le parecía sentir dentro de sí un sonido sordo y estridente, como un timbre que sonara furioso. Primero fue solo un timbrazo sostenido. Johnny se había revuelto intentando despertar, pero como el timbrazo cesó, quedó de nuevo completamente inconsciente. Pero ahora el timbre sonaba de nuevo, fuerte y rabioso.

Abrió los ojos dejándolos inmóviles y fijos en el techo de su dormitorio. Parecía no ver. Sentía todos los músculos de su cuerpo relajados, como si quisieran declararse en huelga. Permaneció así unos momentos, sin darse cuenta exacta de lo que había a su alrededor.

Entonces sonó de nuevo el timbre.

Johnny se despertó por completo. Se dio cuenta de que estaba vestido, y un relámpago de lucidez cruzó por sus ojos.

Se levantó en el acto desapareciendo de él todo vestigio de fatiga. De nuevo los ejercitados músculos de su cuerpo respondían coordinados y flexibles al dictado de su pensamiento.

El timbre repicó otra vez insistente y fuerte. Alguien había puesto el dedo y se le había pegado, al parecer.

Tranquilamente, sin prisa, Johnny alcanzó la pistolera y extrajo la «*Parabellum*». Con un movimiento del pulgar desmontó el seguro al tiempo que salía de su cuarto al *living* y se dirigía hacia la puerta.

El timbre seguía sonando. Se detuvo pegado a la puerta y miró por la mirilla óptica. Quedó sorprendido. Aquella visita hecha de semejante forma resultaba un poco incongruente. Reconoció a Joe y a Siner parados ante la puerta mirando a la hoja. Era Joe el que apretaba el timbre. Él y Siner observaban la hoja de madera con rostro amenazador. Le extrañó notar que los dos tenían las manos fuera de los bolsillos y que no empuñaban armas. Aquello resultaba demasiado singular: era indudable que se trataba de «parlamentarios» de Maxi.

No hizo el mínimo ruido al posar una mano en el pestillo, mientras de la otra le colgaba la automática empuñada. De repente, sin que nada pudiera delatarle, tiró de la puerta con rapidez. Quedó ante los dos hombres, casi pegado a ellos.

—Demasiado temprano para hacer visitas, Siner —dijo jovialmente—. No me gusta madrugar.

Ninguno de los dos dio muestras de haberse sorprendido por la brusca manera de abrir. Siner sonrió con aquella mueca que recordaba algo resbaladizo y pegajoso.

—No es bueno dormir tanto, Johnny —contestó melifluamente —. Mientras uno duerme ocurren cosas. Supongo que podemos entrar. Traemos un recado de Maxi.

—Pasad. Yo siempre me alegro de ver a mis buenos amigos, aunque madruguen tanto.

—Mucho más de lo que supones, Johnny —contestó Joe, que parecía rebosante de satisfacción.

Siguiéndoles, Johnny entró en el *living*. Había metido la automática en el bolsillo del pantalón, y sólo asomaba la culata. Lo bastante para adelantarse a aquel par de asesinos si intentaban algo.

—Bonita casa, ¿verdad, Joe?

—Bonita casa, Siner. ¿No te dan ganas de echar un trago? Johnny debe tener buen *whisky* escocés.

—No estarías bien, Joe. Johnny se va a enfadar después que le demos el recado, y no es justo que nos bebamos su *whisky*. ¿No te enfadarás, Johnny?

—Acabad ya de hacer el imbécil y media vuelta. No me agrada perder el tiempo. ¿Qué tiene que decirme Maxi? ¿Ha conseguido algo?

—Díselo, Siner.

Siner le clavó las rendijas de sus ojos malévolos, estirando los labios en una caricatura de sonrisa.

—Maxi quiere verte, Johnny.

Les contempló un par de segundos. Era indudable que parecían tener algún triunfo en la manga cuando tenían humor para hablar en aquel tono; pero Johnny no podía averiguar de qué se trataría. Los tenía en sus manos.

—Será mejor que os larguéis —contestó con abúlica indiferencia —. Y decidle a Maxi que procure darse prisa, no se me agote la paciencia.

—Maxi quiere verte, Johnny —repitió Joe.

Les miró con más atención. Los dos individuos sonreían como personas que dominan la situación.

—Acaba, Siner —dijo suavemente.

—Ya lo oyes. Quiere verte. Esta tarde, a las tres. Por la noche hay demasiada gente. Tendrás que darte prisa, Johnny, porque no es tan temprano como supones. Son ya la una y media, casi…

Con un gesto de burlón aburrimiento, Johnny le invitó a seguir.

—Todos vosotros sois parecidos —rió—, igual de necios. Eres tan feo, Siner, tan renacuajo y tan amarillo, que aunque lo intentes no puedes ser irónico. En cuanto a ti, Joe, tu rostro es verdaderamente trágico: es asombroso el número de palizas que has debido recibir para que te dejen ese muñón de cara. Pero estoy demasiado aburrido para soportar bromas a estas horas. Así que lo mejor es que os marchéis cuanto antes. Hala, amiguitos, ya me habéis molestado bastante. A la calle.

—Te crees ser muy listo, ¿eh, Johnny? —barbotó Siner echando espuma por su podrida boca. Lívido de rabia por las palabras despectivas de Johnny, sus labios temblaban al hablar.

—¡Pues esta vez de nada te va a servir! —rugió joe—. Maxi quiere verte…, ¡y vas a ir, Johnny! ¡Vas a ir por tu propio pie y llevando algo que te dolerá soltar!

—Me cansas, Joe —contestó Johnny con indolencia—. Siempre me pasa lo mismo: lo que más me fatiga es escuchar sandaces.

—¿Sandeces? —Silbó Siner—. Mira esto…

Metiendo la mano bruscamente en el bolsillo de la trinchera extrajo un rebuño, una especie de trapo arrugado.

—¿Lo ves? ¿Sabes lo que es? ¿No decías que eres muy sensible a

las mujeres? —preguntó en son de mofa, aludiendo a la frase de Johnny—. ¡Pues es de una mujer! ¡Míralo!

Johnny, que en el primer momento no comprendió qué era aquello, lo cogió y lo extendió con la mano. Entonces, bajo su piel curtida y bronceada, se extendió paulatinamente una densa palidez. Acababa de reconocer un pequeño gorro de lana, uno de esos gorros que usan las mujeres y que parecen una boina de punto.

—¡Ja, ja, ja!… «Johnny está enamorado». ¡Ja, ja, ja!… Eso dijo Maxi. «Enamorado». Lida Niessen, maestra de escuela, que vive, mejor dicho, «vivía» en…

No pudo acabar. La mano de Johnny se levantó abierta y restalló contra su cara como un doble trallazo. Retrocedió tambaleándose, cortado su discurso.

Con repentino salto, Joe se arrojó atrás llevando la mano a la solapa; pero su movimiento se paralizó al encontrarse sus ojos con los de Johnny, de cuyo semblante había huido todo gesto de burla o sonrisa.

Nunca había visto aquella expresión en los ojos de Johnny Molnar, ni había supuesto que aquel hombre, siempre tranquilo, pudiera llegar a reflejar aquella mortal locura.

Cuando Johnny habló, su voz salió suave, como un susurro cariñoso. Y aquella voz recorrió el cuerpo de Siner como si le rozaran con la punta de un cuchillo.

—Cuando estuve en la guerra me vi obligado a matar. Eran hombres. Ahora voy a matar ratas, Siner.

Su diestra subió lentísimamente hasta que sus dedos rozaron la culata de la «*Parabellum*» que salía del bolsillo, mientras Siner se pegaba a la pared junto a Joe.

Pensó con la velocidad del terror. Se daba cuenta de que si movía un solo músculo para «sacar», no llegaría a tiempo. Conocía la velocidad de Johnny y no le cabía duda de que lo clavaría contra la pared. Sólo vio una posibilidad.

—¡Si no volvemos, la muchacha morirá!

Jadeaba. ¿Detendrá aquella amenaza al hombre que tenía enfrente? ¿Comprendería que la muchacha estaba ya condenada, de cualquier forma? ¿Se detendría?

Respiró hondamente, escuchando a su lado el resuello de Joe, que parecía haber recuperado también la respiración. Acababa de

darse cuenta de que la mano de Johnny se había detenido, aunque continuaba rozando la culata del arma. Siner habló rápidamente, ganando tiempo:

—Sólo tienes una posibilidad de salvarla, Johnny. Maxi quiere verte. Quiere que vayas esta tarde, a las tres…, con el anillo. Si no vas, la muchacha pagará las consecuencias.

Sí: la mano de Johnny estaba parada. Pensaba mientras miraba con ojos quietos a aquellas dos alimañas. No se hubieran atrevido a ir así a verle si no tuvieran aquel triunfo en la mano. La voz de Siner volvió a sonar:

—Es la única oportunidad que tienes —dijo, empezando a recuperarse al comprobar que la reflexión se había impuesto a la cólera inicial de Johnny—. Has de ir con la sortija, y sin armas. Maxi lo exige así, si quieres que la muchacha viva.

—Dile a Maxi que iré —murmuró Johnny pausadamente—. Y dile también que si le habéis tocado un solo cabello, no habrá poder en el mundo capaz de salvaros. Dile eso.

—Sin armas. A las tres.

Johnny permaneció inmóvil en el mismo sitio después que los dos pistoleros dieron la vuelta y escaparon.

Su cabeza parecía querer estallar, y una sensación helada se le ponía en los pómulos. Conocía aquella sensación. La había experimentado en Corea cuando, al verse acorralado por un pelotón enemigo, sentía bajo sus dedos el frío cerrojo de su fusil. Era como una seguridad de que todo había acabado, y, al mismo tiempo, una extraña y potente fuerza que le hacía sentirse capaz de todo.

Como volviendo en sí después de su abstracción, levantó la mano lentamente y miró la hora. Entonces era la una y media.

Sin prisa, con movimientos retardados, se acercó al bar y descorrió el estante de licores. De dentro extrajo un pañuelo blanco que desenvolvió mirándolo. En medio del pedazo de tela, la rudimentaria y extraña sortija parecía un amuleto de misterioso poder.

—De un poder mortal —murmuró Johnny—. Nunca ningún amuleto encerró un poder más real que esta sortija. La vida de cinco hombres.

Las huellas perfectamente visibles a simple vista sobre el amarillo metal, parecían impresas, como si los que las hicieran

hubieran deseado dejar clara constancia de haberla tocado. Era indudable que no imaginaron que jamás aquella sortija pudiera caer en manos extrañas.

Johnny la envolvió de nuevo casi amorosamente y la llevó consigo. Entró en la pequeña cocina que tenía en el departamento, y abrió la nevera. Encontró una caja de cartón conteniendo sal. La vació, y metió el pañuelo con la sortija dentro. Luego lo envolvió sólidamente con un papel, y lo amarró.

En su cuarto, desfigurando sus rasgos y escribiendo en letra de imprenta, escribió encima:

«Capitán Allam Kray. Jefatura de Policía Metropolitana. Manhattan, N. Y.».

Y con letras más grandes, subrayándolo varias veces, anotó debajo:

«ENTREGAR EN MANO. MUY URGENTE».

A partir de ese momento, todos los actos que llevó a cabo parecían los de un hombre que no tiene absolutamente nada que hacer.

Llamó por teléfono al garaje y pidió su coche. A continuación, perezosamente, sacó el cargador de su pistola y lo vació de balas. Las volvió a meter una por una limpiándolas meticulosamente con el pañuelo y teniendo cuidado de no tocarlas. Cuando concluyó comprobó que el arma estaba perfectamente engrasada y la limpió también prolijamente utilizando el mismo pañuelo. La dejó a un lado, y siguió haciendo lo mismo con dos cargadores más y con el cuero de la pistola.

Eran las dos menos cuarto. Se asomó al ventanal, y por un instante contempló el nublado cielo contra cuyos nubarrones se recortaba el Cryster Euilding al sur. Había una luz difusa, como si bajo el cielo hubieran tendido inmenso vidrio esmerilado.

Se lavó rostro y manos parsimoniosamente, metiendo la cara en el lavabo lleno. El contacto con el agua helada le estimuló haciendo que la sangre empezara a fluir de nuevo a su semblante.

Procedía en cada uno de sus movimientos con un desprecio total

al tiempo. Tranquilamente se hizo el nudo de la corbata, y a continuación, aún en mangas de camisa, se enfundó los suaves y delgados guantes de gamuza.

Entonces, cogiendo la americana y la trinchera, salió de nuevo al *living*, sobre uno de cuyos sillones había dejado la caja que acababa de empaquetar, y la pistola.

Colocó la pistolera bajo la axila ajustándola bien para que no pudiera moverse a ningún lado, y se puso la chaqueta y la trinchera. Miró la hora. Eran las dos y cinco. Como suele ocurrir, cuanto más despacio se viste uno, antes acaba. Se sentó en una butaca y esperó sin hacer un movimiento, tan quieto como uno de los muebles.

Eran las dos y media cuando se levantó, metiendo la caja en el bolsillo de la trinchera, y salió de su casa.

Abajo le habían dejado el coche. Subió a él, y se dirigió derechamente hacia el túnel de Brooklyn-Battery. Poco después llegaba al extremo oriental de Brooklyn y enfilaba el camino de Coney Island.

Eran las tres menos cinco minutos cuando detuvo el coche junto a Sheepshead Bay, torciendo frente a la estación del «subway». Bajó, dobló la esquina, y se acercó al guardia de tránsito.

—Tenga esto —le dijo sin ningún preámbulo—. Entréguelo en el acto.

—¿Eh? ¿Cómo?

Pero ya Johnny había dado media vuelta y se alejaba. Cuando el guardia leyó la dirección y reaccionó corriendo hacia donde el individuo había desaparecido, sólo alcanzó a ver una fila de coches que ascendía por la calle.

—¡Qué demonios! —exclamó, volviendo a leer la dirección—. ¿Qué diablos puede ser? Pero…

No sabía qué hacer. Pensó que se trataría de alguna de tantas idioteces como la gente comete debido a esa especie de locura colectiva de que el mundo parece atacado, y se dijo que lo mejor sería tirarlo por la alcantarilla.

Se acercó a la boca, pero titubeó. ¿Y si era importante? Renegaba de aquella clase de tipos. Encogiéndose de hombros entró en una farmacia y se acercó al teléfono marcando un número.

—Aquí el agente *Ferry*. Tengo un paquete para el capitán Kray. Debe ser alguna idiotez, pero… Bien… —Aguardo—. Sí, el agente

Ferry. Pues mire, señor, un tipo se me ha acercado y me ha dado un paquete sin ninguna explicación. Bueno, me ha dicho: «Entréguelo en el acto». Lleva la dirección de usted… Parece una caja de cartón… ¿Cómo, señor? Estoy aquí, en Sheepshead Bay… Sí, junto a Coney Island… Sí, señor… —Obedeciendo las instrucciones que le daban por teléfono, el guardia abrió el paquete—. Un pañuelo, señor… Espere… Una sortija… Bueno, no sé si es una sortija… Una cosa rara…

—¡No lo toque!

El aparato lanzó las tres palabras como un rugido. A continuación la persona que hablaba al otro lado volvió a emplear su voz natural. El agente contestó.

—A la orden, señor. Espero aquí mismo.

Tenía la seguridad de que el agente no podría reconocerle si llegaban a carearle con él. Había sido lo bastante rápido para dejarle desconcertado el tiempo necesario que necesitó para volver a meterse en el coche y arrancar mezclándose entre los demás. Ahora Johnny se alejaba por Brighton Beach Avenue en dirección al mar. Llegó a la costa y torció hacia el oeste. Estaba a sólo una milla de Coney Island.

Siempre había sido rápido para tomar decisiones desde la primera vez que, a los doce años, se escapara de su casa cuando aún su madre vivía, el pensamiento y la acción habían sido en él simultáneos.

Por eso tal vez tenía aquella pasión por el juego y había llegado a ser maestro en él: porque mientras sus contrincantes meditaban, él obraba; porque le proporcionaba aquella sensación de peligro en el que se manifestaban mejor que en cualquier otra ocasión las potentes facultades de dominio y rapidez que constituían el fundamento básico de su carácter.

Tampoco ahora había necesitado demasiado tiempo para saber qué debía hacer. Con igual serenidad y frío cálculo con que medía las posibilidades de un «envite» durante una partida de *póker*, había medido ahora todas las probabilidades.

Pero lo que ahora se echaba sobre el tapete no era un puñado de fichas o de billetes. Se jugaba la vida de una mujer; de la única mujer que Johnny Molnar, el tramposo y el tahúr, había amado en su vida.

Conocía demasiado bien a Maxi Vendell y a los tipos como él para dejarse engañar. Sabía perfectamente que la muchacha estaba condenada sin remisión, entregara él o no la sortija. Por eso la había enviado a Kray; porque de nada le servía ya, y porque todo llegaba a su fin.

Sólo tenía una posibilidad de rescatar la vida de Lida, y esa posibilidad estaba en el negro cañón de su «*Parabellum*» y en el temple perfecto de sus nervios.

Maxi Vendell, con la vida de Lida en sus manos, tenía todos los triunfos a su favor y estaba seguro de su juego. Tenía la certeza de que Johnny no se atrevería a desobedecerle. Pero Johnny llevaba el juego hasta el final. Un «triunfo» le quedaba aún: su propia vida.

Y con ese «triunfo» envidaba.

Dejó a su izquierda el gigantesco e inmóvil carrusel del parque de atracciones, cuyas enormes vigas de hierro se elevaban hacia las apelotonadas nubes, y paró ante la puerta del «The Gay Madness».

«Mi vida y la de ellos, por la vida de Lida», pensó, dejando la palanca en punto muerto, pero sin parar el motor. Ésa era su jugada: su última jugada.

Bajó del coche, y con las enguantadas manos en los bolsillos de la trinchera y el ala del sombrero sobre la frente cruzó la calle desierta. Un ramalazo de viento helado le dio en el rostro y jugó un momento con los faldones de la trinchera. Fue solo los pocos segundos que tardó en alcanzar la puerta, y llamar.

Sabía que le estaban vigilando desde las ventanas del edificio, pero sabía también que no se arriesgarían a disparar hasta estar seguros de que llevaba la sortija encima de él.

La puerta se abrió en el acto, y la faz lívida de Siner apareció ante él.

—Pasa. El jefe te está esperando arriba.

Entró sin decir una palabra, advirtiendo con una mirada que Siner empuñaba un arma en el bolsillo de la chaqueta. No se descuidarían, ni dejarían un momento de tenerlo encañonado. Lo sabía de antemano, pero con eso ya contaba.

Tranquilamente subió las escaleras delante de Siner y cruzó el corto pasillo, entrando en el despacho.

No descuidaba precauciones Maxi Vendell; tras él, rodeándole, estaba todo el «ejército» de confianza. Bater y Joe a un lado; al otro,

Steady, junto al cual se colocó Siner. Vendell, sentado tras la mesa con el cajón abierto, le contemplaba con cruel y cínica sonrisa.

—El canario enamorado se mete en la jaula, ¿eh, Johnny? Será mejor que saques las manos de los bolsillos. Y te advierto que estás encañonado.

—¿Dónde está ella?

—No seas impaciente, Johnny. Primero a ver la sortija. ¡Déjala encima de la mesa!

Johnny le examinó fríamente, dominando la rabia homicida que le quemaba la sangre.

—Quiero ver a la muchacha, Maxi. Quiero ver que está viva todavía. No habrá sortija si no la veo.

Los cuatro hombres que rodeaban al «gángster» parecieron ir a echarse sobre él, que les miró sonriendo con los labios tirantes. Fue un ademán de Maxi lo que les contuvo.

—¡No, imbéciles! ¡No os acerquéis! Dije que vinieras sin armas, Johnny. Quítate la trinchera y enseña los sobacos.

Johnny no obedeció. Les miró con extraña impasibilidad, de una manera hiriente y despectiva.

—Ya has oído mis condiciones, Maxi. Estoy aquí, como querías. Pero ahora soy yo el que manda. Quiero ver la chica.

—¡Déjamelo, jefe! —maldijo Siner, sacando su automática del bolsillo y encañonando a Johnny—. Estamos gastando demasiadas contemplaciones.

—Estoy esperando, Maxi. Si no te decides, me marcho. No me gusta perder el tiempo.

—¿Traes la sortija?

—Siempre eres igual de estúpido, Maxi.

Fue como si cruzaran el rostro del «gángster». Tenerle allí encañonado y que se atreviera a insultarle era tan inconcebible que el hecho le descomponía de rabia. Pero se daba cuenta de que no podía negarse a lo que Johnny deseaba, sin estar seguro de que llevaba la sortija encima. Por un instante pensó mandar que le cachearan; pero era demasiado arriesgado; no deseaba que Johnny atrapara al que fuera, y se lo pusiera de escudo para abrasarlos luego impunemente.

—Trae a la muchacha, Bater.

—¡No, Maxi! —rugió Siner—. ¡Déjame que acabe con él! ¡No

cedas!

—¡Cállate, imbécil! ¡Tráela!

Johnny se recostó contra la pared tranquilamente mientras Bater volvía. Sólo se volvió cuando oyó pasos regresando. Miró a la puerta.

Lida apareció. Tenía el terror retratado en los ojos, y la rebeldía crispaba sus facciones. Una marca morada la cruzaba el rostro.

—¡Johnny! ¡Johnny! Me dijeron que mandabas llamarme, que me necesitabas… ¡Y me trajeron aquí! ¡Son unos asesinos, Johnny!

La contempló acariciándola con los ojos, sin acercarse a ella, que permanecía sujeta por Bater.

Apenas fue perceptible el cambio operado en las facciones de Johnny mientras la miraba. Sólo hubo en él como un reblandamiento y un aumento de la pálida rabia que le agitaba. Pero permaneció quieto, mirando con ojos obsesionados la mancha morada que presentaba el rostro de Lida.

—Te han pegado —murmuró suavemente—. Te han pegado…

Lentamente, paso a paso, sin prestar atención a las amenazantes actitudes de los cinco «gangsters», se acercó a Lida y la abrazó. Ella sollozaba contra su pecho, sintiendo junto a su oído los labios de él. Podía ver a los hombres que la habían maltratado empuñando pistolas, cuyos cañones apuntaban rígidamente a la espalda de Johnny; podía ver los cinco rostros en los que se reflejaba la misma codicia de sangre, y la misma ansia asesina; podía darse cuenta de que estaban irremisiblemente perdidos, de que iban a morir.

Sintió que Johnny le acariciaba el pelo, y la empujaba débilmente obligándola a dar unos pasos hacia su izquierda, y notó en la oreja la respiración de él. Entonces se dio cuenta de que la estaba hablando con voz suave y baja que apenas le oía aunque tenía los labios sobre su oído.

—¡Escucha bien! Enfrente de la puerta está mi coche. Está en marcha. Sólo bajar las escaleras a todo correr. Coge el coche. Escapa. ¡Por lo que más quieras, no titubees! Luego abandonas el coche en cualquier lugar y vas a tu casa. ¡Obedéceme! ¡Cuando yo te arroje al suelo de un empujón! ¡No pierdas tiempo! Sigue llorando, que no se den cuenta. ¡Y no te presentes a la policía, pase lo que pase! ¡Pase lo que pase!

—Johnny, yo no…

—¡Bueno, acaba ya de una vez, Johnny! Llévatela, Bater. Ya está bien. La sortija.

Johnny esperó a que abrieran la puerta y estuviesen en su marco Bater y Lida. Entonces se volvió a Maxi.

—Aquí está la sortija, Maxi.

Y con la rapidez de una centella se arrojó de un salto sobre los que salían estrellándose contra Bater. Lida, empujada violentamente, rodó por el suelo. Y una granizada de balas rugió sobre las cabezas de los tres caídos.

—¡Escapa, Lida! ¡Escapa! —rugió Johnny.

Ya en su mano aparecía la «*Parabellum*» y escupía fuego. Un alarido de dolor le rompió, y una descarga cerrada se clavó en su hombro, casi rozándole el cuello.

Saltó con furia sin dejar de disparar, mientras Bater, recuperándose, le apuntaba de costado desde el suelo. No llegó a apretar el gatillo. Un disparo rugió a pocas yardas de él, y una bala se clavó en su costado.

Johnny retrocedió por el pasillo cubriendo la retirada de Lida. La vio correr escalera abajo y pararse titubeando.

—¡Corre, Lida! ¡No te pares! ¡Coge mi coche!

De dentro del despacho surgieron feroces llamaradas de disparos, pero Johnny se había parapetado contra la esquina, y estaba a resguardo. Vio a Bater arrastrándose penosamente hacia un rincón, temiendo que él lo rematara antes de alcanzarlo. Pero no le disparó.

Lentamente fue aproximándose de nuevo a la puerta del despacho. Maxi y los suyos no se atrevían a asomar el rostro, y sólo se escuchaban ahora maldiciones y juramentos desesperados y rabiosos. Por la trinchera de Johnny escurrían tres hilos de sangre bajando desde el hombro al pecho.

—Entrégate, Maxi. Estás cogido.

—¿Entregarme? ¡Toma esto, maldito cerdo!

Y el «gángster», de un salto furioso, salió por la puerta disparando frenéticamente.

Cogido por sorpresa, Johnny retrocedió haciendo fuego. Pero ya dentro aprovechaban la ocasión y se arrojaban hacia delante abriéndose paso a tiros.

De nuevo sintió Johnny la mordedura candente del plomo, y

Steady rodó con las dos piernas segadas. Volvió a disparar. Joe, cogido junto a la escalera, rodó por los peldaños como una piedra inerte. Pero Siner y Maxi escapaban hacia la escalera del garaje, corriendo con toda su alma, sin dejar de disparar.

Corrió tras ellos sin disparar. No podía hacer puntería. De la frente se le escapaba un reguero de sangre, y sentía el espeso calor cayéndole sobre los ojos.

Bajó tras ellos. Les vio recortarse contra la puerta que daba al garaje, y levantando el arma hizo fuego una sola vez.

Notó la contracción del hombre doblándose hacia atrás, como si le hubiesen hundido un estoque entre los omóplatos. Luego se sujetó al marco de la puerta, y por fin, rodó por el suelo.

Del garaje, conforme él bajaba, llegó el ruido de un coche poniéndose en marcha. Estaba seguro de que era Maxi. Se escapaba.

Sintió una cólera furiosa al pensar que iba a librarse el hombre que se había atrevido a golpear a Lida, el que había estado a punto de asesinarla y saltó los escalones tratando de llegar a tiempo para detenerlo.

Entonces, del garaje llegó a sus oídos el trepidante tableteo de una metralleta. En seguida una explosión violenta. Y después un confuso griterío de órdenes y conminaciones.

Se apoyó contra la pared sintiendo que iba a rodar por el suelo. No se daba cuenta de que tenía cuatro, proyectiles en el hombro y en el pecho, de que una bala casi le había atravesado la cabeza, ni de que iba dejando detrás de sí un denso reguero de sangre.

Hizo un esfuerzo para recuperarse. Las voces que sonaban abajo tomaron mayor volumen, y por la puerta que comunicaba con el garaje, saltando sobre el cuerpo derribado de Siner, apareció una fila de hombres.

Maquinalmente, Johnny levantó su arma tomando puntería.

—¡Quieto, Johnny!

Entonces comprendió. Allam Kray había llegado.

Le vio subir las escaleras y le miró a su lado, rodeado por otros agentes.

Johnny le contempló un momento y empezó a reír apagadamente. Reía con una dolorosa contracción del pecho, sintiendo dentro de sí como si algo se desgarrara.

—¡Te dije que acabarías cometiendo un asesinato! ¡Has matado

a Siner!

Johnny seguía riendo con aquella risa sorda, como si no fuera él, sino alguien dentro de su pecho, el que riera desde lejos.

—Gané, Kray. ¿Has… matado a Maxi?

—Está herido. Me alegro de haberle cogido vivo.

—Llegaste demasiado pronto… Hubiera querido matarlo yo… Detesto esa… fea «silla» que usáis.

—Pues vas a tener que sentarte en ella, Johnny —contestó Kray, mirando a los agentes que bajaban después de entrar por la puerta principal—. ¿Qué hay arriba? —preguntó, cogiendo a Johnny para obligarle a subir.

—Tres hombres heridos. Ninguno mortal.

De nuevo rió Johnny, como si se quisiera burlar del policía.

—Eres tonto, Kray… Nunca aprenderás… Igual le pasó a Maxi… Olvidó que yo soy un jugador… de ventaja… Yo…, siempre hago trampas, Kray…, la «silla» no será para mí.

Kray se volvió a uno de los agentes.

—¿Ha llamado a la ambulancia?

—Sí, señor. Llegarán en seguida.

—Te estás desangrando, Johnny. Será mejor que me cuentes lo que ha pasado.

Habían llegado de nuevo al despacho, y Johnny se dejó caer en una butaca. Trataba de contener la sangre apretándose la trinchera, y su rostro bronceado parecía pálido, como si jamás le hubiera dado el sol.

—Legítima defensa, Kray —dijo, burlándose—. Eso es lo que dirá mi abogado. No podrás condenarme. Uso ilegítimo de armas… Bah… Esa «*Parabellum*» no es mía. Mira y comprobarás que no tiene la menor huella de mis dedos… La cogí aquí… Maxi me hizo venir y trató de «limpiarme»… Me defendí… Legítima defensa. Soy un héroe, Kray.

Rió, y una espuma sanguinolenta asomó por sus labios. Se la limpió con la mano.

—¡Eres el ser más cínico y más canalla que he conocido, Johnny! ¡No hay en ti ni un átomo de nobleza!

De nuevo rió sordamente Johnny. Luchaba para no derrumbarse sin sentido, poniendo en juego todas sus facultades de voluntad y entereza.

—Soy un héroe. Eso dirá la Prensa. Eso dirá mi abogado. Pagaré el mejor de Nueva York. Luego… —Le miró enarcando una ceja irónicamente—, luego… me casaré, Kray… Te mandaré…, una invitación…

Las burlonas palabras de Johnny hacían que Kray se olvidara de que aquel hombre se estaba desangrando para ver solamente al jugador sin escrúpulos que siempre había conocido. Sólo veía un hombre que era merecedor de la cárcel, y que se burlaba de él diciendo Irónicamente que «era un héroe».

—Sí, Kray…, me casaré… Has de saber que en el fondo…, soy…, un romántico…

Kray levantó la cabeza. «Soy un romántico»… Él había oído antes esas palabras. Dichas con igual tono irónico y burlón: «Soy un romántico»… Entonces…

—Johnny —dijo, mirándole ajámente—, contéstame una pregunta, Johnny… Una sola pregunta… ¿Has sido tú quien me ha mandado hace una hora esa sortija?

—¿Sortija? No sé de qué hablas.

—¡Escucha, Johnny! Hablo de la sortija que mencionaste en mi despacho, la sortija de Samy Kennedy. Tú me dijiste que la buscase. Lo hice. Maxi me sorprendió con toda su banda, y me golpeó. Cuando volví en mí estaba sin sentido en la nieve. No pude comprender cómo me habían dejado con vida. No pude comprenderlo. Es inexplicable.

—No sé de qué hablas —contestó Johnny, despectivo—. No me des la lata con tus cosas.

Kray no apartaba los ojos de él.

—Sólo hay una explicación —siguió diciendo—. Que «alguien» se impuso a ellos y me rescató salvándome la vida. Es la única explicación posible.

—¿Y a mí qué me dices con eso?

—Johnny… ¿Fuiste tú?

Johnny abrió aquellos párpados que le pesaban como plomo, y fijó su mirada burlona y desdeñosa en los ojos del capitán Kray.

—No seas idiota… ¿Iba yo a exponerme para salvarte la vida? ¡A mí no me importa que vivas, o te asen a tiros en cualquier esquina! No seas idiota, Kray.

Allam Kray no apartó la vista de él.

—De todo lo que ocurrió sólo recordaba una frase oída mientras estaba inconsciente… Esa frase era… «Soy un romántico…». Tú acabas de decirla.

—Déjame en paz. Me tenéis sin cuidado tú y todos los policías del mundo. Y a ver si llega esa ambulancia de una maldita vez. Deberíais tener más consideración con…, con un… contribuyente… ¿Dónde tienes a los otros? No maté a ninguno. Tiré a las piernas y a puntos poco peligrosos. No lo olvides cuando declares, Kray… No quiero que el juicio sea demasiado largo.

Se escuchó la sirena de un coche subiendo de la calle, y uno de los agentes entró en seguida.

—La ambulancia ha llegado, señor. Están bajando a los heridos.

Johnny se puso de pie, sacudiéndose con un gesto la ayuda que trataban de prestarle.

—Todavía sé andar. Déjame que acabe por mi propio pie la última partida… Porque… me «retiro», Kray. Me voy a casar…

—Ya me lo has dicho.

—¿Sí? Ella no sabe quién soy. Dice que soy «el hombre más noble del mundo, que me dejaría matar antes que obrar mal»… Eso dice…

Kray bajaba la escalera a su lado, temiendo que rodara por los escalones de un momento a otro.

—Ahora se enterará de todo, Johnny. Sabrá que no eres el más «noble», pero sí el más canalla. Quizá cambie de opinión.

Habían salido a la calle, y el aire frío del mar acarició las sienes de Johnny. Abrió la boca respirando con ansia, y haciendo el último esfuerzo subió por su pie a la ambulancia, y se dejó caer tendido en la camilla. Aún abrió los ojos mirando a Kray, pero ahora ya no era cínica ni burlona su mirada. Era una mirada clara, un poco pensativa.

—Avísala… —murmuró—. Dile que venga al hospital. Dile que yo la llamo. Se llama Lida… Lida Niessen. En la escuela de Van Cortland…

—Quizá no quiera venir.

Los labios de Johnny se distendieron en una sonrisa leve, una sonrisa tranquila y pacífica.

Su respiración se hizo más profunda, y todos los músculos de su cuerpo parecieron hundirse en profundo reposo.

—Vendrá —murmuró—. Aunque tú la digas quién soy, aunque la demostréis que soy un bandido y un miserable, aunque la expliques que soy un tramposo y un jugador ventajista…, ella vendrá.

Kray le miró cerrar los ojos y dejar la cabeza inerte sobre la estrecha almohada de la camilla.

—Se ha desvanecido —dijo blandamente—. Sí, vendrá la muchacha; estoy seguro. Y cuanto más te insultemos, más segura la tendrás.

—¿No cree usted que le condenarán, señor?

—¿No le has oído? «Legítima defensa». Nadie podrá negarlo. Él sólo contra cinco, y usando una pistola de ellos. Ha tirado a las piernas. Nosotros mismos tendremos que declarar a su favor. No ha descuidado nada. Será absuelto.

—Usted le odia, ¿no?

Kray miró al agente de una forma indescifrable. Salió de la ambulancia cerrando tras sí. Se quedó mirando al vehículo.

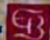
—Gracias a ese hombre, Maxi Vendell y cuatro asesinos profesionales pagarán sus crímenes. Y además…

—¿Qué, señor?

—Le debo la vida.

El capitán Kray subió a su coche y arrancó siguiendo a la ambulancia que rodaba en dirección a Manhattan.

FIN



Printed in Spain Precio 5 ptas.